Enrique Nácher

BUHARDILLA

Enrique Nácher nació en Las Palmas —un jueves de antes de la guerra del 14, según él mismo escribe— y cursó la carrera de médico. Durante sus estudios fundó y dirigió un periódico de humor llamado *El Búho Vivo*. Estrenó también entonces dos revistas tituladas *Vampiresos 1933* y *The Búho Vivo Revue*. Enrique Nácher se dedicó después a sus tareas profesionales hasta que recientemente dos cuentos suyos fueron premiados en un concurso. Empieza entonces a escribir novelas y presenta tres de ellas al Premio Nadal del año 1949, siendo dos citadas con mérito hasta quedar *Buhardilla* clasificada en tercer lugar. Es difícil calificar a Nácher como simple humorista. Sus personajes tienen una profunda dimensión humana que transforma en piedad la sonrisa y mueve a la reflexión. Con Nácher la literatura española ha ganado un gran escritor que manejando diestramente ironía y ternura, ha de dar obras tan originales como esta *Buhardilla* con que hoy se presenta al lector.

Enrique Nácher

Buhardilla

Áncora & Delfín - 53

ePub r1.0
Titivillus 15.02.2023

Título original: *Buhardilla*
Enrique Nácher, 1950
Diseñador de la cubierta: Erwin Bechtold

Editor digital: Titivillus
Muchas gracias a Koriel por el original

ePub base r2.1

A mi padre

I

En un ángulo, a través del arco iris de una telaraña reflejando la luz huidiza de la tarde, el rostro familiar de una vieja, reía. Era una carcajada de desesperación. Pedro la conocía muy bien; él y la vieja no hablaban nunca, pero por encima de lo imposible habían llegado a ser excelentes amigos.

Se entrelazaban unas figuras con otras; Akim el marinero, Ana de Tordesillas, el caballo Plumero… unos reían, otros no. Durante horas, días y años, los contemplaba Pedro con distinto afecto; los había entrañables, indiferentes, odiosos y alguna vez, al hacer un nuevo conocimiento, la entrada del personaje en la grotesca colectividad le producía una emocionante intriga. Trataba, con la mejor voluntad, de precisar sus perfiles al seguir las líneas borrosas, con un afán imaginativo que remontaba las pobres posibilidades de la realidad. Personajes hubo que no fueron más que fantasía y el tiempo se los llevó de su sitio. Otros eran perfectamente definidos. Pero en más de una ocasión se encogió su alma, después de lluvias torrenciales, al ver mutilados, deformes o desaparecidos, a viejos amigos. Algunos poseían una firmeza singular y entre ellos la vieja del rincón, que ocupaba un lugar seco, aparecía indeleble a través de los años riendo siempre detrás de su velo de telarañas. Este era uno de los personajes odiosos, quizá el más odioso; le hubiera gustado verla desaparecer. Ocupaba precisamente la vertical del camastro del rincón, donde Pedro, echado de espaldas, y mirando las manchas que la humedad plasmó en el techo, pasaba las más de sus horas.

En torno al camastro se esparcía el reflejo de lo que era la vida de su ocupante: desastre. El suelo, cubierto de polvo y colillas, era de ladrillo rojizo, desvaído en gris bajo la inmundicia que lo cubría.

Esparcidos por todas partes, óleos y pinceles mochos pregonaban un oficio, o tal vez más: una ambición. Un caballete de pintor, con su pata coja apoyada en un cajón y cubierta su cúspide con el amplio sombrero que usaba Pedro en la calle, centraba el aposento. Sobre una de las dos únicas sillas se hallaba el óleo más notable de la colección, una capa verdinegra con esclavina apolillada, donde las manchas confluían en abigarrado campamento. Centrando una de las paredes estaba la puerta de la escalera; hacia la calle, el tragaluz acristalado, y en otro sitio, un pequeño aposento cuadrangular que tenía un agujero en el suelo.

Pedro no pensaba nada. La contemplación de tanta intimidad le mantenía abstraído y ausente. Como tantas veces, se hallaba echado de espaldas sobre el camastro del rincón. Horas y más horas pasaban sin ser. Pero más lejos de su personalidad, una vieja impaciencia esperaba. Maduro ya, pagaba el engaño de toda su vida. Creyó en su arte y los sueños de juventud se fueron precipitando lentamente en el arcón de miseria que lo envolvía. Calderilla: he aquí el resumen de toda su vida esperanzada en pos de una soñada gloria que sabía suya, pero que alguien le robaba a cada momento. Incapaz de valorar la propia calidad, siempre pensó que él era un incomprendido.

Flaco, canoso y desvencijado, vivía su nada sobre la mugre pegajosa y ácida del camastro. Como cada tarde, sus amigos del techo se esfumaban poco a poco en la creciente penumbra y de ellos interpretaba con vaguedad un mudo «hasta mañana», al que temeroso añadía esta vez «si Dios quiere». Dos días hacía que no probaba bocado; su orgullo le impuso la consigna de no hacer ya ni una sola caricatura y esto era renunciar al pan de cada día. No veía solución, pero cualquier cosa era mejor que exponerse a la humillación que tuvo que soportar dos días antes, en un bar.

—Caricaturas a peseta, caricaturas a peseta… —he aquí el pregón cotidiano, que hacía afluir algún dinero a su bolsillo.

Ahora eso no podría repetirse. Se hallaba profundamente conmovido por su mala suerte y absorbido por una sensación de fatalismo que alimentaba la penumbra y el silencio que le rodeaban. De modo intempestivo, la solemnidad de su apartamiento era turbada a intervalos, cuando el vacío de sus intestinos entonaba un lúgubre son.

De pronto, despertaron sus sentidos. La dormida impaciencia que le entretenía le hizo desviar su vista hacia el tragaluz, con una anhelante ansia de ternura insatisfecha. Otra vez, a lo lejos, se empezaba a oír el piano.

Un dulce estremecimiento le hizo encoger el cuerpo que, tembloroso, se escondió bajó la manta de lana.

Después, muy despacio, erizado, se fue quedando dormido. Un rayo de luna iluminó su sonrisa, pero él no pudo saber que entonces era feliz.

II

Dos días antes, un hombre pálido, asomando greñas agrisadas bajo la amplia y sinuosa ala de un sombrero de fieltro, recorría los cafés como un pajarraco negro repitiendo junto a las mesas una vieja rutina.

—Caricaturas a peseta. Caricaturas a peseta…

De algún lugar surgía la demanda de un interesado en la mercancía y durante unos minutos mostraba su perfil impasible al caricaturista. Unas manos amarillas habían desbordado los pliegues de la capa de esclavina y trazaban sobre el block un parecido grotesco. Los ojos menudos de Pedro iban y venían desde el cliente hasta el papel, mientras su cara gesticulaba ayudando con forzadas muecas el trabajo del lápiz. Después.

—Tome.

Una risotada al contemplar y…

—Tome.

Pedro guardaba su peseta y vuelta a empezar.

—Caricaturas a peseta. Caricaturas a peseta…

Así los más de los días, a las horas del atardecer, recorría uno tras otro los lugares concurridos de la población que, a fuer de frecuentados, eran ya como algo que le pertenecía. Los camareros toleraban su figura popular y en la expresión de su simpatía incluían un tuteo indiferente que con su inconsciencia lastimaba la entraña sentimental de Pedro. Necesitaba su colaboración y esto le hacía silenciar la antipatía que les profesaba; tan sólo en su tertulia de Lión podía darse el gusto de ostentar un aire superior.

—Café —pedía sin volver la cabeza, al adivinar la presencia del camarero.

Allí no había hecho jamás una caricatura ni la haría; en su mesa

se hablaba de arte puro y las almas que le comprendían volaban de su mano en un divagar de horas sublimes, entre el humo de los cigarros y el ruido de las cucharillas. Al marcharse, dejaba sobre la mesa una fabulosa propina que muchas veces le privó de la cena, y erguíase para que aquel camarero al que no miraba, le cubriese los hombros con su mugrienta capa de esclavina; después, salía sin decir adiós y lanzando grandes bocanadas de humo.

Pero aquella noche nadie se había interesado por él. Una llovizna molesta lo impregnaba todo de humedad; Pedro, irritado consigo mismo, tiritaba bajo la capa de esclavina, aterciopelada con las irisaciones de las minúsculas gotitas que la cubrían. Sabía por experiencia de años que el mes de noviembre era el más malo del calendario; en esta época nadie pensaba en sus caricaturas y su vagar entre las mesas de los cafés era valorado como el plañir de los mendigos. Sabíase en posesión de dotes portentosas para la pintura y le indignaba la indiferencia con que escuchaban su voz los odiosos apoltronados.

En un bar elegante un grupo de jóvenes imberbes esforzaban su ingenio ante unas jovencitas que, al oírles, reían sin cuenta ni razón manteniendo vasos de cerveza en su mano. Pedro pensó en ellos y en la comida del día siguiente; la asociación saltó de su cabeza al bolsillo, vaciado generosamente sobre la mesa de Lión, una hora antes. Con un andar astuto, cuyo aprendizaje forzaron las vigilias, fue acercándose a la mesa; no miraba a nadie, el gesto indiferente era el más adecuado, nunca debía mostrar demasiado interés en contratar sus servicios. Los jóvenes se oían chillar y reír a su derecha; ¡si callasen un momento! Su tono de voz, siempre discreto, pasó inadvertido. Los odió al momento.

Pasó junto a ellos sobrecogido por el escándalo y desde un lejano rincón del bar los contempló de nuevo. Esperaba el momento oportuno. Un joven contó un chiste, para que otra mortificante carcajada colectiva atronase el recinto del bar. Pedro seguía mirándolos en silencio y los contaba. «Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete pesetas». Alguien distrajo su atención.

—¿Qué, Pedro? ¿Ni pican? —era el camarero del turno.

Del fondo de sus entrañas le disparó una sonrisa que salvaguardaba su pan y nadie mejor que él sabría jamás cuánto se puede despreciar a un semejante al que al mismo tiempo se le

saluda sonriendo. «Los cerdos —pensaba— no pueden entender lo sublime de la creación»; y con tal ingenuidad intentó diluir el veneno que corría por sus venas.

Otra vez comenzó a caminar hacia el grupo de jóvenes. ¡Si hiciese las siete caricaturas! Habían callado, de súbito. Sin duda alguien pensaba en el chiste y la ocasión sería propicia, si conseguía llegar antes de que empezase a vaciarse un nuevo ingenio sobre la mesa. Aceleró el paso. A la altura de los contertulios lo frenó cuanto permitía su excitación y carraspeó. Necesitaba una voz melodiosa, convincente. Su andar poseía entonces la rigidez de un gallo galanteador y los faldones de la capa de esclavina no desmentían el parecido; iba a iniciar la conquista del grupo, con un soslayo interesado en la mirada, de hombre que sólo se interesa a medias por el negocio. En realidad lo despreciaba y tan sólo el calor de las posibles siete pesetas albergadas en él, puso pasión a su anuncio.

—Caricaturas a peseta. Caricaturas a peseta…

Se humilló ante sí deteniendo el paso al esperar una llamada que no se produjo al instante. Aún perdió más el dominio mirándolos de frente y permitiendo a sus ojos una súplica que se resistía en él.

Nadie llamó, la conocida indiferencia de las gentes se producía una vez más. Un jovencito comenzaba por entonces su dicharache.

—Una vez…

Aspiró resignado y comenzó a alejarse a paso lento; la esperanza subsistía hasta el fin, a cada paso podía producirse la llamada; su oído se había refinado en estos empeños y aguardaba atento. Sabía que rara vez se retrocede en la calle para dar una limosna, pero el caso se daba en ciertas ocasiones. Esperaba, pues, y cuando, desconsolado, se hallaba diciendo adiós a las siete pesetas que sin él querer formaban ya parte de su alma, se produjo la grata llamada.

—¡Eh! ése… el de la capa.

Se sabía ya, dueño del capital. Pero no quiso oír; una fuerza rara le impulsaba a huir de lo que tanto anhelara un segundo antes de sentirse requerido. Despreciaba a los mequetrefes y a su dinero. Él valía más. Le tuvieron junto a ellos y ahora le llamaban. Podía mostrarse altivo, su arte era algo que aquella gente no podía comprender.

Siguió andando hasta la puerta, a la que se asió con la obstinación de salir de allí. Huía. Fuera, frío y llovizna, detrás otra

vez.

—¡Eh! no se vaya.

Así le gustó más; insistían, valoraban su calidad. Ahora podría mostrarse complaciente. Las siete pesetas volvían a entrar en su alma, y cuando volvió el rostro sonrió de verdad halagado por la insistencia y por la simpatía de siete rostros jóvenes fijos en él. Lamentó no haberse fijado bien, los muchachos eran simpáticos de veras. Cada una de las caras se le antojó una peseta.

Uno tras otro, su mano ágil reprodujo los perfiles que conteniendo la sonrisa posaron ante él. Sumaron siete. Ni uno solo resistió a la tentación. Pedro llegó a contagiarse envanecido de la alegría que su arte expandió entre los muchachos. Aquello era algo de la juventud interpuesta en el camino de su madurez. Una de las jóvenes, al contemplar su retrato, se alzó del asiento y acercándose al artista le dio un beso en la mejilla; luego, con irresistible familiaridad, tiró de la chalina de Pedro y le deshizo el lazo, riendo siempre con una alegría que la aproximaba a la locura. Todos rieron. Pedro también rió; lo mismo pudo haber llorado, no sabía lo que hacía. El incoloro beso de la muchacha había despertado sus carnes del celibato de toda una vida. Temblaba alarmado de su timidez y encorajinado por la intranscendencia de lo que no podía ser intranscendente.

Seguía riendo. Todos reían también. El recinto del bar adquirió una imprecisa turbidez, mientras en las sienes de Pedro latía apasionado un martilleo que ponía fogonazos ante sus ojos. Debía decir algo, pero su ingenio sombrío no pudo despertar, la risa lo salvaba del ridículo.

Alguien puso un duro sobre la mesa sobreentendiendo una rebaja de la que no se había tratado.

—Guárdese eso, artistazo.

Lo de «artistazo» era indudablemente un modo de hacer reír, y lo del duro, un insulto intolerable a su personalidad artística.

Sin duda, la confianza adquirida beneficiaba a los compradores, pero Pedro no podía entender esta clase de beneficio, sólo vio lo más ingrato. Su arte valía menos de una peseta por cabeza, y aunque tal cosa pudiera haberla tolerado en circunstancias normales, allí estaba, contemplándole, la jovencita del beso. Lentamente dejó de reír, se acartonaron sus pálidas facciones y unos

ojos sombríos brillaron bajo el ala del sombrero. En su modo de decir, luchaban las míseras palabras por conseguir la arrogancia que negaba su contenido.

—¡Caballero! Son siete pesetas.

Ante él sonreían siete rostros adolescentes. Pedro pendía de su heroína luchando por mantener el poema que se escapaba a la situación. Fue ella precisamente quien le destrozó al decir lo último que él hubiese querido oír.

—Me parece que ya está bien un duro.

Pedro se ahogó al repetir la palabra.

—¿Un duro?

En su vida tuvo una expresión más feliz. La sonrisa de los muchachos se multiplicó en un estruendo interminable de carcajadas. Pedro lloraba hacia adentro su impotencia y se encogía poco a poco entre los pliegues de su capa de esclavina.

Viró enternecido por lo irremediable y lentamente comenzó a caminar hacia la puerta. Detrás, las risas no se extinguían en torno a un duro que se apresuró a recuperar su primitivo dueño. Alguien superó el escándalo con una llamada.

—Oiga, oiga; ése, el tío de la capa.

Se volvió un momento.

—Se olvida estos papelotes, amigo.

¿Amigo? Extrañó la palabra al contemplar sus caricaturas alzadas en la picota de una mano criminal. Después asió la empuñadura de la puerta y, antes de salir, escupió su desprecio hacia el grupo con una palabra cuya fuerza insultante tan sólo estaba en la entonación.

—¡Señoritos! —y mientras pronunció, sus dientes permanecieron juntos y apretados.

III

La calle otra vez. Una lluvia muy fina enturbiaba los perfiles de las casas. Hacía frío.

Pedro vagaba insensible a la incomodidad del ambiente. Una calle, y otra, y otra, se sucedían en un torcer impremeditado de esquinas. Su andar presuroso no conducía a ninguna parte. Sentía repugnancia hacia una miseria espiritual recién descubierta en la urbe bien vestida, y sin saber, buscaba diluir en la lejanía de las calles el sabor amargo de las multitudes.

Por primera vez en su vida, le había besado una mujer; una jovencita. La recordaba a través de la caricatura, fija en su memoria, y esto le decía muy poco. Quizá la muchacha del beso ya no existía en él; una imagen, pura fantasía y perfección de sus ambiciones, suplantaba a la protagonista en el centro de sus ideas.

Lo dejado atrás le producía una profunda amargura. Sentíase humillado y una desconocida sensación arraigaba en su personalidad alucinada; hambre de morir. Había aprendido la sublime finalidad de la vida, al recibir un beso que aun ardía en su mejilla y sabía que él no pertenecía al mundo que ahora ambicionaba. Se había gastado en anhelo al borde del camino, viviendo como espectador de la belleza y él no podía entrar en lo bello; su cuerpo lo ensuciaba todo al acercarse. Su misión era apartarse y seguir contemplando, quizá morir.

Una calle, y otra, y otra, seguían pasando. Entre los tejados juntos del suburbio filtraba la llovizna que amasaba barro pegajoso en el suelo. Pedro ya no tenía frío, andaba sin tino humeando aliento por su boca entreabierta y escurriendo agua por los aleros de su capa de esclavina. Las calles se hicieron solitarias y las luces encendidas de las casas esparcían en el ambiente brumoso

tonalidades de bambalina. Un gato cruzaba la calzada con el vientre casi pegado al suelo y mirando receloso hacia los lados; Pedro también miró en torno suyo y al saberse solo corrió tras el animalito, muy puesto a su alcance, y así que lo creyó oportuno, le mandó un tremendo puntapié que hizo garabatear al gato varias vueltas sobre el barro. La escena fue silenciosa y resuelta por el galope vertiginoso del bicho al que se oyó maullar al poco en la lejanía de otra calle.

Extrañamente tranquilo, pensó entonces en su casa. Estaba empapado, sus pies nadaban dentro de las botas y el instinto de conservación se sobrepuso a sus ideas. A pesar de todo, el sentimiento de humillación era su amo y al andar hacia la buhardilla agotaba sus posibilidades mentales con esta idea. No volvería a ver a la jovencita; es más, creyó entonces que no la reconocería aunque la viese, pero aquel beso perdido en el anónimo era el fin de una etapa lastimosa y el principio de otra llena de ambición y gallardía. En su vida volvería a hacer ni una sola caricatura; los ángeles le esperaban a las puertas de la gloria y Pedro quería, ahora más que nunca, caminar hacia ella.

El centro de la ciudad le incitó con sus bares y cafés a la continuidad del oficio. Lo atravesó sin querer mirar, cada cara valía una peseta y tenía hambre; en algún sitio freían pescado; el aire impregnado con el olor de la fritura era irresistible propaganda, pero Pedro, apretando los dientes, luchó con la tentación y venció. Fue éste el paso más difícil; después, en cualquier sitio, dejó caer el block y siguió andando sin volver la cabeza. La renuncia era definitiva y en ella había una gran obstinación, aquella noche no cenaría y mañana… ¡Dios sabe lo que podía pasar mañana!

Al atravesar una plaza, oyó persistente y muy cerca el sonido de un claxon. Dio un salto, sobresaltado, y casi rozándole pasó un automóvil. Por una de sus ventanillas asomaba la cara del chófer.

—¡Animal! —gritó el desconocido.

La excesiva licencia cargó sus nervios de dinamita y no pudo evitar un ridículo desafío encarado con el humo del escape silencioso que se perdía a lo lejos.

—Vuelve si eres hombre; cobarde…

Estaba solo. La gente se paró en la acera para verle gesticular, y al poco, todos andaban de nuevo; Pedro era el único que no sonreía

y al reemprender su camino mascullaba desafueros que hacían volver la cabeza, intrigadas, a las personas que se cruzaba.

Cerca de casa, otra vez el camino se hacía solitario y oscuro. Una berlina aislada, con su ritmo de cascabel, anunció su proximidad y Pedro se subió a la acera para dejarle paso. Así debían ser las cosas, discretas y amables; los automóviles eran artefactos odiosos, añadidos al mundo para encarecer la vanidad.

Poco después se enfrentaba con la puerta de su casa. Sacó la pesada llave de hierro, accionó la cerradura y puso el pie sobre el primer escalón; todavía quedaban noventa y ocho.

IV

DESPERTÓ de noche. A través del tragaluz se asomaban las estrellas y una débil penumbra lo inundaba todo con sus tonos lívidos. La voz del sereno anunció que la mañana aún estaba lejos; después, volvió el silencio y Pedro percibía angustiado los latidos de su corazón.

Tenía tanta hambre que sus dientes se movían en el vacío masticando un imaginario manjar. Un conocido verdugo atronó la noche desde la contigua azotea con el reiterado insulto de su «kikirikí». Los ojos de Pedro brillaron un momento con afán de matar y un mudo juramento cruzó por su cabeza alucinada.

Horas lentas que traían el amanecer, parecían espaciar cada vez más su tañir en la torre de la Catedral. Un vacío inmenso de tiempo pasaba para nada, con el precio de la vida que se perdía en él; duro meditar el de Pedro cuando lo hacía. La vida lo arrinconó sin guardar para su gloria ni una sola de aquellas horas que pasaban. Hambre y suciedad eran regalos de un mundo que no le entendía, prodigándole en abundancia todo lo fácil, sin darle acceso a ni una sola de sus dificultades. ¿Era justo? El interrogante, fijo muchas horas en su mente, no tuvo nunca contestación; él no entendía la voz de Dios.

La soledad de su ratonera —lo más ansiado de su mundo— era insoportable en las horas huecas de las noches, que consumía un meditar sin horizonte. Abismo detrás y delante de él. Desde la altura de su realidad negativa, sentía el vértigo alucinador de dos vertientes opuestas que conducían a la nada; ayer y mañana, tiempo muerto de las multitudes grises que lo absorbían.

Sus amigos dormían en paz; Akim el marinero, Juana de Tordesillas, el caballo Plumero… Todos felices de no ser. ¡Si tuviese

una luz para contemplarlos! Se despreció al recordar devorada por sus dientes la última bujía de sebo, mientras añoraba una imposible fritura de pescado. Esto le produjo una risa extemporánea que convulsionó su cuerpo y puso lágrimas en sus ojos. Alzó una mano que al rozar su frente le pareció que ardía y se tranquilizó.

Un cerebro inerte respondió después al maquinismo de la costumbre. Pedro se enderezaba, bostezó una y otra vez, tensó sobre el evidente esqueleto los músculos filamentosos y abandonó el camastro.

Temblaba encogido y resoplaba con los carrillos hinchados encorvando el cuerpo para mejor ver algo que buscaba por el suelo. Se agachó varias veces alargando la mano, que topaba, uno tras otro, con los despojos abandonados de días de prosperidad. Las colillas renacieron en el mestizaje de un cigarrillo que febril mantenía Pedro entre sus dedos al contemplar más tarde el vacío a través de los cristales del tragaluz.

Los tejados de enfrente, algo más bajos que su ventana, descendían azulados hacia la calle; más lejos, un bosque de chimeneas se perdía en las sombras bajo el encalmado de la noche. Allá abajo, la calle estrecha y silenciosa; enfrente, balcones y puertas cerradas. Todo dormía ante él.

Solo, abandonado hasta de sí mismo, fumaba en la ventana frente a la oscuridad.

Pensaba a gran velocidad en lo único que por entonces podía pensar: en comer. Su cerebro se negaba a albergar cualquier otra idea y sufría al percibir cómo la exquisita sensibilidad de su persona se había dejado avasallar por una víscera tan despreciable como el estómago. La necesidad de comer llevaba sello de urgencia, pero desconocía su destino.

¡Aquella jovencita de dos días antes! ¡Ah, si no hubiese aparecido! Sus escrúpulos dominaban al hambre y consciente de la inutilidad de vagar por las calles, ahorraba energías cerrado en la buhardilla, aunque se quemaba por dentro con la intensidad de una meditación sin fin. Estaba extenuado e inerme para luchar por un modo digno de subsistir.

Sumido en la pendiente de su desesperación, se produjo a sí mismo una gran lástima que atenazó su garganta en los albores de un sollozo. El fatalismo de sus ideas encontró su meta en el espectro

de la muerte. Iba a morir de hambre, sin recursos que oponer a tan desastroso fin. Sobrepasó esta idea con un escalofriante divagar imaginativo y más allá de la muerte vio sus carnes secas, resistentes a la putrefacción, convertidas en momia sobre el camastro. Y más arriba, a través de la telaraña polvorienta, una vieja horrible riendo eternamente la estela de su agonía.

Tardarían días, quizá semanas, hasta encontrar su momia sobre el camastro del rincón, y entonces —creyó morir de horror al pensarlo— el furgón municipal le conduciría a la sala de autopsias, donde los médicos sacarían sus entrañas a la vergüenza.

—Murió de hambre —dirían.

Jamás haría esta concesión a la sociedad.

Lanzó colérico contra el cristal de la ventana la colilla que le quemaba los dedos y sus ideas retrocedieron hacia la vida, hacia la forma de seguir viviendo. La ambición de su futuro se había nutrido durante años con la idea de una exposición y para ella había almacenado en el estudio algunos cuadros que, cada uno en su tiempo, habían sido inquietud y sueño de otros días. Aún pintaba telas; cuando la calderilla fraguaba en algún billete y podía adquirir lienzo y colores. Esto sucedía pocas veces, pero en sus ocasiones, vivía frente al cuadro, que poco a poco aparecía ante él ausente del mundo, aislado días y días de la calle, sólo pintando y soñando. Cuando el desfallecimiento no le permitía más, salía y durante unas horas sobreponíase a las náuseas del comercio inferior, pintando caricaturas en los cafés del centro. Con algunas pesetas, las necesarias para comer un poco, compraba provisiones que devoraba apresurado de vuelta al estudio. Luego, a pintar otra vez, hasta que sus sentidos, siempre exigentes y en tensión, le decían que no podía hacer más. Por último, acostado en el camastro, contemplaba horas y horas su obra. Akim el marinero, Ana de Tordesillas, el caballo Plumero… todos estaban satisfechos y la mancha de las bocas parecía distenderse al contemplar la verdadera belleza.

En lo sublime de su obra estaba la salvación. Cada uno de aquellos cuadros era un pedazo de su alma y todos juntos ella misma; quería venderlos, pero después de exponer, cuando la gloria le llevase de la mano por su camino; ahora no. Pero cada lienzo podía ser dinero y tenía hambre, un hambre loca. Se resistía a desbaratar la preciosa colección y antes de apelar a este último

recurso forzó su mente en el más desesperado esfuerzo de toda la vida. Fracasó.

Baja la cabeza y arrastrando los pies, abandonó la ventana para acercarse tembloroso a uno de sus lienzos, al más próximo. Al tocarlo le pareció que profanaba con su intención una imagen venerada. Había que vender, todo prejuicio era inútil, la situación era desesperada.

Volvió a los cristales para contemplar la obra y la mantuvo largo rato entre sus manos. En la penumbra era casi invisible la policromía. Un jarrón —protagonista que fue de muchos cuadros hermanos—, tres manzanas y un tapete azulado en el que se adivinaba favorecido el vuelo de la capa de esclavina, constituían la total composición. Recordaba perfectamente la exaltación de sus sentidos al realizar la obra, las horas de lucha con un colorido rebelde y la satisfacción de la última pincelada culminando la anhelada sinfonía de color. ¿Quién podría comprender todo aquello? Iba a venderlo, a cambiarlo por unos panecillos y unos vasos de leche de vaca. Suspiró. ¡Qué importaba la obra! Ella no era nada, valor lo hubo en el propósito, la culminación era lo de menos y el propósito le pertenecía.

Y antes de que pudiera desvanecerse en él esta confortadora idea, metió el cuadro debajo del brazo, cubriose con la capa, se caló el sombrero y tras un portazo que escandalizó el silencioso amanecer, comenzó a bajar la escalera.

V

PEDRO, de pie ante la puerta de su casa, meditaba la próxima dirección a seguir. A derecha e izquierda, la calle estrecha y solitaria le invitaba igualmente.

Dirigió sus pasos hacia la derecha. No precisaba dónde iba, sólo presente había en su andar y la única percepción de vida era el intenso frío que le hacía tiritar bajo la capa de esclavina. Más allá de su calle, zigzagueó por los callejones del barrio entre paredes y perfiles inclinados. La voz de los serenos estorbaba el silencio, anunciando el amanecer desde lugares distantes.

Con el paso de las horas se hizo la de abrir algunos establecimientos y la puerta metálica de una lechería, al alzarse, fue la primera sensación de vida próxima en la de Pedro. Algunos obreros pasaban hacia el trabajo, presurosos y frotándose las manos o con ellas en los bolsillos y el cuerpo encogido. Lejos, hacia el centro de la ciudad, se oían bocinas de automóviles y el chirriar de los tranvías al franquear las curvas. Se apagaron las luces y las casas aparecieron mucho más grises.

Debió ser instinto lo que llevó a Pedro hasta una calle ancha que desembocaba en un jardincillo sombrío. Allí había un surtidor de agua que impregnaba de rocío la verdura del jardín. Más allá de los árboles, se divisaba una plaza y Pedro adivinó desde lejos el rótulo que su vista aún no alcanzaba.

MARCOS Y MOLDURAS

Era temprano y faltaba por lo menos una hora para abrir la tienda. Pedro casi se alegró, comprimiendo el cuadro sobre su costado. La demora de lo inevitable amargaba el estómago, pero proporcionaba al espíritu la dicha de una posesión más prolongada.

Pero con la marcha de los minutos, la sensación animal de hambre reemplazaba lentamente la vibración emocional de aquellos últimos momentos. Ya no podía esperar en el jardincillo; fija su vista en la casa de «Marcos y Molduras», avanzó, inconsciente de su andar, en aquella dirección. Ante la tiendecilla contuvo el impulso de llamar y apoyado en la puerta metálica permaneció durante un tiempo que no avanzaba apenas. Una distante campana se adelantó a las demás y, antes de contar las nueve vibraciones, siguieron como un eco los relojes de otras torres. A Pedro le pareció aquél uno de los más agradables conciertos que oyera en su vida.

Como los campanarios, unas tiendas se adelantaban a otras y en su lugar cercano levantaron la puerta de una casa donde vendían accesorios para bicicletas. No comprendió la prisa del vendedor; no concebía que a nadie pudieran interesar tales objetos.

Estaba en esto cuando vio atravesar la plaza a un hombrecillo de inconfundible perfil israelita, que intentaba hurtarse al frío bajo un remendado guardapolvo. Era su hombre y lo reconoció al punto.

Dos sensaciones le acometieron a la vez, emoción ante el próximo negocio y vergüenza de ser descubierto en su prisa. Volviose de espaldas y se alejó un poco para no ser adivinado, luchando con el impulso de correr hacia el judío. Debía esperar. Su asunto requería sosiego, de ningún modo el comprador debía sospechar su necesidad de vender.

Llegose al jardincillo y desde allí, contempló abierto el establecimiento.

—Contaré hasta cien —se dijo.

Cuando llegó a la casa de marcos, suspendió la tenue letanía.

—… ochenta y cuatro, ochenta y cinco, ochen…

Como si perteneciera a la retahíla numérica y tan sólo alzando el tono de voz, dijo forzando la indiferencia al entrar en la casa de «Marcos y Molduras».

—Pasaba por ahí y pensé…

En aquel momento la última tienda de la plaza abrió sus puertas al público; era una zapatería. La vida comenzó en la ciudad y con su normalidad surgía el trato de la compra-venta.

Pasaron diez minutos y Pedro volvió a la calle con la mirada fija en un horizonte indeterminado, propulsada la barbilla y andando con tanta firmeza como indecisión hubiera en sus anteriores pasos.

—Seis pesetas —murmuraba.

No pudo claudicar ante la insultante oferta y por eso el cuadro volvió con él a la calle, vibrando al contacto de un corazón que le pertenecía. Había en el alma herida del artista un gran deseo de alejarse de allí; la seguridad de la renuncia a tratos con el usurero puso premura en sus pies, mientras los vuelos de la capa de esclavina seguían sus pasos.

Llegó al jardincillo y allí se detuvo; no había nadie que pudiera espiarle y en torno al surtidor crecía la hierba fresca. Alargó la mano y empezó a arrancar yerbajos, que llevaba con celeridad a la boca; tenían un gusto amargo, pero los jugos vegetales, al llegar a su garganta, le proporcionaban un anticipo terreno del Paraíso. Su vista giraba asustadiza tratando de aventajar a la de cualquier intempestivo y entre sus dientes, acelerados por la avaricia y el temor, crepitaban las plantas como pastura en boca de herbívoro.

Sin verse harto, escapó de allí sorbiendo las últimas briznas que restaban en su boca, desencajada la faz por el dolor que la verdura suscitaba al acomodarse en el estómago y por las náuseas crecientes que le hacían presagiar viaje de vuelta al tardío visitante de sus entrañas. Los ascos le acompañaron de camino un buen trecho, hasta que por su suerte hallose en un apartado callejón, donde quedó tan vacío de cuerpo que, aun antes de alimentarse, no lo estuviera más. Lloró su desventura desandando lo andado y entraba en sospechas de que sus fuerzas no serían capaces de restituirle a casa.

El bordillo de la acera le invitó al descanso y como esta necesidad se le manifestaba imperiosa, allí se sentó seguro de que no sería molestado. Pasó tiempo, y casi nadie por la calle; Pedro quería atrapar, con la cara entre las manos, un huidizo entendimiento que se le escapaba en pos de ideas fantasmales. No podía volver a ser él, y su temor del momento, el más alarmante, lo constituía el equilibrio de su razón; a cada momento le parecía que iba a perderla y, a ratos, que la había perdido ya; pero esta manifestación de su razón le confirmaba que aún no estaba loco, ¿cuándo empezaría a estarlo? Esperaba poder analizar la transición de cuerdo a chiflado y esto le entretenía en una angustiosa espera.

Un sonido metálico producido entre sus pies, le hizo descubrir el rostro y vio, rodando ante sí, una moneda de diez céntimos; algo

más allá, la piadosa mujer que la arrojara caminaba sin volver la cabeza. Pedro no pudo resistir la humillación.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Señora! —le gritó alzando la moneda.

La mujer no se volvió; al alejarse le pareció a Pedro que junto a ella caminaba la sombra de su propia vergüenza y, así pensando, se guardó la moneda. Quizá la industria de mendigar aventajase a otras muchas, si se sabía emplear un tono discreto y convincente; y esta filosofía se asoció con el sórdido pasado de las caricaturas a peseta mantenedoras de su miseria, a través de la engañosa burla del lápiz. La limosna no le pareció cosa nueva, sólo continuidad en su vida, lo mismo de siempre. Y otra vez quedó abatido, con el rostro entre las manos; ya no sabía si esperaba la caridad, la locura o la muerte.

Y una voz, voz de mujer, oyó que saludaba alegre desde muy cerca.

—¡Hola!, señor caricaturista.

Le habían dicho señor, y él, que sabía que lo era, por encima del menosprecio de los demás, alzó la vista con grave solemnidad.

Allí mismo, una estampa de juventud. Tres jovencitas con libros bajo el brazo, le sonreían y, entre ellas, más atormentadora que su recuerdo, la que dos días antes le diera un beso en la mejilla.

Lentamente se fue enderezando hasta que, de pie, rebasó un buen trecho la altura de las muchachas; se quitó el sombrero y saludó con una ceremoniosa inclinación de cabeza.

VI

La tarde era lo bastante larga para desesperar a Pedro, pero él ya lo estaba cuando, poco después de mediodía, se dejó caer de espaldas sobre el camastro del rincón. Akim el marinero, Ana de Tordesillas, el caballo Plumero… todos estaban en su sitio; ellos no necesitaban comer para ser quienes eran, él sí. En esta diferencia se cifraba la envidia que le producían.

Pero Pedro estaba comiendo. Despacio, con cuanta lentitud le permitía su ansiedad, masticaba un puñadito de cacahuetes depositado en la cabecera del camastro. El chico de la esquina le informó de que por diez céntimos no despachaba cantidad alguna, pero tuvo la gentileza, dado el conocimiento que entre ellos había, de fiarle tres perras hasta más adelante, y así, con gran contento del pintor, se sirvió cederle un real de la mercancía.

Con el crédito conseguido, engañaba el hambre. Caro engaño; le costó la humillación de haber aceptado una limosna y el quedar empeñado por tres perras con el chico de la esquina, ¡triste evidencia de su miseria! Pero con ser éste, alto motivo de aflicción, le turbaba mucho más aquel encuentro con la jovencita del beso.

—Si gustan, será para mí un placer recibir a ustedes en mi estudio y mostrarles mi colección de óleos. Este que están viendo, no es más que un apunte. Hace un momento me ofrecieron mil quinientas pesetas por él, pero no lo he querido dar.

Las tres oían risueñas e interesadas. Antes, había olvidado la firmeza de su renuncia, aceptando de las jóvenes lápiz y papel para hacerles allí mismo sendas caricaturas. Lo que no aceptó fueron las seis pesetas —dos por cabeza—, con que las muchachas tasaron el trabajo del artista. Sabía ser gentil cuando así convenía, aunque al oír mentada la cantidad, se sumase el vértigo al mareo que ya venía

sintiendo.

—Mañana iremos a ver sus cuadros.

Así se despidieron y Pedro, con la duda de si resistiría hasta entonces, las vio marchar deseoso de hacerles compañía, pero seguro de que no le restaban fuerzas para ello.

Aún pudo mantener una gallarda rigidez hasta que, vueltas desde la lejana esquina, le dijeron otra vez adiós. Lo demás ya no importaba; llegó a casa como pudo, cansado, casi sin aliento y percibiendo a intervalos unos vahídos, que le borraban el horizonte.

Los cacahuetes, al terminarse, hicieron efecto contrario, acreditándose como mejor aperitivo que muchos de los recomendados por la propaganda. Un hambre loca convirtió a Pedro en un forajido capaz de cualquier atrocidad por conseguir su satisfacción. La imagen de un pedazo de pan se antepuso a las del techo y hasta la jovencita del beso llegó a ser un personaje desconocido. Pedro creyó alguna vez que podría discernir entre la razón y la locura, pero el límite de separación no dio lugar a su análisis; por fin estaba loco y la misma locura le impedía saber de ella.

Desde la calle llegaba hasta sus oídos una conocida salmodia que por repetida, ya sabía de memoria. La canturreaba un truhán agazapado frente al estudio.

—Caballerito amable, señora generosa. Parar en este pobre huérfano que por su desgracia no se la puede ganar y sólo espera de la caridad de las almas nobles para llevarse un pedazo de pan a la boca. Hágase la voluntad del Señor.

Luego volvía a empezar y así toda la tarde, hasta después de bien anochecido.

Pedro le despreciaba. Muchas tardes sirviole, desde el tragaluz, de contable gratuito, y el cálculo de las limosnas recibidas lo elevaba a un promedio de varios duros por día de ejercicio. Lo sintió de pronto un competidor aventajado, y nació de su locura la envidia. Sin querer, había iniciado con la ganancia de una perra gorda, el negocio de limosnero, pero sentía cortada la continuidad del oficio; él no servia, era demasiado señor, pero un señor hambriento y disparado hacia el objetivo de un pedazo de pan.

Saltó del camastro, lanzando al aire escalofriantes dentelladas, que enardecían más su disparatada razón. Después, junto al

tragaluz, clavó su vista en el mendigo, mientras su mente codiciosa calculaba la suma y sigue de la calderilla que amontonaba en los bolsillos. Un caballero se había dejado una peseta, la vio cuando habían transcurrido tres horas de estático espionaje.

No pudo aguantar más, se caló el sombrero, cubriose con la capa y tan firme y ágil descendió la escalera, que de no sentir tales cosas no las hubiera creído.

El mendigo seguía.

—Caballerito amable, señora generosa…

Llegose hasta él, más loco de lo que pareciera al verle, y entonando amabilidad y buenos modos, le dijo:

—Venga conmigo, buen hombre, y si no lo tiene a mal, le daré una chaqueta de estambre que a mí me ha quedado pequeña.

No esperó a segundas el hombre; abrió sus ojos cuanto podía y, dando como buena la novedad, comenzó a alzarse trabajosamente del suelo. Ayudado del tiento, cómodo disfraz de ciego o cojo, siguió a Pedro renqueando, ya que esta vez entraba la cojera en su conveniencia.

Y así, uno tras otro, llegaron a la escalerilla del pintor. Comenzaron a subirla al paso del cojo, que por hacerlo mejor y mover más a lástima, se hacía en cada escalón que subía. Pedro no tuvo ya fuerza ni paciencia para seguir más allá del primer rellano. Allí mismo, se detuvo, y vuelto hacia su acompañante dijo con voz enérgica:

—La bolsa o la vida.

Quizá la última sílaba no llegó a pronunciarla, porque con el «da», comenzó a lloverle sobre la cabeza tal nublado de palos, que se hacía cruces de lo diestro de su seguidor en tal reparto, sin un marro que le dejara a él alientos para la demanda de tregua. Por evitar más daño del recibido, cruzó sus brazos sobre el sombrero y es seguro que se los llenara de cardenales aquella víbora, de no caer al suelo de bruces para percibir en esta postura el final del apaleo sobre los huesos de la espalda.

Pedro ahogaba en sí los gritos de auxilio, pues sabedor de su culpa, tomaba como mal menor el recibido, dando a buen empleo el agobio que le libraba de otro mayor. Por fin paró la lluvia y oyó volar al agresor escaleras abajo sonándole en los bolsillos un fortunón en calderilla. Por su parte, hizo una prueba y comprobó

que no podía moverse y aún más que esto, que se iba en sangre por boca y nariz, amén de un diente que por arte de magia percibió flotando sobre su lengua. Pensó que aunque hubieran sido todos, en poco se habría mudado su porvenir, ya que aquellas piezas estaban en huelga y nada hacía presumir que pudieran salir de su estado.

Andando a gatas, pudo tras muchos esfuerzos llegar a la buhardilla y por primera vez en su vida se acostó de bruces en el camastro, seguro de que sus amigos del techo sabrían perdonar su descortesía.

VII

El vecino de enfrente ignoraba el bien que hacía al del otro lado de la calle teniendo la luz encendida, ya que en el estudio se beneficiaba de la claridad. Pedro aprovechaba esto, entregado a un raro trabajo. De pie sobre un cajón colocado a su vez sobre una silla, había conseguido altura suficiente para alcanzar el techo y en él, un gancho que allí sobresalía. Sus manos movíanse afanosas para anudar una cuerda al gancho, que tan de cerca, sólo gancho parecía y no el belfo del caballo Plumero como se antojaba desde el camastro del rincón.

Vistos desde allí, sus amigos no parecían tales, sino otros y hasta sólo borrones informes, sin límites que definieran perfil alguno. Las dulces facciones de Ana de Tordesillas aparecían llagadas por manchas repugnantes que borraban su suavidad. Akim el marinero apareció de pronto lampiño y la antigua barba no era más que un cangrejo asido al techo, que ahogaba con su sombra los perfiles de la figura… Uno tras otro, quiso verlos mientras, febril, aseguraba la solidez del nudo. De todos, no quedaba ninguno, se fueron antes que él; manchas turbias e impersonales suplantaron con su verdad al inestable conglomerado de seres. Hasta la vieja del rincón, apaisada tras la telaraña, desapareció en la nebulosa de una mancha gris e imprecisa; estaba a salvo de ella y no moriría bajo el signo de su eterna carcajada.

Pedro iba a morir. Preparaba con este propósito un nudo corredizo en el extremo libre de la cuerda, que sin otra diligencia, cuando estuvo terminado, pasó alrededor de su cuello. Los motivos que le animaban a la empresa eran simples; moría porque no podía seguir viviendo y llegado a este extremo cargó el hecho a cuenta del destino, ya que él no hizo nada para llegar al fin. Su industria no

anticipaba el acaecimiento más que unas horas, y conocedor de las pasadas, pensó hacer un buen ahorro excusando las venideras.

Quizá morir no fuese nada si sólo fuera eso, pero en la muerte se encerraba el misterio mantenedor de la vida, y a su temor veíase obligado como todo mortal que la presiente. Puede que más allá alcanzase algo nuevo, o tal vez, la nada para siempre; algo, bueno o malo, sería seguir y esto era alentador; nada… —se estremeció— no podía ser más que nada, y la idea de la negatividad absoluta, era lo único que mantenía su indecisión en aquellos segundos póstumos.

El vecino de enfrente apagó la luz y a través de la ventana aparecieron las estrellas; sólo el pequeño espacio de cielo era posible ver. Entonces, fuera miedo, molimiento, debilidad, o más bien las tres cosas juntas, sucedió que comenzaron a temblarle las piernas y esto, transmitido al cajón sobre el que se posaba, dio lugar a una ligera oscilación de la pieza, que le puso en trance de quedar colgado del cuello. Con celeridad instintiva, elevó ambos brazos, asiéndose cuan firme pudo a la cuerda, maldiciendo la suerte que le permitiera hallar tan pronto el asidero. Temblaba espantado ante el vacío que hubiera ocupado su cuerpo y que no tardaría en ocupar. Su destreza le salvó de los designios de la Alta Voluntad y morir por la propia se le antojó que era escribir el desenlace de una historia saltando los capítulos que conducen a él. El razonamiento era otra vez la voz del instinto en lucha con la obstinación de morir; no quiso oírlo. Terminaría en un momento y, para ahuyentar el miedo, cerró los ojos, apretó los dientes, se encomendó a Dios e inclinó el cuerpo para volcar la silla y el cajón que le separaba de ella.

Se dio cuenta, en esta posición, de que sus manos, todavía firmes en la cuerda, mantenían el peso del cuerpo, librando al cuello de este trabajo y pensó al instante que le sobraba tanta ayuda como falto estaba de decisión. Ésta no le acudía. Pero el cansancio que poco a poco hacía ceder los brazos, superó su flaqueza dando comienzo a una horrorosa y lenta agonía. La corredera, haciendo operación en torno al cuello, nublábale la vista, las estrellas del cielo cedieron a otras que, como fogonazos, estallaban en sus párpados entornados y la lengua engordaba entre los dientes, escurriéndose con fuerza hacia la garganta.

Quizá no pudiese percibir las cosas un segundo más, y en una fracción de su transcurso, se plasmó ante él, clara y precisa, toda su

vida. Miseria, humillación, afán, Ana de Tordesillas, hambre, seis pesetas y, por fin, un beso que anuló todas las percepciones para ser la última, fija y sola, que le acompañaría hasta el fin. Por nada de todo, valía la pena seguir; sus pies aún tocaban el cajón, las manos desfallecían, hora era de abandonarse totalmente y terminar. En el último recuerdo, encontró el ánimo que le faltaba para lanzarse, brindando a la jovencita del beso el grandioso espectáculo de su cuerpo colgante, cuando al día siguiente acudiese a ver los cuadros.

Pero otra fuerza superior a la recién adquirida, le llevó hacia la salvación, con ansia instantánea de vivir. Lejos, como muchas veces, se oían las notas tenues del piano; de ellas obtuvo la fuerza necesaria para enderezarse y, extático sobre el cajón, todavía con la cuerda al cuello, se sumió en la dulzura de la lejana melodía, única y olvidada felicidad de sus horas. Valía la pena seguir viviendo, y al notarse la cuerda en tan peligroso sitio, se estremeció quitándosela al punto como cosa extraña y al parecer nueva. Bajó al suelo en plena ausencia de cuanto fuera más viejo que el último segundo, y caminando como una máquina hasta el camastro del rincón, cayó allí con una imprecisa idea de ser o no ser, que le mantenía en la duda de si verdaderamente estaba vivo.

Con la música, toda ayer y melancolía, volvíanle años de perdida juventud que despertaban viejas ambiciones y ansias de futuro. Las notas se oían limpias y solas en el silencio del barrio dormido y Pedro, al poco, también se durmió; pero, antes, había empezado a soñar.

VIII

Fué el suyo un sueño disparatado. Sin saber como llegó hasta allí, se encontraba luchando por mantenerse en equilibrio sobre uno de los resbaladizos tejados próximos a su estudio; a cada momento creía que iba a ser absorbido por la grieta obscura del callejón, que como una sima se abría en el límite del alero. Ignoraba cómo llegó a tal lugar, pero sí sabía el móvil de su permanencia en él.

No muy lejos, sobre una azotea, veíase en la obscuridad la sombra de un gallinero donde, sin duda, dormía entre las gallinas el verdugo del amanecer. Sudaba, cosa rara, de frío, al avanzar entre las tejas hacia el objetivo y próximo al terrado aumentó el sigilo de su marcha, gateando hasta la firme baldosa en que se asentaba el gallinero.

Éste era de tela metálica y el cierre de su puerta tan sólo un alambre acodado que permitía el franquearla con facilidad. Pedro se maravilló; las cosas parecían venir solas a la mano sin más dificultad que la propia angustia.

Los demás acontecimientos ocurrieron con vertiginosa rapidez. El plan previsto tuvo un feliz desarrollo y, al poco, Pedro se deslizaba por la cornisa que conducía al tragaluz de su estudio oprimiendo nervioso un cuello emplumado que gemía una tenue sibilancia bajo la presión.

La segunda parte debía desarrollarse en la soledad del aposento. El pollo sería la víctima, él, el asesino; se sobrecogió. Quería justificarse con la presente necesidad en que estaba, haciendo esfuerzos por considerar al gallo como a ser inferior. Más que eso, ínfimo; y puesto en cuestión de supremacías, se planteó un vital dilema; o él, o yo.

Crispó la mano que oprimía el cuello del animal y, horrorizado,

dejó de oír la sibilancia que mantenía aquella vida, mientras el gallo intentaba un inútil esfuerzo por desasirse. Comprendió al momento que jamás podría mantener la presión y al aflojar los dedos, lágrimas de desesperación comenzaron a caerle por las mejillas. Después acarició compasivo al bicho, que desahogaba su pasada angustia estirando y encogiendo el cuello.

—Me ganaste, amigo —dijo.

Arrepentido y seguro ya de su próxima muerte, desanduvo el camino hasta el gallinero para situar en su sitio al salvado plume. Le afligía pensar en este último fracaso de su vida; era uno más, tan sólo eso, pero con categoría de póstumo. Ya no temía el resbalón. Lo deseaba. Así, en un momento, todo quedaría concluso y él en paz. La grieta del callejón ya no era como antes un temible tragadero; entonces caminó hacia el pollo, hacia la vida; ahora, buscaba otra vez la muerte llamándola desde el subconsciente con deseo de liberación. Una cosa quería: dejar el pollo en su sitio y morir como un hombre honrado; la idea de legar fama de ladrón le hacía estremecerse durante su inquieto andar por los tejados.

Cerca del gallinero oyó voces. Estaba perdido. Quiso huir, pero era tarde: le habían descubierto. Las voces se tornaron gritos y al poco dos hombres avanzaron hacia él a todo correr. Pedro se arrodilló ante ellos pidiendo clemencia con los ojos y mostrándoles el gallo como prueba de arrepentimiento. No atendieron sus razones; pasaron de largo dejándole a un lado y al poco desaparecieron por el agujero de una buhardilla. Extrañado, quedó en la posición que estaba y sin comprender.

No habían terminado los sucesos; un hombre gordo, en camiseta y con gorro de dormir, avanzaba hacia él empuñando una escopeta de dos cañones y gritando como energúmeno.

—Ladrones…, ladrones…, ladrones…

Al ver a Pedro se detuvo ante él y sonrió. El pintor, arrodillado todavía, le mostraba el gallo manteniendo una callada súplica en los ojos.

—Gracias, don Pedro, le estoy muy agradecido. Si no llega a ser por usted, esos bandidos me vacían el gallinero.

Pedro no entendía bien. Empezó, por salir de algún modo del agobio, una justificación.

—Este pollo…

—No me diga nada —atajó el gordo— lo comprendo todo perfectamente. Usted ha expuesto su vida por defender mi gallinero; luchó a brazo partido con los ladrones y ha podido rescatar el pollo. Gracias, don Pedro, muchas gracias. ¿Le han derribado? ¡Menos mal que me he contenido y no disparé! Vamos, levántese. ¿No estará lastimado? Si gusta, puedo invitarle a una taza de café; hace un frío espantoso. ¿Acepta?

Pedro percibió una dulce sensación al pensar en el café calentito; quizá con alguna tostada… Enderezose y se acomodó rápidamente a las circunstancias.

—Venían dos, ¿sabe? a todo correr. Yo, que estaba despierto, percibí ruido y temiéndome lo que pudo haber pasado, salí por el ventanillo y les grité: «fuera de ahí, bribones». Entonces, ellos huyeron y vi que llevaban en la mano este gallo. Me interpuse en su camino y mantuvimos una lucha feroz. Menos mal que pude arrebatarles el animal. Hay gente para todo, amigo mío; me horrorizo de pensar cómo está la sociedad. Tomemos café si usted lo tiene a bien, que buena falta nos hace un sorbo.

Fue una verdadera bendición: café, bollo y bizcocho. El vecino relató varios casos de robos audacísimos y demostró poseer una vasta cultura en este sentido. Pedro oía ausente y masticaba sin cesar aquella gloria que el destino puso en su camino. Ya no quedaban bizcochos en el plato, pero la atenta esposa del hombre gordo se cuidó de surtir la mesa con una nueva ración. Pedro había preferido café con leche cuando fueron consultadas sus costumbres. Sentía una inmensa gratitud hacia aquel arcángel en camiseta, surgido en las tinieblas de la noche. Por primera vez en su vida, el destino fue generoso, dándole un pago abrumador por algo que no había hecho. Íntimamente, sentía el cosquilleo de un remordimiento que le martirizaba sin cesar, acusándole como a uno cualquiera de los delincuentes con cuyas hazañas querían deleitarle. Había querido robar a aquel hombre bueno sobre toda ponderación, que no sólo no vació sobre él su escopeta, sino que, como sus brazos, le abrió las puertas de su casa y hasta de su despensa. Glorificaba para sí al santo hombre, callando su alevosa posición en aquella farsa. Algo en él le impulsaba a ofrecer una compensación a cambio de tanto bien como recibía. Debía pagar aquello de algún modo y más que el remordimiento, le preocupaba la satisfacción de la deuda.

Nada tenía y nada podía ofrecer; la compensación parecía difícil porque el debe era cuantioso. Pedro debía al hombre gordo de la camiseta nada menos que su vida. Con aquellos deliciosos bollos y el café con leche. Tragaba, porque el hambre arrolladora no le permitía mesura, pero cada nuevo bizcocho le acusaba de traidor y le hacía llorar hacia dentro la mala sangre que se demostraba.

Una idea cruzó vertiginosa por su atormentada mente, y no tardó apenas para convertirla en palabras. Un retrato. Es lo único que sabía hacer y podía brindar. Valoraba en mucho su propia calidad artística y hasta llegó a creer que el pago era excesivo. Esto le permitía quedar en paz con su conciencia, y seguro de que con la dádiva que prometió quedaba el saldo a su favor, se hizo servir otro plato de bizcochos, justificándose con que circunstancias imprevistas le habían hecho excusar la cena y tenía un apetito voraz.

El matrimonio había soñado toda su vida con un retrato que los lanzase unidos a la inmortalidad, y tanta estima hicieron de la oferta que para asegurarse la veracidad de la promesa obligaron a Pedro a aceptar el gallo que, con mucho gusto, le regalaban.

Pedro salió a la calle como un caballero limpio de pecados. Anduvo unos pasos y deteniéndose ante la casa vecina, que era la suya, hizo girar la cerradura.

Subió la escalera con la cabeza tan firme como sus pasos y sintiendo un agradable calor que le recorría las venas. El gallo colgaba de su brazo derecho, como un símbolo de gloria. Tenía sueño y se acostó satisfecho.

Cuando despertó entraba el sol por la ventana. Akim el marinero, Ana de Tordesillas, el caballo Plumero…, todos le daban los buenos días. La vieja del rincón había desaparecido por un capricho de la luminosidad y, aunque era cosa conocida, esta vez le produjo su ausencia una grata impresión. Recordaba la pesadilla y, sólo con eso, sentíase feliz. Otra vez conocía la vida, tenía gana de ella y de vencerla.

De pronto, hirió sus oídos un ruido estridente que, aunque familiar, extrañó esta vez por su proximidad. El gallo, galonando con sus excrementos la capa de esclavina, estaba allí. Pedro se estremeció. ¿Es posible que no fuera un sueño? Al incorporarse, tuvo la evidencia de lo que empezaba a sospechar. Paladeó y allí

estaba, vivo en su paladar, el sabor incomparable del café y de los bollos. ¡Alegría! La vida era hermosa, incomparable.

—Adiós, Ana de Tordesillas; cuida de la casa y si viene ella, dile que espere; volveré en seguida. Hoy os quiero a todos más que nunca.

Sacudiéndose las muestras que el pollo dejó en su capa de esclavina, bajó volando la escalera y corrió a lo largo de las calles. Se encontraba fuerte, sereno y, sobre todo, alegre. Debajo del brazo recorría las calles con él el bodegón que no quiso vender el día antes. ¡Qué importaba nada! Era feliz y eso podía serlo todo, quizá el comienzo de la vida.

Atravesó el jardincillo donde había conocido desdichas, mirando con desdén la hierba despreciable que allí crecía. Ante su vista aparecía la plazuela familiar. Allí estaban las tiendas, vendían de todo: accesorios para bicicletas, zapatos, marcos y molduras…

Fija la vista en este último establecimiento, atravesó la plaza y se introdujo allí. Sus palabras fueron pronunciadas a gran velocidad y, aparte de las cuatro primeras, no pronunció muchas más; no hacía falta.

—¿Dijo usted seis pesetas?

IX

SILBABA Pedro, sacudiendo el piso de la buhardilla con los pliegues de su capa de esclavina. El sol doraba el polvo flotante en el espacio. El gallo se desplazaba cacareando, de unos puntos a otros, a medida que Pedro se acercaba a él.

Terminado el aseo, Pedro se acostó en el camastro del rincón, consultando el parecer de los compañeros de hospedaje. Ana de Tordesillas sonreía, Akim el marinero estaba contrariado por el polvo, el caballo Plumero movió las orejas…

—Va a venir ella, amigos. Sonreíd todos y mostraros amables. Hoy es nuestro mejor día. Hemos comido, ella vendrá y esta tarde tomaremos café en Lión. No penséis en mañana. Mañana no debe existir para nosotros; hoy somos felices.

Los cuadros estaban ordenados en galería, como para ser contemplados uno a uno. Pedro los miraba desde su posición del camastro e inexplicablemente se emocionaba al parar la vista en cada uno de ellos. Casi le parecía imposible que él hubiera sido capaz de culminar uno tan sólo de tan admirables lienzos. No comprendía la insultante oferta de las seis pesetas y por no amargar la grandeza de la fecha trató de desechar la molesta idea, no pensando más que en el grandioso presente de percibir la existencia tal como ella era y como debía seguir siendo.

Después de todo, con las seis pesetas había resuelto muchas cosas. Saldó sus quince céntimos con el vendedor de cacahuetes de la esquina, recobrando el viejo prestigio en que le tenían sus vecinos. Con el resto de la peseta compró provisiones para el pollo. Tres pesetas las había invertido en una botella de leche, tabaco de colillas, un pan, dos sardinas y dos claveles para ella. Quedaban dos hermosas pesetas —todo era hermoso en su sentir— para tomar café

en Lión. ¿Qué más podía desear? El día estaba asegurado y podía confiar en mañana.

Esperaba. El callejón era silencioso y apenas percibía de la ciudad la conocida salmodia del mendigo.

—Caballerito amable, señora generosa…

Ya no lo odiaba. Un sentido de propia superioridad le hacía despreciar al limosnero, como género inferior. Él era un señor. Podía mirar desde la ventana y escupir. Podía también —tenía dinero para ello—, darle una limosna. Para que se la gastase como un bruto. No podía gastarla de otra forma. Aquel individuo tenía limados los sentidos y no podía percibir de la vida más que sensaciones groseras. Él no. Sabía emplear la imaginación, confundirse con el infinito, soñar. ¿Qué era el dinero? ¡Bah! Miseria espiritual. Materia. La vida sin sentimiento no podía ser más que bestialidad. Dios no hizo iguales a todos los hombres. Unos nacían mendigos, otros, señores. Pedro sabía pintar y, pintando, estaba seguro de que se acercaba a Dios. Aquello no era dinero, era mucho más: felicidad. Y comprendió que por encima de todos había sabido ser feliz; pero sólo ahora, en un momento de euforia, entusiasmado ante la belleza del mundo, lo comprendía.

Acercose hasta el tragaluz, y allá abajo vio al capitalista amontonando calderilla sobre la pañoleta que tenía extendida ante sí.

—¡Bruto! —exclamó entre dientes—. Atesoras y atesoras ¿para qué? Quisiera saber lo que haces con tanto dinero. Te dan dinero porque nada vales; si hubiese en ti algo que verdaderamente valiese la pena, serías pobre como soy yo. Asco de vida la que te han dado. Pide, pide y fórrate de oro, pero no esperes que ella venga nunca a verte. Vendrá a verme a mí porque los dos tenemos algo en común. Tenemos espíritu y tú no lo tienes, ni siquiera sabes de eso.

Puso los claveles en un vaso con agua y los depositó en la ventana. Ante ellos situó la silla y sentado se puso a contemplarlos. Un gorrión encaramose al borde del vaso y bebió agua. Pedro le miró satisfecho y sin saber, vio poema en todo aquello. El pájaro voló otra vez y Pedro volvió a quedar solo. Un nuevo sentimiento le animaba a acometer empresas.

Colocó un lienzo sobre el caballete y se puso a pintar. Pintaba claveles y un gorrión bebiendo en el recipiente donde estaban.

Pedro apenas se daba cuenta de lo que hacía; pintaba. Febril, extraviado del mundo, plasmaba su voluntad con asombrosa precisión. No era él. Eran sus sentidos, puestos al servicio de un yo desconocido y voluntarioso que le impulsaba a superarse con desconocida inspiración. Aquellos claveles serían para ella. Aún no había llegado, pero estaba allí. La percibía a su lado; alentándole como todos los suyos; había entrado en la comunidad. Y alzando los ojos, consultó a sus amigos del techo; todos estaban conformes, hasta la hierática vieja del rincón.

Pero pasó la mañana y ella no llegó. Pedro sabía muy poco de mujeres, puede que nada. Por eso tuvo la candidez de esperar, y no sólo eso: se había ilusionado. No concebía la doblez humana, y menos en ella. En él superaba el infeliz al hombre. Su mundo, en el que danzaban su ironía miles de caricaturas a peseta, empezaba y terminaba en la punta del lápiz. Quizá había un agujero, a través del cual llegaba la voz de un próspero mendigo, que le había dicho algo más de los seres humanos; más allá de él, nada, feliz ignorancia, y ahora, dolor e incertidumbre.

Contemplaba el terminado cuadro de los claveles como algo muerto, e insensible, masticaba pan y pedazos de sardina. El mendigo estaría sin duda, a aquellas horas, sentado ante un blanco mantel, con su familia y comiendo pollo asado. Miró hacia el gallo y sintió compasión de él. El animal picoteaba las migajas que caían entre las piernas de Pedro, con una docilidad que auguraba para el futuro una amistosa inteligencia.

—Te he de hacer un retrato que lo venderé en más de mil pesetas. —Esto se lo dijo Pedro al gallo con infantil emoción, en el momento que salía de casa. Le remordía la conciencia marcharse a Lión y correr la gran vida con sus amigos, dejando solo al desdichado compañero.

Pensaba en él mientras andaba hacia el café, y en la suerte que correría al fin el animal. Estaba seguro de que moriría de accidente. Se estremeció. Veía ya degollado al animal y convulsionándose en los espasmos de la agonía. Recordó que debía pagar con un cuadro al hombre gordo de la camiseta y a su atenta esposa. El cuento de ladrones acabaría a pinceladas. ¿Cuándo? Pronto. Le quemaba el compromiso y en el primer momento lo dejaría saldado; pero antes necesitaba dinero para comprar un lienzo grande. No pudo evitar la

asociación y recordó al único capitalista que conocía: el mendigo.

Y llegó a Lión. Allí estaban sus amigos. Todos. No faltaba más que él. Tanteó las dos pesetas en el bolsillo y se dirigió hacia el caldeado rincón de costumbre. Un camarero al que no quiso mirar le ayudó a desprenderse de la capa de esclavina y después sentose con indiferencia sobre la blanda gutapercha del sofá.

Sus amigos eran, un escritor jorobado, un licenciado en filosofía, un médico y un representante. Fue éste el primero que habló:

—Enhorabuena, amigo Pedro.

Pedro, que no estaba para tanto, tragó saliva y apretando la espalda contra el respaldo, se dispuso a defenderse de cualquier broma. No eran del uso en la tertulia las chanzas y por eso encontró muy extraña la cosa. El novelista jorobado aclaró algo el asunto.

—Ya nos enteramos, hombre, no te hagas de nuevas, porque todos hemos visto tu bodegón en la Embajada —lanzó un silbido y abriendo los ojos añadió—: Mil quinientas pesetas dicen que han dado por él, ¿es cierto?

Los cuatro congregados tenían los ojos puestos en Pedro, esperando su contestación. Se adivinaba que la cantidad mentada un momento antes, hubiera constituido un fortunón para cualquiera de ellos. Era aquélla una pequeña comunidad de genios incomprendidos que escapaban en compañía a su propia miseria. En la tertulia se soñaba y se vivían anticipadas las grandezas que fracasaban al día siguiente. Pedro pensaba entonces a gran velocidad y a un tiempo notaba como la sangre latía con violencia en sus sienes. Pensaba en el judío y esto le hizo retrasar la contestación que le esperaban. El médico apremió:

—Contesta, Pedro, ¿te han dado mil quinientas pesetas por un cuadro?

—Sí —dijo el pintor en tono resuelto—, me las han dado. ¿Pasa algo?

La frialdad del tono empleado impuso un silencio fuera de costumbre en torno a la mesa; Pedro siguió silencioso y pensativo, disolviendo maquinalmente el azúcar del café. Miraba un lugar impreciso y sus ojos abstraídos se iban cargando de rencor. Nadie osó distraerle del ensimismamiento y, abandonándole en él, siguieron hablando de sus cosas. El escritor jorobado tenía ante él unas cuartillas que se disponía a leer cuando llegó Pedro.

Conseguida de nuevo la atención, hizo su preámbulo.

—Os advierto que esta poesía es altamente revolucionaria. Estoy seguro de que el día en que lance un libro con este estilo, armaré un verdadero escándalo; oíd:

Dau vitapulpull

Pa rimbomba catatá
De sun cousun patatapó
Kin de pou peroratá
La chumba pum de jeripó
Chinga chin…

—¿Eso qué quiere decir? —interrumpió el médico.

—¿No lo ves? Nada. No quiere decir nada. Pero suena muy bien. Yo sustento la teoría de que el castellano es poco eufónico y me he propuesto crear un idioma cuidando ante todo del sonido de las palabras. He suprimido los acentos llanos, graves, esdrújulos y sobreesdrújulos Sólo conservo los agudos y así se asegura el final brillante de las frases. Pensad que la música está creada tan sólo para agradar el oído y el final de las composiciones que suenan bien es un golpe de bombo; es decir, un acento final.

El filósofo habló por primera vez.

—Sí; todo eso son concepciones admirables, pero carecen de sentido. Las palabras deben tener un significado y en tanto no lo tengan, tu literatura será algo vacío.

—No lo creas. Estoy convencido de que el significado es lo de menos. Lo importante es crear palabras; ya se encajarán en las cosas, adjudicando a cada objeto y a cada construcción gramatical aquellas que por su sonido resulten más adecuadas.

—Me parece que tienes razón —intervino el representante—. Palabras, palabras; eso es lo que hace falta para convencer a la gente. La gente, para convencerse, necesita no entender. Si entienden, casi nunca compran.

En aquel momento, Pedro se puso en pie y otra vez la atención fue para él.

—Me voy —dijo. Sus mandíbulas estaban crispadas y sus ojos brillaban obstinados.

—Por lo menos, páganos el café —dijo el escritor—, creo que es

lo menos que puedes hacer y si no eres capaz de llegar a tanto, préstame dos pesetas.

—No llevo más que dos pesetas; podéis creerme. Aún faltan algunos trámites para la formalización de la venta y hasta entonces no dispondré de dinero. Pero prometo no sólo pagaros el café y los cigarros del día que os acomode, sino además convidaros a una fritura de pollo con tomate.

No esperó al camarero para que le colocase la capa. Puso sus dos pesetas sobre la mesa y salió de prisa.

X

APOSTADO en el jardincillo, miraba hacia la pequeña plaza. A aquellas horas de la tarde estaba muy frecuentada. La gente se movía como un hormiguero, entrando y saliendo de las tiendas. La zapatería y la casa de accesorios para bicicletas eran las más frecuentadas. En la casa de Marcos y Molduras no entraba casi nadie; su aspecto era lóbrego; sin embargo, en un pequeño escaparate y en la trastienda se almacenaban antigüedades de gran valor. El judío permanecía en la puerta con su guardapolvo remendado, y para él era la fija y venenosa mirada de Pedro.

Una fría reflexión mantenía inmóvil al pintor acechando el momento. Era pronto. Su oportunidad requería un ambiente solitario y silencioso. Las multitudes no comprenden y siempre culpan al agresor. Esperaría. El tiempo era algo que no contaba para él: pasaba vacío y negativo, sin afán, sin esperanza. Ella no había ido y su vida había caído otra vez en el marasmo; las horas pasaban, pasaban. Como algo extraño. La cárcel que presentía para en breve, no era más que la ingrata continuidad. Algo que ni siquiera era eso; seguiría siendo nada, como siempre. Rutina de buhardilla o rutina de calabozo, daba lo mismo, pero el judío no podía seguir viviendo. Por su culpa estuvo él en trance de perecer colgado del cuello. Era aquél un asesinato que no se entendía en los Juzgados, pero más vil y cobarde que el que él se disponía a perpetrar cara a cara. Recordó emocionado el altruismo de su salvador, el hombre de la camiseta, y al comparar su figura con la del israelita sintió la necesidad de escupir. Y los dos eran hombres del mundo. Bondad y maldad contrapuestas.

Pasaron horas. Anochecía. La reflexión hizo modificar a Pedro el plan. Allí no; en casa del judío. Lo seguiría hasta su ratonera y lejos

del mundo, solos los dos, la cuenta sería saldada. Los campanarios repitieron, unos tras otros, las siete de la tarde: hora del cierre de establecimientos. Recordó que aquellas mismas campanas excitaron su corazón un día antes. Las tiendas empezaron a cerrar y los dependientes se agachaban para franquear las puertas metálicas, bajadas hasta su mitad; después las bajaban hasta el suelo, hacían girar la llave y se iban. Su tienda de Marcos y Molduras retrasaba el cierre. Su propietario confiaba en la ganancia hasta el último momento; es seguro que despreciaba la arbitrariedad de una ley que ponía límite a su negocio. Desde el interior de la tienda se expandía hacia la calle una débil claridad. Pedro se acercó impaciente. Esperó cerca y al fin vio salir al odiado anticuario. Asistió con desesperante nerviosismo al cierre de la puerta metálica y observó como el hombre, tirando de ella hacia arriba, comprobaba que estaba bien cerrada. Pedro pensó entonces que la precaución era inútil; nunca más volvería a franquear aquella puerta, y procurando asimilar la certidumbre de este deseo, comenzó a caminar tras él.

El viejo se encogía en su guardapolvo y casi daba pena adivinar su frío. Pedro no sentía piedad alguna por él. Le sabía propietario de mil quinientas pesetas y tal cosa permitía la compra de un gabán; de un buen gabán. Él por su parte no tenía frío. Estaba alimentado y la excelente capa de esclavina le protegía bien contra las más crudas intemperies, pero aun sin este auxilio, no hubiera notado ninguna sensación que viniese del exterior. Su íntima obsesión lo era todo y a ella se sacrificaban las demás percepciones sensoriales. Andaban.

Cruzaron el centro de la ciudad y llegó un momento que el viejo se detuvo. Pedro se sintió fracasado. Al parecer, su hombre esperaba el tranvía. Él no tenía un céntimo y aquello le forzaba a suspender la persecución. Además, mucha gente esperaba el tranvía en torno al tendero. Todos y cada uno eran un defensor de su vida. El mundo estaba juramentado contra Pedro, y él vencido.

Pensó en volver a casa; allí había pan y una botella de leche. Quizá mañana…; pero estaba seguro de que el sueño amansaría sus nervios. Creyó volverse loco de desesperación. Una mujer gorda, al pasar por su lado, le ofreció la mercancía que despachaba.

—¿Cigarros?

La miró sin verla. Estaba ausente de todo menos de la idea del

fracaso total. El tranvía se acercaba tocando la campana; el sonido le pareció como una burla a la justicia. Después, el tranviario del remolque tocó el pito. La ciudad estaba llena de ruidos disonantes que le hacían enloquecer. Vio morir su última esperanza. El judío puso el pie en el estribo; pero en aquel momento se detuvo, quedó pensativo un momento y Pedro suspendió la respiración. Fue un segundo, quizá dos; sin embargo, la intensidad emotiva del pintor alcanzó en tan breve fracción el máximo de cuanto era capaz.

Al poco ya no subsistía más que la obstinación de matar. Caminaba tras el judío por estrechos callejones, bendiciendo el perjudicial sentido de la economía que se adivinaba en él. Subían callejones, bajaban, torcían encrucijadas. La oscuridad era casi completa. Cada vez la soledad era más impresionante y las casas más viejas e inclinadas. Hacia el cielo parecían confluir los aleros, dejando entre ellos una estrecha grieta por la que se veían las estrellas. Más lejos del suburbio estaba el mar. El ruido de las olas batiendo el acantilado era cada vez más preciso. Un viento salobre corría a lo largo de pasadizos y callejones, expandiendo por el barrio bajo una humedad pegadiza y un penetrante olor de marisma. Hacía frío y el viejo se le antojó a Pedro mucho más encogido en su guardapolvo.

Una calle pina y estrecha terminaba en escalera, y por ella ascendieron perseguido y perseguidor; desde lo alto se divisaba el mar y al final de la larga escollera la luz parpadeante del faro. No lejos, se introdujo el judío a través de una pequeña puerta: había llegado. Era aquélla una casa de vecindad, situada al borde del acantilado; sus paredes eran viejas y mugrientas; en los balcones había ropa tendida.

Pedro corrió entonces. La puerta estaba entreabierta y siguiendo el instinto criminal que le impulsaba, la franqueó. Allí nacía una estrecha escalera con los escalones muy gastados y barandilla pegajosa por la mugre, que se evidenciaba al tacto en la absoluta oscuridad. Los pasos del judío se oían lentos, dos rellanos más arriba. El pintor aceleró los suyos y todavía pudo interponer el pie para impedir que el viejo cerrase la puerta de su casa. Era el último piso.

Empujó y al momento estuvieron solos y frente a frente; como él quería estar. El judío había encendido la luz y ambos se veían la

cara. Pedro, con los ojos inyectados y contraídas las facciones por el afán asesino que le llevó hasta allí; el otro, cambiando rápidamente la expresión inicial de asombro, por la de un terror que no reconocía límites; los dos, en silencio y rígidos. Pedro habló al fin, pidiendo la justicia que se le debía.

—Mi dinero: quiero mi dinero.

El viejo comenzó a retroceder sin apartar los ojos de los que tenía delante. Pedro siguió sus pasos; lentamente, saboreando aquella privilegiada superioridad que le daban su razón y su fuerza. Extendió los brazos y con facilidad llegó con ellos al cuello del usurero. Por asociación, recordó al gallo de la noche antes, comprobando que ahora no sentía compasión; y era un semejante, un hombre como él. No. Su mente rectificó al punto: era una sabandija, un animal dañino que debía morir. Apretó. El viejo era débil y aunque se asía con ambas manos a las muñecas de Pedro, su resistencia era menor que la del gallo. Los ojos se le propulsaban congestionados a medida que aumentaba la presión, la boca se le abría esforzándose por decir algo. Pedro lo comprendió, aflojando un poco para conceder esta última gracia al sentenciado.

—Se lo daré, se lo daré…

No dijo más; cayó desmadejado en una silla y pasándose una mano por el cuello, donde los dedos de Pedro habían dejado huellas amoratadas. El pintor, al soltarle definitivamente, le apremió.

—Pronto.

El viejo se alzó y, tambaleándose, acercose a una derrengada cómoda que hacía juego con el desastre de la habitación. Hizo girar la llave, extrajo una cajita metálica y con una nueva llave la abrió también. Procurando tapar el contenido a la sombra de su cuerpo, extrajo un billete de cien pesetas y con mano trémula se lo alargó a Pedro.

—Tome lo suyo —dijo.

Pedro entendió un nuevo insulto y alzando los brazos se dispuso a terminar.

—Son mil cuatrocientas noventa y cuatro pesetas; las seis pesetas que me diste fueron a cuenta de esto.

El usurero cayó de rodillas ante él y cruzadas las mano suplicaba.

—Tenga piedad, don Pedro, soy un pobre viejo. Iremos a

medias; yo le prometo que de aquí en adelante iremos a medias…

—Por última vez; mi dinero.

Cuando Pedro salió a la calle, estaba convencido de que su grandeza no se podía comparar con la de ninguno de los héroes legendarios. No había matado al viejo y se alegraba de ello. Consiguió, sin embargo, algo mucho más satisfactorio: mil cuatrocientas noventa y cuatro pesetas, que llenaban su bolsillo y un contrato mediante el cual el judío aceptaba vender tantos cuadros como Pedro le llevase, reservándose tan sólo un tercio de la cantidad cobrada. Pedro soñaba y era feliz con aquellos dos tercios que cobraría por cada tela. El dinero que llevaba encima le tenía sin cuidado, aunque estaba seguro que era el principio de su fortuna.

Para celebrar el fasto, caminó hacia el centro de la población y en el más elegante bar tomó asiento, pidiendo acto seguido una jarra de cerveza con las mejores frituras que hubiera en la casa.

Saboreaba aquella ignorada felicidad, confundido como un elegante más entre la elegante concurrencia del bar. Se habían acortado las distancias y se maravillaba de lo fácilmente que se adaptó a la nueva situación. Aquel ambiente le era familiar; allí había estado su vida, su miseria; «caricaturas a peseta, caricaturas a peseta…» Las cosas habían cambiado. Ahora no era un miserable, era un espectador de la miseria que había vivido. En torno a la mesa pululaban los parásitos del mundo que había sabido vencer; mendigos, limpiabotas, vendedores de tabaco… una plaga molesta y maloliente le asediaba con voz interesada y ojos suplicantes. Los miraba a todos condolido, porque sabía de sus sentimientos al recibir la negativa. Entre todos, llamó su atención un joven pálido y enfermizo que andaba encorvado entre las mesas, posando sus ojos hambrientos sobre cuanto en ellas había. Le oyó.

—Caricaturas a peseta, caricaturas a peseta…

¡Un sucesor! Incrédulo, impresionado, lo vio deambular inútilmente entre los que le oían. Puede que en otras circunstancias hubiese tenido para el intruso la mirada despectiva del competidor, pero eso ahora no podía ser. Había superado las propias dificultades, y vio en el caricaturista la continuidad en el mundo de la oscura vida que dejó atrás. Lo llamó. Se hizo pintar por él y, aunque no encontró parecido alguno en el dibujo, le dio cien pesetas por su trabajo.

Después, tuvo que llevarle al Hospital. El caricaturista se había desmayado.

XI

BUENAS noches, amigo; mira lo que te traigo. Despierta; es maíz, maíz del mejor. Toma, come.

El gallo despertó cacareando. En su comprensión no entraba la buena amistad que le ofrecían y corrió alocado por toda la buhardilla. Pedro lo tuvo por ingrato y empezó a desnudarse.

—¡Bah! —exclamó—. No te pongas así, que no hay para tanto.

Estaba contento. Celebraba de veras su entrada en relación comercial con el usurero y esperaba grandes ganancias para el porvenir. Encendió una bujía y el estudio se iluminó con vagas tonalidades. El gallo buscó acomodo sobre el respaldo de la silla y Pedro se sumió en la contemplación de sus amigos entrañables. Akim el marinero, Ana de Tordesillas, el caballo Plumero… Todos le daban las buenas noches y estaban contentos. Sus rostros aparecían prósperos y dichosos. Nada faltaba en la casa, corría el dinero y aún correría mucho más. Lejos, otra vez el piano; las notas apagadas llenaban el barrio de místicas añoranzas. Ella vendría al fin; así hablaba la música. Y de ella se llenaron los pensamientos del pintor, hasta que se quedó dormido.

La mañana fue prematura. Los cantos del gallo la trajeron de súbito y Pedro despertó sobresaltado. Persiguió al animal por toda la buhardilla y cuando lo tuvo en las manos, lo encerró en aquel pequeño aposento que tenía un agujero en el suelo. Otra vez se acostó, pero ya no pudo dormirse. Veía la luz a través de los párpados y ella acudió a darle los buenos días como había acudido a darle las buenas noches. Otra vez ella. La jovencita del beso se agrandaba hacia un pasado lleno de inmensidad, como algo divino e imposible, perdido en el infinito. ¿Dónde estaba? ¿La quería? Se estremeció al preguntárselo a sí mismo y se dijo que sí. El tiempo le

obligaba a quererla. No pasaba sin más ni más; pasaba para aumentar la intensidad de su desesperada ternura. Ella, lejana, imposible… Así la entendía sin entenderla, del mismo modo que no podía entender el universo. Más allá de las estrellas, más allá de su arte, estaba ella. Y en busca del límite se perdía en un volar imaginativo que le enloquecía.

Abrió los ojos. Ana de Tordesillas no estaba celosa; la serenidad de sus facciones acusaba una dulce comprensión; parecía segura de él y de su eterna fidelidad espiritual. Pedro también la comprendía. Vivían la paz de un mundo liberal que no usaba de reproches; la sinceridad del mutuo amor subsistía por encima de la tierra y sus pequeñas cosas; volaba hacia Dios.

Una extraña intuición dirigió los pasos de Pedro hacia la Universidad. Ella llevaba libros debajo del brazo. Remontó la memoria hacia los tiempos malos. En la Universidad había hecho muchas «caricaturas a peseta», y los estudiantes llevaban libros debajo del brazo. Ella también los llevaba la última vez que la vio. Allí estaría.

Por la puerta del viejo edificio entraban y salían muchos jóvenes. Siempre había franqueado aquel antro con despreocupación y esta vez, una extraña timidez le hizo detenerse ante él. Desde lejos miraba las paredes grises. La piedra ascendía en barroco hasta el reloj, eran las once. El polvo se acumulaba en las ventanas, eternamente cerradas, como si quisieran retener la ciencia que acumularon los siglos. Los estudiantes seguían entrando y saliendo con libros debajo del brazo. Allí estaría ella con sus libros. Allí estaba ella.

Decidido, siguió la interrumpida marcha y entró en la Universidad. Conocía el claustro, los bancos donde había hecho tantas caricaturas, el jardincillo, la estatua central… todo era, en cierto modo, familiar. Por todas partes se veían grupos de jóvenes de ambos sexos hablando con una familiaridad que erizaba la carne célibe del pintor. Sus ojos recorrían todos los grupos y lugares. La buscaba con ansiedad, tembloroso. La temía y la deseaba. Ni una vez pensó en su pasada juventud. Él era joven; así se sentía y, como uno más de los estudiantes, andaba por el claustro irguiendo la seca figura que se aireaba entre los vuelos de su capa de esclavina. Un bedel llamó desde lejos y un grupo de estudiantes acudió a su

llamada.

—Clase de Biología —había dicho.

Pedro la vio entonces entre los que entraban en la clase. La siguió y él entró detrás, fijos en ella sus ojos y obedeciendo el mandato de un instinto irrefrenable. Se sentó en cualquier sitio del hemiciclo; lo único importante era que desde allí la veía. Todo él, toda su vida, quedaron pendientes de la joven. En la tribuna, un hombre gordo hacía referencia a ciertas características de los vertebrados. Todos los estudiantes tomaban apuntes de la lección; Pedro miraba a la jovencita del beso, sin saber nada más del mundo que le rodeaba. Su abstracción le mantenía quieto, con la boca abierta y el corazón desbocado. Ella escribía, escribía.

Algo extraño en el ambiente que le hizo mirar hacia el profesor. El sonido de las palabras se había extinguido y el maestro miraba hacia él, señalándole con el dedo.

—Usted —dijo el profesor, invitándole a levantarse.

Pedro quedó anonadado. Jamás recordaba una situación parecida. Todos los alumnos tenían puestos en él sus ojos; ella, también le miraba y sonreía. El gesto de la joven era de burla. Así lo entendió Pedro con el corazón roto y la lengua seca. Poco a poco, iba alzándose del asiento con una confusión mental que no le permitía obedecer más que al instinto.

—¿Es a mí? —preguntó, confiando en una remota salvación.

—Sí, usted; levántese hombre, ¿está tonto?

¡Tonto! Todos lo habían oído, ella también lo había oído. Otra vez, la voz del profesor.

—Veamos si es usted capaz de decirme alguna particularidad exclusiva de los perisodáctilos.

¿Era un nuevo insulto? Pedro calló. Se tambaleaba sin apartar la vista de aquel improvisado verdugo. No era capaz de precisarse qué era más intenso, si la vergüenza o la indignación. El profesor volvió a humillarle.

—¿No sabe nada? Entonces ¿en qué está usted pensando? ¿Para quién explico yo; para las paredes?

La cosa estaba desprovista de gracia, pero la carcajada fue general. Pedro la sintió en el alma. No pudo contenerse y explotó:

—El tonto lo será usted.

Y lentamente, comenzó a bajar los escalones que le separaban

del piso de la cátedra.

El profesor quitose los lentes y protegiéndose detrás de la mesa, exclamó con voz temblorosa:

—¡Eh! ¡Eh! ¿Qué intenta usted? Señores, todos son testigos de este atropello…

No hubo atropello. Pedro cruzó erguido ante los regocijados estudiantes y con paso altivo llegó hasta la puerta. Desde allí, antes de salir, quiso verla por última vez. Cruzó su vista con la burlona mirada de la joven y salió. La vida le había proporcionado cuantiosas amarguras, pero como aquélla, ninguna.

Fue el suyo un desagradable despertar a la vida. Era rico: muy rico. Jamás lo fue tanto y, sin duda, lo sería mucho más. El mundo valoró al fin su exquisitez y pagaba mucho dinero por su arte. El tiempo le esperaba con la gloria, con la fama, con las riquezas. ¿Qué era todo eso? El sentimiento del amor fracasado superaba el optimismo que pudiera infundirle su segura prosperidad. Ella le vio humillado. Sin ella se apagaban los colores de la vida. Andaba otra vez entre las multitudes que llenaban las calles. Todos parecían preocupados por algo; andaban de prisa y hacia lo suyo. Él no tenía nada que hacer, sólo pensar y pensar sin voluntad ni sosiego. Ella llenaba la totalidad de sus inevitables ideas fatalistas. El mundo, que febril se movía en torno suyo, prosperaba, cada día era mejor, todos parecían felices; él se hundía poco a poco; se encontraba cansado, triste y alarmado por el principio de su vejez. Nunca se le había ocurrido esta idea.

A lo largo de la escalera, durante el lento ascenso a su buhardilla, lloró. Tenía gana de llorar mucho. El camastro del rincón era un buen sitio para seguir llorando; lloraría toda la tarde, toda la noche… quizá así encontrase algo del perdido sentimiento que había tirado a la calle.

No pudo satisfacer este deseo. El destino estaba en contra suya y lo que nunca había sucedido, sucedió aquella vez. Una visita le esperaba en el estudio.

Sentado en la silla y acariciando la cresta al gallo, que dócil se hallaba echado sobre sus piernas, estaba el judío. Pedro reprimió como pudo las lágrimas y, silencioso, se plantó ante el visitante. El judío intentó una sonrisa de amistad.

—Estuve mirando sus cuadros —dijo.

Pedro calló, y volviendo la espalda se puso a mirar la calle por el tragaluz. Allá abajo, se veía al mendigo. Detrás, oyó otra vez la vocecilla.

—Esto es admirable. Aquí hay una verdadera fortuna en cuadros.

Sin dejar de mirar al atormentador de sus horas miserables, esbozó una maligna sonrisa. Volvió hacia el judío y dijo con brusquedad:

—Bien, ¿y qué? ¿Ahora se da usted cuenta? Eso ya lo sabía yo. Enseñe los cuadros al mundo y que el mundo sepa lo que hice para él. Yo ya sé lo que hizo él de mí y para mí. No hay justicia, no hay justicia…

El judío siguió acariciando la cresta del gallo que, al parecer, encontraba gran satisfacción con ello. Sonrió beatífico y dijo:

—He venido a llevarme sus cuadros. Dentro de poco tiempo no sabrá qué hacer con el dinero. Pinte, pinte mucho y nos haremos ricos. Usted pinte y déjeme vender a mí.

—No; todavía no —dijo Pedro, precipitado—. Quiero exponer; después, véndalo todo, tráigame dinero, mucho dinero. Ahora no. Mis amigos y yo queremos exponer.

El judío, siguiendo la dirección en que señalaba Pedro, miró hacia el techo. No comprendía y preguntó extrañado:

—¿Sus amigos?

—Sí, ¿no los ve? —Pedro se había exaltado—. Akim el marinero, Ana de Tordesillas, el caballo Plumero…, mírelos. Nada hay mejor en el mundo entero. No hay temperamento humano que pueda plasmar nada semejante. Ahí están todos juntos; eternos, indelebles. Hablan y sonríen.

El judío se había levantado de la silla y el gallo corrió espantado a esconderse en un rincón. En la cara del viejo se plasmaron en un momento rasgos preocupados. Alternativamente miraba a Pedro y a aquellas manchas negruzcas del techo, que nada le decían. Muy despacio, andaba hacia la puerta alejándose del pintor cuanto le permitía el disimulo.

—¿Los ve ahora? —apremió Pedro.

—Sí, sí; los veo perfectamente. Me voy.

—No, no se vaya; siéntese, tenemos que hablar.

Atemorizado y sin voluntad para resistir, el viejo creyó la

obediencia el mejor camino y se sentó.

—Puede llevarse los cuadros, hay veintidós. Expóngalos. Tenemos suficientes para una exposición. Después, a vender, a vender…

El judío se avino al trato, así que consiguió una mejora para su tanto por ciento de cuanto se vendiese en la exposición. Había gastos, propaganda… y tenía que resarcirse. A Pedro no le importaba nada.

—¿Qué quiere, el cincuenta? Pues el cincuenta; pero exponga, exponga…

El viejo se frotaba las manos cada vez que completaban un viaje hasta el furgón que tenía parado en la calle. El último cuadro motivó una vacilación en el pintor.

—Esta tabla con los claveles y el pajarito ¿también?

—… Sí, también. Es algo muerto. Si no se vende, la quema; no quiero volverla a ver.

Quedó solo sobre el camastro del rincón. Ya no tenía gana de llorar; esto le amargaba más que el mismo llanto, puesto que se encontró sumido en la materia y lejos del trance espiritual que anhelaba. Ella ya no lo era todo. La exposición y ella, emociones contrapuestas, equilibraban su ánimo con el encontronazo de la materia y el espíritu.

Alzose del lecho con loco frenesí y montó sobre el caballete uno de los lienzos que había comprado. Estaba junto al tragaluz y desde allí podía ver perfectamente al salmodiero.

—En lienzo vas a valer más de mil duros —se dijo—; tal como eres, no vales ni una peseta.

Y con febril impaciencia, empezó a pintarlo.

XII

Las horas sonaban una tras otra en el reloj de la Catedral. Pedro no las oía. Ensimismado, vivía fuera del mundo por el logro de una imposible superación. Pintaba, sufría y gozaba. Su modelo seguía en la calle con lo suyo:

—Caballerito amable, señora generosa…

El tiempo no era nada. Algo que pasaba sin existir. Cada pincelada le acercaba más y más a un horizonte infinito que estaba muy próximo a comprender. El color se encendía y se apagaba con servil sumisión a su voluntad. Pedro mandaba en sí mismo sin que nada fuese superior a su abstracción. A veces le andaba el gallo entre las piernas y ni siquiera se daba cuenta de ello. Una vez lo pisó y el escándalo del animal no alteró el silencio de sus oídos.

Hasta ella tuvo que repetir dos veces las buenas tardes para que Pedro interpretase un sonido extraño a su espalda. Pero esta segunda vez, antes de volverse, ya la había reconocido. ¡Ella! Se había vuelto y la contemplaba. No supo qué mejor hacer y se arrodilló a sus plantas; después, besó un pliegue de su falda y, cuando elevó los ojos hacia la muchacha, estaban llenos de lágrimas. Ella, extrañada por la singular situación, apenas acertaba a componer una sonrisa.

—No digas nada.

Y mejorando la humillante posición en que estaba, le ofreció la silla, después de sacudirle el polvo con la capa de esclavina. Para Pedro era aquél un momento dichoso. Ternura y emoción se hermanaban en él. Leves temblores recorrían sus músculos descarnados. La miraba sin decir nada y su sonrisa hablaba de felicidad. La dicha había venido a él. Valía la pena el penoso ascenso de toda una vida miserable, para llegar a aquel momento.

Se acercó a la ventana y, sacando del vaso los claveles que empezaban a languidecer, se los ofreció. Ella dio a entender su gratitud con una sonrisa y por primera vez dijo algo:

—He venido a ver tus cuadros.

¡Maldito judío! Pedro se arrepintió de no haberlo estrangulado a tiempo. ¡Dinero, dinero! Por su torpe ambición se veía privado de mostrar sus cuadros a quien más deseaba.

—No están. Se los han llevado —le temblaba la voz.

De nuevo el silencio. Ahora un silencio amargo e imposible de llenar. Ella sacó de una pitillera un cigarro de tabaco amarillo y lo ofreció al pintor, encendiendo otro. Pedro sólo entendía de picadura; aquel tabaco no tenía sabor alguno, pero fumó porque fumaba ella y porque era un recurso. Pensaba sin poder pensar. Debía decir alguna cosa que trajese vida a la compañía en que estaban.

—Mira —dijo después de un gran esfuerzo mental y señalando al techo.

Ella miró intrigada.

—Es Ana… Ana de Tordesillas, una vieja amiga. No es celosa y siempre está ahí. A veces hablamos. ¿No te gusta? —Pedro sonreía un poco.

—Sí, mucho —repuso la joven abriendo los ojos hasta el límite de las órbitas—, ¿y de qué habláis?

—De muchas cosas. De todo. También le he hablado de ti.

—¿Por qué?

Pedro enmudeció, asomándose al tragaluz; lo necesitaba. Volvió a la buhardilla y dijo cualquier cosa.

—Cuando yo era niño…, hubo una época en que fui niño… —Hablaba para él y para ella; el tiempo remoto tenía un deseado sabor de inmensidad—. Recuerdo a mi madre que me acompañaba al colegio. A mi padre también lo recuerdo. Se marchó un día…

La jovencita del beso le miraba intrigada.

—¿Y qué pasó?

—Nada, no pasó nada; eso es lo malo, desde entonces no ha pasado nada. Hoy es la primera vez que pasa algo. Tú viniste… y te marcharás. No te marches…

Ella rió fuerte y Pedro sintiose erizado por un escalofrío.

—Contigo, con Ana y con el pollo, ¿no?

—Sí, con el pollo también.

Hablaba en serio.

—No sé qué pensar de ti. O eres loco, o tonto.

Tonto otra vez. El profesor también lo había dicho; pero ahora era mucho peor. Lo decía ella y ella no podía insultar; ella siempre diría lo que era verdad y Pedro, incapaz de entender el humor, sacó fuerzas de desesperación para implorar la rectificación.

—¿Tonto? —casi lloraba.

—Yo… la verdad…, no creí… Comprende. No he hablado en serio. Bromeaba; creí que tú también bromeabas.

—¿Yo? —se estremeció al pensar en tal posibilidad. No bromeaba. Ella era algo demasiado importante para tomarla a broma—. No, no bromeaba; no he bromeado en mi vida. Soy muy serio.

Se lamentó al instante de haber hablado así. Comprendía que la situación, a fuer de tensa, requería algo de humor para salvar sus dificultades. Rió de pronto sin razón para ello; estúpidamente. A ella le divertía esta turbación. Se levantó de la silla y comenzó a pasear por el aposento. Miraba todo con indiferencia y, sin preocuparse, arrojó al suelo lo que le restaba del cigarrillo; en realidad, el piso era un estercolero y una colilla más o menos, importaba poco. Pedro la miraba ir y venir; de frente, de espaldas, de perfil. La compañía se hacía más fácil. La jovencita era ya algo familiar, como lo era el gallo, como la vieja del rincón… Todos sus amigos, antes de ser íntimos, fueron seres distantes. Poco a poco, había surgido la intimidad. Estaban solos. Por primera vez advirtió Pedro el peligro. Él era un hombre y se dio cuenta de ello al percibir la voz del instinto. Temía la propia debilidad y admiraba la despreocupación de la muchacha para desafiarle con su presencia. La frivolidad de la joven para referirse a las cosas, empequeñecía la decisión del pintor y exacerbaba su deseo.

—Esto está bastante sucio —dijo ella una vez.

Pedro no contestó. Un único pensamiento le mantenía en lucha con su timidez. El célibe había despertado ante la carne y otra vez notaba en su mejilla el calor de un beso lejano. ¿Por qué ahora no lo besaba? Quiso decírselo, nadie lo podía impedir. No pudo. Su personalidad estaba dominada por una indecisión que contenía el anhelo. Algo sí pudo decir.

—Eres muy bella.

A ella le dio risa el tono apasionado de Pedro y Pedro se mordió los labios abrumado por lo que había dicho, pero se rehízo y procuró disculpar lo que no hacía falta.

—Soy un admirador de la belleza. La deseo, la busco y la pinto. A ti te he encontrado y estás aquí. ¿Quieres que te pinte?

—Ya me has pintado dos veces.

—No hables de eso, es horrible. Tú no eres para caricaturas. Déjame que intente pintarte. Quiero poner tu vida en un lienzo. Eso es lo que nadie que no sienta como yo, puede comprender. Déjame pintarte.

—Bien, trato hecho; te dejo. Podré posar los domingos por la mañana; hoy es martes. Hasta el domingo.

Y sonriendo, le tendía la mano. Pedro se acercaba a ella como atontado, con lentos movimientos. La miraba y otra vez sonreía. Notó en la de él la mano blanda y suave y las piernas comenzaron a temblarle. Ella se acercó más, alzose sobre la punta de los pies y, como ya hiciera, le besó en la mejilla. Después, andando de prisa, salió de la buhardilla. Pedro se dio cuenta de su marcha cuando oyó el rápido taconeo en la escalera. Corrió excitado hacia la puerta.

—¡Eh! ¡Eh! Oye… —era tarde.

Oyó impotente cómo los pasos de ella se atenuaban cada vez más. Nada importaba. Posó sus ojos en el gallo que, pacífico, picoteaba por el suelo y dirigiéndose a él le puso en apurado trance al mandarle varios puntapiés. Después, volcó el camastro del rincón, la silla, el caballete y hasta la capa de esclavina se vio por los suelos levantando polvo.

—El domingo…, el domingo… —repetía a gritos con alegre frenesí.

Se asomó por el tragaluz y viendo allá abajo al impertérrito mendigo, lo llamó a gritos.

—¡Eh, tú! Toma eso.

Un duro volaba por el aire, camino de su nuevo propietario.

Puso sobre sus hombros la capa de esclavina y poco después estaba llamando en casa de su vecino, el hombre gordo de la camiseta. Pedro llegó al asunto, sentado ante una taza de café y atendido por los amables esposos.

—… Vengo a pedirles un favor.

—¿…?

—¿Les molestaría ser mis padrinos de boda? Voy a casarme y ustedes son gente respetable.

Hubo broma para un rato. Pedro aguantó todo con mucha seriedad.

—¿Y con quién se casa, don Pedro? —preguntaba la señora.

—Con una chica.

—Si no dice otra cosa… Mi mujer quiso decir que quién es esa chica.

—¡Ah! Eso no lo sé.

—¡…!

—No tiene nada de particular que no lo sepa. Ni me importa.

—¿Pero ella le quiere? —era otra vez la mujer.

—¿Quererme? ¡Claro! ¿Por qué no me ha de querer? —y quedó un rato pensativo.

XIII

PINTÓ durante toda la semana. El sábado a mediodía cayó vencido sobre el camastro. No podía más. Había pintado mucho y estaba satisfecho de su trabajo, pero los nervios no le permitían un momento de quietud. Los amigos del techo aparecían descoloridos y turbios; estaba saturado de buhardilla y pensó con agrado en el aire de la calle. Quizá un rato de charla en Lión fumándose un buen cigarro… Echaba de menos la amable tertulia. La deseó de pronto.

De un tirón terminó tres cuadros en los que había superado todas sus posibilidades. Los veía desde el camastro del rincón y mentalmente les daba nombre. «Gallo», «Próspero mendigo» y «Matrimonio feliz». Por cierto que la esposa del hombre gordo de la camiseta resultó ser una mujer muy hacendosa. Pedro la recordaba con resentimiento. Por culpa de ella el estudio había perdido carácter. El piso estaba limpio y brillante. Pedro lo miraba sorprendido; jamás creyó que fuese tal y como lo veía. Las telarañas habían desaparecido y la vieja del rincón ofrecía a la intemperie sus horripilantes facciones.

Recordaba a la intrusa limpiando y puliendo todo, mientras su marido servía de modelo. Pedro se conmovía a cada golpe de sacudidor y el ruido de la escoba le arañaba las entrañas, hiriéndole íntimos sentimientos que no podía manifestar. Hubiera gritado ante el atropello. Basta, basta. No podía, las gentes que no eran como él, no sabrían entenderle, y en su mundo estaba solo. Terminó el cuadro y la mujer volvió a su casa. Entonces respiró tranquilo, pero la amenaza de la entrometida quedó allí para atormentarle a diario con el temor de peores males.

—De cuando en cuando, vendré por aquí. ¡Estos hombres solteros!… —y reía, segura del gran servicio que había prestado.

Pedro la odiaba a pesar de los bizcochos y del café. Le había hecho comprar dos sillas nuevas, sábanas y una horrible colcha de enormes flores coloradas, que le hacía cerrar los ojos cada vez que paraba la vista en el camastro del rincón. La mujer se había molestado en efectuar los trámites para que le pusieran luz eléctrica y lo que exasperaba a Pedro era el tenerle que agradecer tantas vejaciones. Estaba decidido a protestar a la próxima intrusión; ni un paso más en aquella monstruosa conquista de su intimidad. Este propósito no era nuevo. Se había repetido a cada golpe de sacudidor, a cada siseo de la escoba…

La buhardilla le parecía ahora más incómoda y repelente que nunca. Por eso al salir a la calle lo hizo de buen grado y en busca de un ambiente que fuera más suyo que aquél: Lión. Allí estaban los que le comprendían.

Comió unos bocadillos en un bar: hasta hartarse con aquella delicia. Después, con el habano más grande que encontró, en la boca, tomó el camino de Lión. Se sabía rico y saboreaba con deleite el lujo de su nueva existencia. Tenía tanto dinero que no se terminaba por más que gastase; aún tocaba en el bolsillo un enorme fajo de billetes.

Fue el primero en Lión y esperó hasta que el camarero vino en su ayuda, para desprenderse de la capa.

—Café y coñac de marca.

Con aquel boato, le sorprendió la llegada del escritor jorobado. Como siempre, éste llevaba la carpeta con cuartillas, debajo del brazo. Uno de los cristales de los lentes del jorobado estaba roto desde hacía más de un año. Vestía de modo mucho más lamentable que Pedro; su traje fue gris en algún tiempo, pero sin dejar de serlo, el color era totalmente distinto al que tuvo en su principio. Pedro sabía que era el mismo traje, porque en los muchos años de amistad jamás le vio con otro y había asistido a las paulatinas metamorfosis.

El escritor jorobado permaneció unos momentos boquiabierto contemplando la fastuosidad del amigo. Luego, animando la mirada, exclamó:

—¡A ti te han pagado el cuadro!

Pedro asentía con la sonrisa. El jorobado no empleó más preámbulos. Sentose a su lado, le abrazó repetidas veces y, por fin, fue directamente al asunto.

—Préstame cinco duros. Desde ayer mañana que no pruebo bocado y el director del periódico no quiere adelantarme más dinero. Dice que cuando tengo hambre escribo mejor. Estoy desfallecido. Venía dispuesto a no tomar nada, porque el camarero ya no quiere fiarme el café. Si he venido, es porque el médico tenía la esperanza de cobrar una cuenta y dijo que si así era, hoy me prestaría un duro.

Pedro estaba hermanado en miseria con el grupo de Lión. Necesidades como la del escritor, podía relatar, vividas por él mismo, más de mil. No era música nueva. Su dinero allí estaba; para todos. Que cada cual se surtiera a su gusto; tanto opulencia como carestía, eran circunstancias comunes. Ninguno de los de Lión habría sido digno de sus amigos si hubiera desertado al llegarle la prosperidad.

—Toma, ¿quieres más?

El montón de billetes estaba sobre la mesa, como una tentación.

—Bueno; pchs…, cogeré estos dos duros sueltos para tabaco —y los dedos del escritor hicieron tímidos remilgos, aguantando las ganas de lanzarse sobre lo que allí quedaba.

La gratitud se desbordó en el jorobado. En su hora sabría Pedro quién era él. Los amigos para las ocasiones; bien quedaba demostrado. Gracias, Pedro, gracias. Entre los ángeles hay un sitio para ti.

Llegó el filósofo.

—Alegría, alegría —dijo el jorobado al verlo—, Pedro ha cobrado el cuadro; somos inmensamente ricos.

—Bien podías prestarme cinco duros…

Los billetes quedaron a la vista y la misma oferta fue hecha. Entonces, bien por no quedar moneda más pequeña, o quizá porque el filósofo era hombre de más grandes empresas, sucedió que éste aumentó la cuantía de lo recibido, con cinco duros para comprarse pañuelos que, según dijo, le hacían mucha falta. En los ojos del jorobado se vieron al punto los celos y por igualarse, o aun aventajar su necesidad a la del amigo, según se explicó, dejó sobre la mesa los dos duros y con muchos escrúpulos adueñose de una pieza de cinco, sobre la cual ya hacía rato que mantenía el ojo.

No terminó la cosa allí. En aquel momento hizo su entrada en Lión el representante. Ya de lejos lo oyeron antes de verle, puesto

que la atención de ellos se concentraba en el fajo de billetes.

—¡El cuadro, el cuadro! Enhorabuena, Pedro; déjame que te abrace. —Por un momento suspendió la efusión y dijo—: Mírame, ¿qué te parece cómo llevo este traje? Es urgente que lo mande al tinte; sabes que me gano la vida visitando gente y ya no estoy presentable. Lo malo es que no tengo un céntimo. Hoy he comido gracias a que mi tío me convidó y vengo porque me ha dado seis reales para el café. Hazte cargo de mi situación y préstame por lo menos cinco duros; bien veo que hoy puedes.

Guardose la cantidad y tanto el jorobado como el filósofo callaron lo del plus que habían conquistado. Se miraban temerosos uno del otro y, sin saberlo, aliados contra el representante.

El médico fue el único que no pidió nada. Llegó borracho —lo estaba con frecuencia— y esto quería decir que tenía dinero. Hasta el triunfo de Pedro, el médico era el más rico de la tertulia. A él recurrían los demás en los días que le olían fondos, es decir, cuando percibían vapores de alcohol en su compañía. Empezaban por pedir un duro, pero muchas veces se conformaban con una peseta. Se entendía préstamo, pero, una vez concedido, era obligado olvidarlo, porque el recuerdo resultaba ineficaz. Sin embargo, el médico fue el amigo más caro.

—¡Albricias! Hoy paga Pedro. Que traigan dos botellas de marca, hay que celebrar esto.

Pasaban la tarde en grata compañía. El humo de los cigarros apenas les permitía verse las caras. Poco a poco, a medida que bajaba el nivel en las botellas, les invadía una invencible modorra que los ataba apoltronados en sus asientos. Divagaban. Las bases de la discusión siempre eran sorprendentes y revolucionarias. El novelista se ocupaba de un asunto que, fuera de allí, hubiera suscitado indignación. Allí, todo era posible, menos la vulgaridad. Habían superado el recato a fuerza de extravagancias y ésta era tenida ya por familiar. Era preciso superar el último disparate o callar. El jorobado estaba muy satisfecho de sus nuevos razonamientos. Puede que no supiera si hablaba por convicción, pero por lo menos estaba seguro de que sus palabras eran nuevas e impresionantes.

—Hay que acabar con el tópico de Cervantes. El Quijote es un libro vulgar. Nada hay en él que no pueda ser mejorado en el

detalle. Todavía hay algo más fundamental que las pequeñas cosas. El conjunto es desheroizante —le gustó la palabra—; es decir, que tiende a la desheroización y eso, en estos tiempos de decadencia espiritual, es altamente nocivo para la empresa de aventura que debe acometer todo joven. El heroísmo…

No pudo seguir; un desconocido que, sin duda estaba oyendo, se llegó hasta él y, sin preguntarle el apellido, le dio dos bofetadas. Después, se marchó. Todos quedaron admirados ante la singularidad del caso y más el jorobado, que con ambas manos en las mejillas exclamaba:

—¡Dios mío! Esto me faltaba. Estoy en ayunas desde hace más de veinticuatro horas.

—Sigue, sigue con eso del heroísmo —dijo Pedro.

—Te aseguro, amigo Pedro —repuso el escritor—, que no pienso hablar de heroísmo en mi vida.

Y se sumió en el silencio como si nada hubiese pasado. De vez en cuando, se hundían sus carrillos al aspirar con fuerza el humo del habano. Una hora más tarde, el filósofo decía cosas extraordinarias sobre el amor:

—… el amor no existe. Existe el sentido egoísta de la posesión, pero el amor, lo que se entiende por eso, no es más que un mito. Los novelistas inventaron el amor para recreo de su imaginación y de los temperamentos bisoños que los leen. Se comprende que esa fidelidad eterna que se prometen los jóvenes no puede ser durable. La carne se arruga, se gasta con el uso, y entonces nace el ansia de infidelidad, tan sólo contenida por el sacrificio de las pasiones que tienden a desviarse. El amor, si hemos de creer en él, no es más que algo fugaz destinado a morir joven y sustituido más tarde por la servidumbre a que se obligan los que amaron…

—Mientes —gritó Pedro.

Todos le miraron asombrados y, a la espera de algo sensacional, guardaron silencio. Pedro siguió exaltado.

—Existe, existe. El amor es algo eterno e indestructible. No puede morir; yo lo sé porque estoy enamorado.

—¿Se puede saber quién es ella? —interrogó el médico.

—No se puede saber, porque yo tampoco lo sé, pero vamos a casarnos.

El representante se puso en pie, y con voz grave dijo:

—Esto, amigos, hay que celebrarlo.

—A cenar, a cenar —palmoteaba el escritor—. Pedro paga. Está enamorado, se va a casar. A cenar, a cenar…

Hubo unanimidad. Se levantaron todos y al grito de «Pedro paga», le condujeron hasta la puerta. La discusión no fue larga; el mejor restaurante sabían todos cuál era. A él se dirigieron sin un voto en contra. El escritor jorobado y el filósofo cargaron con las botellas vacías para llenarlas de leche; todos estaban borrachos.

Comieron langosta, fiambres, pollo asado y merluza frita; y bebieron, Burdeos, Rioja, *Champagne* francés y cerveza. Al salir del restaurante, el escritor había aflojado el cinturón. Entre todos vaciaron el cesto de una cigarrera que vino al paso y se llenaron los bolsillos de tabaco.

—Pedro paga… Pedro paga…

Estas palabras se repetían una y otra vez en los diversos lugares donde se surtían. Al amanecer, la borrachera era escandalosa y recorrían los bares de la capital bebiendo y comiendo. Una vez, se le ocurrió preguntar a Pedro.

—¿Quién pagará esta ronda?

—Pedro paga —dijo el filósofo.

—Os advierto —anunció el pintor—, que estoy sin un céntimo.

XIV

La tarde del domingo pasaba con lentitud. Ella no había ido. Pedro, echado sobre el camastro del rincón, consolaba el desengaño con su único recurso, fumar. Akim el marinero, Ana de Tordesillas, el caballo Plumero…, todos estaban tristes. El gallo paseaba arrogante de un lado a otro del aposento, y a veces se detenía para picotear o limpiarse el pico en el suelo. Fuera llovía.

El reloj de la Catedral parecía haberse parado. Tan sólo era perceptible, casi ahogada por el ruido de la lluvia, una leve y lejana melodía que llenaba la tarde de tristeza. Aquel desconocido amigo, que sentado al piano animaba las horas solitarias de Pedro, le hablaba de amor, de esperanza. Gracias a él, pudo vencer la amargura de sus momentos de desesperación. Ahora, también. Ella y la música se mezclaban en indefinible comunión, escapando a los sentidos y perdiéndose hasta los confines imprecisos del alma. Pedro percibía la amarga ansiedad de una espera interminable. Ella había ido una vez; podía volver. Debía volver. En alguna ocasión se llegaba hasta el tragaluz mirando hacia la calle solitaria y batida por la furia del chaparrón. Le molestaba la limpieza de su madriguera, parecía como si aquel cubrecama de enormes flores encarnadas le ahogase con su presencia. Hubiera salido a la calle a caminar bajo la lluvia; la buhardilla era un lugar incómodo desde que la invadió la esposa del hombre de la camiseta. Sólo el gallo y los amigos del techo eran mantenedores de la vieja intimidad. Pero ella podía llegar en cualquier momento. No era prudente abandonar la casa y exponerse a que la encontrase vacía. Estaba seguro de que este suceso sería el fin. Algo pudo haberle sucedido a la jovencita y por eso no fue a la hora convenida. Pudiera venir en cualquier momento, quizá dentro de una hora. Debía esperar. Ella vendría,

estaba seguro.

El piano cesó al rato y Pedro sintiose abandonado. Sus ideas sufrieron un amargo retroceso. Ahora estaba seguro de que la jovencita del beso no vendría. La música era el sostén de sus ilusiones. Sin ella se consideraba débil e inerme contra la adversidad. Su amigo el pianista se debió marchar al cine a ver cualquier película absurda. Así pensaba. Un sentimiento rencoroso empezó a mortificarle sin conceder paso a cualquier justificante para la conducta del músico. El cine era un espectáculo de masas. Las gentes inferiores no necesitaban nada mejor para satisfacer sus pobres espíritus. Todos a una pensaban y sentían las mismas cosas, no había ni un solo cerebro diferente. ¡Asco de vida! Y el pianista se había ido al cine… a convertirse en cifra de la multitud; él, el elegido, el único, en el cine. Inconcebible. Ni un momento puso en duda esta idea; se había ido al cine, al cine, al cine, al cine… Él, jamás iría; lo encontraba detestable. Consideraba lícito robar el dinero para asistir a un concierto, a una velada de ópera, pero al cine…

Esforzándose por no pensar, volvió al camastro para seguir mirando al techo. Todas las figuras comenzaban a desvanecerse en penumbra y el gallo buscaba acomodo en el respaldo de una de las sillas nuevas. Por primera vez en toda la tarde, percibió con claridad las horas en el reloj de la Catedral. Contó:

—Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis.

La tarde era larga. Por fortuna, la cena del día anterior fue copiosa y gracias a ella confiaba en pasar el día sin que el hambre le atormentase demasiado. Además, guardaba una botella de leche y un trozo de pan. Se dispuso al festín. Mañana, Dios diría. Mojaba trozos de pan en la leche, masticando despacio aquel postrer regalo de sus días de prosperidad. Ni una sola vez pensó en sus amigos de Lión. En él no cabía rencor. Gastaron el dinero porque era de ellos y si mañana no había, ¿qué importaba? Lo importante estaba siempre en la hora presente, lo demás era desconocido. Pensar, ahorrar, prevenir, no eran cosas de su costumbre. Ellos constituían un grupo de artistas, de espíritus superiores con calidades de genio, que Dios se sirvió reunir para que se le acercasen un poco.

La leche, al pasar por su garganta, hacía un ruido extraño. Después, percibía la sensación de algo que le inundaba el estómago

esparciendo por todo el cuerpo un agradable calor. Por fin, un cigarrillo y al camastro; a pensar en ella hasta la llegada del sueño. Buenas noches, Akim, Ana, Plumero… Hoy tuvimos un mal día.

Pensar como querer. Pedro, sin saberlo, estaba en el cine. En las tinieblas, plasmaba su infantil imaginación la historia del héroe y los bandidos. Él era el poderoso demoledor de villanos, ella esperaba ser salvada por el inesperado bienhechor. Veía la angustia en aquellos ojos anhelantes que le miraban, e invitaba a la bella a confiar, golpeándose el pecho con ambos puños. En todo aquello había no poco de abstracción de los sentidos. La idea pertinaz de ella y la obsesión del cine, se combinaban en la confusión de su pensamiento. El cine para él, era eso: puñetazos, cabalgadas, heroísmo, una chica desamparada… Desde chico no había vuelto al cine. Las películas de episodios y el celuloide mudo, llenaban como algo viejo su cultura cinematográfica. De modo instintivo, repudiaba aquel espectáculo. Nada encontraba más injustificado que la gloria de las estrellas, adquirida a costa de la prodigiosa multiplicación de las imágenes y la estupidez de las multitudes. La humanidad respondía unánime a un gesto que valía un millón de dólares, y los pagaba. Pedro seguía dando puñetazos y ella abriendo admirada los ojos.

Alguien llegó entonces a la buhardilla. Era un muchacho de casa rica, que chorreaba agua por el impermeable.

—Mi hermana me dio esto para usted.

Pedro encendió una bujía para leer.

Le esperaba en el cine con unas amigas muy simpáticas. En la taquilla encontraría, previo pago, una butaca que le habían reservado. No fue a posar, por la lluvia.

¡Previo pago! El chico se había ido. Una contestación no era posible. No tenía un céntimo y quizá estaba perdiendo la única oportunidad de volverla a ver. Se asomó al tragaluz. Seguía la lluvia. Una gran desesperación se adueñaba de él. Había olvidado su aversión al cine. Ella estaba allí y lo llamaba; debía ir. Su corazón se lo ordenaba sin posibilidad de desobediencia. Pero no podía ser; aquella mortificante condición previa le obligaba a la renuncia. ¡Si hubiera sido un día antes! En su desesperación se sentía desvalorizado. Ella tuvo en cuenta la lluvia para no acudir al estudio, pero no le había importado para ir al cine, a ver como los

hombres se daban puñetazos. No pudo comprender tanta perversidad en la jovencita. Se preguntó si sería posible, y no pudo contestarse. De todas formas, la quería. Su ansiedad por acudir al cine era inevitable; allí estaban ella y el músico; las dos grandes figuras de su momento espiritual. Debía seguirlos. Algo bueno habría en aquello cuando ellos lo aceptaban; él también lo aceptaba.

Sus ideas tomaron un giro mercantil. Hacía falta dinero. ¿Cuánto? Daba lo mismo; poco o mucho, tenía para él el mismo significado. Pensó. Mucho en poco tiempo y la solución llegó a él, antes de lo que esperaba; el judío.

Embozado con su capa de esclavina, corrió por los callejones hacia el centro de la ciudad. La lluvia le azotaba la cara formando una cortina que caía en torno suyo, desde las alas del sombrero. Daba lo mismo. Ella le absorbía y nada más pudo distraer su atención. La gente pasaba de prisa por su lado, los paraguas iban y venían en todas direcciones. Los anuncios luminosos aparecían borrosos y abrillantando la lluvia en las calles céntricas. La gente se agrupaba a la puerta de los cines; había cines por todas partes. El suyo apareció de pronto ante su vista; se detuvo un momento y leyó sobre la taquilla las condiciones del empresario:

«Butaca 12 pesetas»

Otra vez se perdió entre los callejones y pasadizos. Subió, bajó, torció y por fin, el mar. Cerca, la casa del judío. Los campanarios le dijeron que faltaba un cuarto de hora para empezar la sesión, eran las siete menos cuarto. El judío no podría negarle un anticipo de doce pesetas y no podría, porque Pedro estaba dispuesto a matarlo. Pero el judío no estaba en casa. Quedó aturdido. Es lo único que no se le ocurrió pensar. Ella se perdía para siempre, estas dos últimas palabras repetíanse como símbolo de la inevitable fatalidad: para siempre, para siempre, para siempre…

¡No! Sentado en un escalón, pensaba a gran velocidad. Debía superar el imposible a costa de lo que fuese; perderla, jamás. El tiempo pasaba demasiado de prisa; las siete; en aquel momento, tuvo una gran idea. No pudo evitar la exclamación dándose una palmada en la frente.

—¡La colcha!

La calle otra vez, lluvia, multitud, paraguas por doquier. Cuando llegó a la buhardilla, se lanzó hacia el camastro del rincón cubriendo de besos la colcha salvadora. La dobló con cuidado y para evitar su deterioro la puso debajo de la capa. Con seguridad, el vecino de la camiseta vería la ganga: no podían negarse a comprarla. En muchas ocasiones, la señora había elogiado la pieza; ella misma la eligió en una tienda Para hermosear la casa del pintor.

Pero el matrimonio se había marchado al cine. Desalentado volvió Pedro a la calle. Ya no había remedio. La sesión ya estaba en marcha tres cuartos de hora; ella se perdió por fin, de modo definitivo. No le importaba la lluvia, no le importaba nada; sus lágrimas se mezclaban con el agua que le corría por la cara. Como otra vez, no le quedaba más recurso que subir a la buhardilla y llorar. Hasta las casas de empeño cerraban los domingos; como si los días de fiesta no hubiera desdicha y necesidad en el mundo. Sin embargo, aquellos inútiles establecimientos, los cines, podían funcionar siempre, sin descanso, embruteciendo y uniformando las mentalidades grises de un rebaño enriquecido que podía pagar por envilecerse.

Andaba despacio los pocos pasos que le separaban de casa. La voz familiar del mendigo se oía, refugiada en la techumbre de un portal. Se detuvo un momento, una idea grandiosa le había asaltado al oír la voz del opulento salmodiero.

—Caballerito amable, señora generosa…

Corrió hacia el miserable y le propuso el trato.

—¿Me compras esta colcha? Es de un paño excelente, tócala y te convencerás.

El mendigo le miraba con desconfianza.

—Vale más de cuarenta duros. Yo te la doy por doce pesetas.

Aquello excitó el interés del presunto comprador, que con sus toscos dedos manoseaba el paño. Pedro lo miraba anhelante, percibiendo los latidos del propio corazón. El otro parecía a cada momento más interesado. Se puso en pie y extendió la pieza para cerciorarse de su integridad: la emoción subía. Por fin, torció la boca y con gesto despectivo dijo:

—Está manchada, no me sirve.

—Eso es excremento de gallo, se irá con un poco de agua —

aseguró Pedro.

—Bien, te doy diez pesetas.

—Son doce las que necesito: eso o nada.

Pedro llegó al cine a las ocho y diez minutos y la taquillera le informó de que las localidades se reservaban hasta diez minutos antes de comenzar la sesión; después se vendían libremente. Se conformó con lo que le dieron y el acomodador le condujo hasta la primera fila de butacas.

Desde allí, las figuras aparecían turbias y achaparradas. La pantalla se le antojaba que de un momento a otro le iba a caer encima y el altavoz destrozábale los oídos con su estridencia. ¿Aquello era el cine? Temblaba de ira. La maldita oscuridad no le dejaba ver nada por más que volvía la cabeza. Y ella estaba allí; solazándose con todas aquellas monstruosidades que a él le descomponían los nervios.

Por primera vez se dio cuenta de que estaba empapado de pies a cabeza. Inevitablemente estornudaba, llamando la atención de cuantos tenía cerca y no pocos de los que estaban lejos. Quizá ella también oía los estornudos, y esta sensación de ridículo le abatía más que todos sus recientes sinsabores. Se esforzaba por evitar tales espasmos, pero cuanto más fuerza hacía, la explosión final era más recia, más sibilante y más prolongada.

Terminado el espectáculo, buscó la salida para encontrarse con la jovencita en la puerta de la sala, y al contemplar la lejanía del vestíbulo y la multitud que le impedía llegar a él, le acometió una sensación de muerte mucho más deseada que temida. Ante él, se movía presurosa una despreciable multitud. Sabía que odiaba las multitudes, pero nunca sospechó que su odio pudiera ser tan violento. Ella se escapaba. El cubrecama y las doce pesetas, también se habían escapado.

Aún pudo verla un momento. Pero el automóvil donde ella iba con varios jóvenes de ambos sexos, se puso en marcha antes de que pudiese abordarlo.

Aquella noche se durmió llorando. Otra vez sonaba el piano en la lejanía. Era casi feliz oyendo y llorando, porque el camino de lo imposible era para Pedro un poco de la dicha que, nadie más que él, entendía.

XV

DESPERTÓ hambriento. Arrepentido, pensaba en la rica colcha de flores coloradas y en la estúpida disipación de ella y su importe. Hoy le hubiese valido más de diez duros en cualquier casa de empeño. No valía la pena pensar. Esto era un procedimiento para aumentar su desesperación y ya estaba bastante abatido. Presentía un dilatado ayuno mirando cómo el gallo picoteaba el maíz amontonado en un rincón. Bostezó. Un conocido desconsuelo que percibía en el estómago, auguraba futuras flaquezas del cuerpo. No podía permanecer pasivo; ahora le alentaba un nuevo deseo de vivir y la pasividad la tenía por peligrosa. Era indispensable comer. Ella estaba en el mundo y su conquista condicionaba el equilibrio de las energías. Abandonarse significaba enflaquecer, morir. ¡A la lucha, Pedro!

Aún estaba fuerte. El hambre empezaba, pero faltaban muchas horas para convertirse en martirio; lo sabía. Pensando, inició un ir y venir por el estudio, con lo que procuraba ahuyentar el frío que sucedió a la lluvia del día anterior. El cielo estaba despejado y las montañas lejanas se divisaban cubiertas de nieve.

Su primera intención le produjo una gran repugnancia y desprecio de sí mismo. El gallo era un ser inofensivo e inocente; no debía morir. Además, se sintió hermanado con él; lo quería. Lo miró, impulsado por una vil tentación y le escandalizó el pensamiento asesino de que había sido capaz. El pobre animal vivía tranquilo a su lado; se veía en él una grata familiaridad que se estrechaba al pasar los días. Quería paz y buena inteligencia; no cantaría más al amanecer, sería bueno en adelante; en sus ojos redondos se traslucía esta promesa. Pedro era un buen entendedor del animal y comprendía la súplica a través del silencio en que

estaban. No lo mataría; la firmeza de esta decisión era indestructible y lo sería. El gallo y él estaban vinculados a la buhardilla; ya no la concebía sin este discreto habitante. Pero una cosa sí podía exigirle: reparto equitativo de todo lo bueno o malo que entrase en casa. Él ayunaba y el gallo también ayunaría, o cuando menos, estaba obligado a compartir su comida. El egoísmo demostrado por el bicho no era tolerable. Aquel irreflexivo picotear maíz sin una generosa tregua que diera descanso a los celos del pintor, ya estaba bien. Basta. Pedro no quiso manifestar clara su envidia y se acercó despacio.

—Ya está bien, amigo; si sigues comiendo de ese modo vas a reventar. Anda, aparta y déjame un poquito a mí.

El gallo no se apartaba ya con la proximidad de Pedro. Se dejó apartar dócilmente y estirando el cuello por atrapar todavía algún grano de maíz. Pedro no le consintió más; puso violencia en sus maneras y el animalito huyó cacareando. Le produjo incomodidad esta evidencia de sus sentimientos, pero ya perdido el recato, sentose junto al maíz y empezó a masticar los granos.

—Todo no va a ser para ti —decía.

Aquello debía ser un gran alimento. Esta seguridad la adquirió contemplando la robustez del gallo. Se criaba gordo y potente; su plumaje refractaba la luz con todos los colores del espectro. Daba sensación de poder y majestad; en esto último, se encontró parecido al gallo. También él era un hombre de aspecto señorial y no sólo aspecto, era un señor. Por lo menos, sabía serlo y mantener la apariencia. Y mientras pensaba, el maíz triturado le producía arañazos al pasar por la garganta.

Aún comía cuando llegaron a instalar la luz eléctrica. Las mañas de la esposa del hombre de la camiseta, culminaron en aquel incalificable allanamiento de morada. Dos hombres oscuros, escapados de la multitud, aparecieron provistos de herramientas espantosas y con gran naturalidad comenzaron a hacer agujeros en las paredes. El gallo, menos cobarde, protestó con su cacareo por aquel abuso de la civilización. Pedro no decía nada, miraba alarmado sin fuerza para impedir las irrespetuosas maniobras.

—¿Hay que pagar algo? —preguntó una vez.

—Está todo pagado, señor.

Le había dicho señor. Aquel hombre reconocía su importancia y

se expresaba en el tono requerido por la diferencia de condición. Pedro andaba por la buhardilla igual que el gallo; erguido y con pasos majestuosos. Sufría y gozaba. Los obreros destrozaban su intimidad con hilos, tornillos y martillazos, pero sabían tratar a los señores superiores.

El hilo avanzaba rápidamente trepando por la pared. La bombilla estaría en el centro, precisamente colgada de aquel gancho, que no era gancho, sino el belfo del caballo Plumero. Pedro se horrorizaba cada vez más, ante las hábiles maniobras de aquel par de intrusos. Hubiese gritado. Sin embargo, su cobardía era algo superior a él. Vencido por ella, dejaba hacer esperando el fin como una liberación de su angustia. El hilo cruzó por la cintura de su amigo Akim el marinero, después llegó al belfo del caballo; Ana de Tordesillas quedó fuera de la trampa, los otros dos le pareció que habían sido encadenados sin cometer delito alguno. Los salvaría de la desconsiderada opresión, tan pronto como se marchasen aquellos hombres. A ellos no les pudo decir nada; sabían valorar su calidad y eso era mucho para que él no correspondiese al respeto que le demostraban.

—… adiós.

La palabra sonó en la buhardilla como un grito de libertad. Pedro quiso contemplar a sus amigos encadenados y se acostó en el camastro del rincón. El pobre Akim el marinero constituía una horrible pesadilla. Su rostro estaba desencajado y luchaba impotente por desasir la argolla que le oprimía la cintura. El caballo Plumero, libre hasta entonces, tiraba espantado de aquella rienda que contenía su brío habitual. ¡Desdichados! Ni un segundo más.

Pedro se alzó impresionado y de prisa, como si su demora contase para la vida de sus amigos; corrió hacia la lámpara y tiró con fuerza de ella. El hilo se vino al suelo y otra vez la libertad fue con los del techo. Pedro experimentó la sensación de ser un bienhechor de atormentados; él mismo, estaba libre de la angustia que le produjo el suplicio de los suyos. Otra vez desde el camastro del rincón, presentaba sus excusas.

—Perdonadme, amigos. No pude evitar que viniesen esos forajidos. Ahora ya estaremos otra vez como antes.

Y al decir esto, tuvo un instantáneo sobresalto. La lluvia del día anterior empezaba a filtrar humedad a través del cielo raso.

Manchas desconocidas aparecieron en torno a Ana de Tordesillas y, al parecer, avanzaban hacia el bello rostro. En otro lugar, uno de los pies de Akim el marinero se había esfumado en la nebulosa de otra mancha.

Sucedieron horas negativas. El mundo ya no existía. Hasta ella dejó de ser. El techo lo era todo y parados en él los ojos del pintor, esperaban. La transformación que presentía era un tormento sin tregua; las manchas nuevas seguirían su camino demoledor. Toda una pierna de Akim había desaparecido; el viejo marino pagaba con una gloriosa mutilación su lucha con los elementos. Ana iba a morir en la guillotina de la mancha que avanzaba hacia su cabeza. Sólo el caballo Plumero y la vieja del rincón, se mantenían alejados del peligro. Pedro no los miraba. Pendiente de su querida Ana, le pasaban horas, minutos y segundos plenos de intensidad.

Nada podía hacer por evitar el fin. Adiós, Ana de Tordesillas. Tu vida y la mía se deslizaron juntas durante años. A veces, hemos sido felices, ahora lo sé; entonces no pude saberlo. Y Ana de Tordesillas se iba lentamente. La mancha cubría ya toda su mejilla derecha; faltaba poco para el fin.

Pedro no pudo resistir tanto. Se levantó, y sin saber lo que hacía, comenzó a bajar la escalera. Ana de Tordesillas iba con él; el alma de la muerta se deslizaba silenciosa a lo largo de las calles, percibiéndose como algo más intenso que el color y el ruido de la multitud.

El día pasó tan de prisa que casi no pudo darse cuenta de él. Sentado en las rocas, contemplaba ensimismado el mar, sin más afán que dejar pasar el tiempo. Allí, solo, estaba mejor. El ruido de las calles, la multitud y el tráfico, eran cosas extrañas a su vida; vivía indiferente al mundo de todos y en un mundo solo suyo. Con él, un pequeño grupo de seres a los que daba vida su fantasía. Ana de Tordesillas había muerto y lamentaba su desaparición como la de un ser real y querido. El mar era inmensidad como también lo era el recuerdo de Ana. Junto al mar estaba más cerca de ella, casi podía hablarle.

De noche, abandonó las rocas. Volvía a casa con la amarga impaciencia de contemplar consumado el desastre; Ana de Tordesillas ya habría desaparecido totalmente. Andaba cabizbajo hacia el centro de la población y entonces se percató de que el

hambre empezaba a martirizarle. En todo el día no había comido más que un puñado de maíz. Esto aumentó su sinsabor alternando la angustia material de la urgente necesidad con el dulce recuerdo de la desaparecida. Mal día se le daba a Pedro.

Pero no tanto. Porque frente a él apareció en el suelo un billete de cinco pesetas. Rápidamente se lo apropió, mirando receloso en todas direcciones, por si alguien le disputaba la posesión. Era suyo. Su derecho era legítimo y nadie podía discutírselo. Si era preciso, defenderla con la vida aquella pieza.

En su mente se plasmó el verdadero valor del dinero. Leche, pan, sardinas y puede que algo más para el gallo. Mañana ya no era un problema. Y un torrente de ideas optimistas barrió el amargo recuerdo de Ana de Tordesillas, hasta entonces obstinado en acompañarle a todas partes. Enderezó la cabeza y hasta silbaba discretamente al andar.

Alguien, al pasar por su lado, alargó el brazo y le deshizo la lazada de la chalina. Intolerable. Se revolvió como un tigre; en sus ojos brillaba un fiero afán. Sin embargo, quien lo hizo podía hacerlo; todo lo que quisiera podía hacer con él, hasta matarlo; su vida le pertenecía.

La jovencita del beso estaba más guapa que nunca. Pedro quiso ablandar sus rasgos crispados, para corresponder a la sonrisa de ella, y todos los músculos de su cara se le antojaron cuerdas inextensibles. Además, no podía hablar. Ella esperaba sin dejar de reír y tampoco decía nada. Pedro, esforzándose, pudo hablar algo; él creyó que aquello era muy importante y disculpaba de sobra su tribulación.

—Ana…, ¿sabes?…, se ha muerto.

—¿Ana?… ¡Ah, sí! Ya recuerdo —y volvió a reír.

Aquella risa le pareció a Pedro una herejía. El mundo no entendía su dolor y ella tampoco. Pero a pesar de todo, su amor crecía al contemplarla. Ella era superior a Ana, superior a todo cuanto pudiera existir.

—Tenía gana de verte —dijo la jovencita—, necesitaba darte algunas explicaciones.

—No, tú no necesitas decirme nada.

—Vamos a dar un paseo, ¿quieres?

Sí quería. Más que eso, le hubiese ofrecido el duro a cambio de

la sugerencia. La notaba cogida a su brazo con una despreocupación que le alarmaba la carne mal nutrida. Se ahogaba al andar, pensando sólo en ella y en la presión electrizante de su mano. Ella hablaba de muchas cosas. La vida era algo muy aburrido: hacía dos semanas que los cines no daban un programa que valiese la pena, en los bailes siempre la misma música, por la calle no andaba casi nadie y una se aburría a fuerza de no ver gente. Quería evadirse, huir de sí misma hacia Dios sabe dónde; su espíritu se consumía en la vacuidad de los días sin amor y sin aventura.

Pedro oía asustado y se asustaba al sospechar las cosas, puesto que su entendimiento no abarcaba bien aquel hablar libre y despreocupado de la jovencita. A veces, apuntaba discretas opiniones, dejándose un camino para la segura rectificación que vendría en seguida.

—Sí; hace tiempo que eso del cine se ha puesto muy aburrido. No se dan bastantes puñetazos.

—¿Puñetazos?

—Bueno… quiero decir que se aburre uno. Y a propósito de esto; el domingo estuve en el cine, pero…

—Ya lo sé, te oí estornudar.

A Pedro se le hizo un nudo en la garganta. Algo más tarde pasaron ante un bar y ella propuso:

—Entremos a tomar un aperitivo; esto nos abrirá el apetito.

«¿Más todavía?», pensó el pintor. Y manoseando el duro, que solitario ocupaba el bolsillo, entró tras ella en el bar. A Pedro se le fue la imaginación por los campos de la Astronomía. Viendo servir los «vermouts» percibía cómo repicaban las cifras en el interior de su cabeza.

Siete pesetas, diez pesetas, mil pesetas… ¡Si fueran tres pesetitas!…, pero no; quince pesetas, ocho pesetas…

Se esforzaba por tranquilizarse pensando que aquello valdría menos de un duro. Pero no podía. Las cifras formaban cada vez más espeso galimatías que, poco a poco, le privaba la razón y las percepciones de la vida. Ella estaba allí, le miraba y parecía feliz. Más no hubiese podido desear el pintor. Pero estaba ausente y temblaba de miedo.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella una vez.

—¿Pasarme? —y empezó a reír como creyó que debía hacerlo. A

grandes carcajadas. Puede que fuese la primera vez en su vida que reía así.

No tardó en llegar el terrible momento.

—¿Qué… le debo?

Notó secas las fauces. Si le hubiesen preguntado entonces por Ana de Tordesillas, es seguro que habría dicho que no conocía tal nombre. Su única atención era para las palabras del camarero; aquel hombre, al que odiaba como a todos los camareros, iba a pronunciar su sentencia de muerte.

—Cinco pesetas —dijo.

—Acertó —y Pedro dijo esto ensimismado y sin saber por qué lo decía.

Cuando llegó a la buhardilla, encendió la luz eléctrica. Aquello era portentoso. La bombilla descansaba encima de un cajón y el hilo pendía con desastre por en medio del aposento. Pero hacía una luz magnífica. La esposa del hombre de la camiseta había ganado un sitio en el corazón agradecido de Pedro.

Se acostó y otra vez el techo fue toda su atención. Ana de Tordesillas había desaparecido del cielo raso. Tan sólo algunos pliegues de su falda escapaban por debajo de la nueva mancha. Akim el marinero estaba cojo, pero podía con aquello y con mucho más; en sus facciones aparecían los rasgos del héroe, satisfecho de la mutilación que le daba este derecho.

¡Pobre Ana de Tordesillas! Pedro miraba la nueva mancha y con una extraña ingratitud, apenas pensaba en lo que había debajo de ella. La jovencita del beso iría el domingo, si no llovía. Tal acontecimiento era suficiente para que no pensara en nada más, ella se había reído de Ana; él, ja, ja, ja, también se reía. ¡Pobre Ana de Tordesillas!

El gallo dormía indiferente; a él no le importaba nada. Quizá la luz eléctrica le producía cierta incomodidad, haciéndole emitir débiles cacareos. Pedro le presentó excusas.

—Perdona, amigo. Mi intención era traerte un poco de maíz, pero puedes estar seguro de que no ha podido ser. Ha ocurrido algo espantoso; tuve que tomar un aperitivo.

Extendió la mano para accionar el conmutador de la luz, y cuando llegó hasta él quedó inmóvil, y fijos los ojos en el techo. La mancha que cubría a Ana cobraba vida. Inesperados contornos se

plasmaban poco a poco, dando lugar a una forma nueva y alucinante. Pedro contenía la respiración. Maravillado, hacía conocimiento con el reciente aparecido que ocupaba la vacante de la difunta Ana de Tordesillas. Ya lo veía; era perfecto. Con un candor imaginativo que le producía dulce inquietud, hizo amistad con el angelito. Después, lo bautizó.

Horas estuvo contemplándolo, elevando a cada momento la perfección de sus rasgos. Por fin, vino el sueño, después de las buenas noches a todos. Akim el marinero cojo, el angelito Francisco, el caballo Plumero…, allí estaban todos velando el sueño justo y honrado del pintor, que les dio la vida que no podían tener.

XVI

El judío hablaba exaltado, golpeando con ambos puños el mostrador.

—No le puedo anticipar nada; nada. Todavía no sabemos si la exposición dejará algún dinero. A usted no le conoce nadie y lo más seguro es que no haya más que gastos.

Pedro oía silencioso. El hambre hacía de él un hombre peligroso, pero comprendía la razón del judío. Cada cual con lo suyo: lo justo era contener sus impulsos. El usurero usaba de su derecho; el dinero era de él y de nadie más, no se le podía obligar a que lo fraccionase entre los pedigüeños. Pedro era un pedigüeño. Comprendió con amargura la humillante condición, procurando ganar arrogancia con un modo de hablar que le devolvía su dignidad de señor.

—Está bien. Yo no exijo nada; ya que su bondad no responde a lo que le pido, creo que no podrá oponerse a que me lleve mis cuadros.

El judío parpadeó y, al fin, quedó mirándole muy fijo. Su mente le proporcionó en seguida un ardid de viejo comerciante:

—Conforme; puede llevárselos.

Pero no sabía que Pedro hablaba de veras. La ficción no figuraba en los hábitos del pintor, porque en su vida todo era demasiado real. Se introdujo resuelto en la trastienda y uno a uno, fue sacando sus cuadros. El judío le miraba con alarma y resistiendo a la claudicación. Quizá en el último momento flaquearía Pedro. La esperanza le permitía asistir con fingida cachaza a la pérdida de aquella fortuna. Llegó el instante definitivo y comprendió que el pintor no retrocedería. Era un obstinado.

—Escuche, don Pedro —dijo con voz persuasiva al verle marchar con unos cuantos cuadros debajo del brazo.

Pedro se detuvo.

—Pero… ¿la exposición?

—Al demonio la exposición.

—Tome, tome; no sea loco; espere.

Un billete de diez duros temblaba en la mano del judío. Pedro lo contempló con ojos apasionados y, sin que hablaran demasiado, estampó su firma al pie de un recibo que le presentó el usurero. Sin leerlo, tenía mucha prisa; cerca de allí vendían comida calentita, y poseía diez duros.

Antes de salir, el judío le hizo una invitación con la que esperaba ahorrar mucho dinero.

—Siempre que tenga hambre, don Pedro, en mi casa encontrará un plato de comida.

—¿Hambre yo?… —contestó Pedro haciendo extraños. Y cual ofendido, salió a la calle, antes de que le viesen bostezar otra vez.

Comió hasta hartarse. El equilibrio orgánico estaba logrado. Vivir era cosa buena; así pensaba andando sin rumbo por las calles de la ciudad. Como siempre, la gente iba y venía. Los automóviles y los tranvías procuraban hacerse imposible el tráfico unos a otros. En los jardines públicos jugaban los niños al sol. Hacia todas partes, ruidos diversos.

Pedro aceptaba con alegría las emociones del exterior. La civilización le parecía algo sorprendente y maravilloso. Los hombres triunfaban de la hostilidad de los elementos, trazando calles, levantando casas, e improvisando una belleza artificial que agradaba a los sentidos.

Frente a él, apareció un mercado. Las mujeres entraban y salían con cestas o sacos de los que rebosaban hortalizas. Era aquél un símbolo de fácil vivir. Burguesía. Le atrajo la fascinación de aquella techumbre, bajo la cual se amontonaban cantidades fabulosas de alimentos y se perdió entre los vendedores que, desde todos lados ponderaban a gritos su mercancía.

—Huevos frescos…

—Las mejores patatas, aquí…

—Atienda, señora, ¡qué pescadilla!…

Pedro andaba entre todos, observando y viviendo. La comida amontonada por doquier, hacía inconcebibles sus días de hambre. Las mujeres discutían con los vendedores, rebajando la calidad de lo

que al fin compraban. Todo era espectacular y vertiginoso. En un puesto de fiambres se amontonaban los jamones como dueños absolutos del espacio; allí, un hombre gordo afilaba sin cesar un gran cuchillo y cortaba trozos de jamón que alguien habría de comer. Allí estaba la antesala del festín de los ricos. Un millón de pesetas en jamones, un millón de pesetas en pescado, un millón de pesetas en carne… Aquel ambiente hablaba de millones y por él andaba la miseria.

—Deme un real de sardinas.

La voz era conocida. Pedro volvió el rostro y frente a él vio la joroba, raído en su cúspide el trajecillo gris que la cubría. El escritor envolvió dos sardinas en un papel y tuvo un gallardo reproche para el tendero.

—¡Qué pequeñas son!

Pedro le golpeó jovial la joroba y al punto oyó la voz del amigo:

—Cuánto me alegro de verte, Pedro. Me vienes de perilla. ¿Podrías prestarme un duro?

—¡Hombre! Así, de repente…

—Bueno, si no tienes un duro, creo que con dos pesetas podré arreglarme.

—Tuyas son.

El escritor era un perito en materia de mercados: decía:

—El que pasa hambre es porque quiere. Todo consiste en tener una cartera de piel y venir por aquí a la hora de levantar los puestos. En ese momento, el piso del mercado se convierte en una bendición del Señor. Al alcance de la mano hay entonces cuanto pueden ambicionar los espíritus más selectos: lechugas, tomates, patatas, pescado, y si hay suerte, hasta hay carne. Lo único molesto es que como lo ven a uno bien vestido, si alguien se da cuenta, produce un poco de vergüenza. Pero eso sólo ocurre los primeros días, después ya no importa.

Pedro le miraba asombrado y, sin querer, pensaba en aquello de «como lo ven a uno bien vestido»… No cabía duda de que el jorobado podía erigirse en rey de los optimistas. Sin embargo no pensó mucho en ello. Él no tenía una cartera de piel, pero tenía una capa de esclavina, bajo la cual se podían ocultar todas las riquezas del mundo. No más hambre. El jorobado le dio la clave para evitar la muerte por inanición y en pago a tan portentosas revelaciones no

le dio más que dos pesetas.

Más tarde, andando juntos por la calle, el escritor invitó con ceremonia:

—Entremos en esta «tasca». Por una peseta ración, dan un vaso de vino, dos trozos de chorizo, una aceituna y una anchoa.

Bebieron y comieron aquello en alegre compañía, pagó el jorobado y se despidieron hasta la hora del café. Lión, como siempre, era una tentación irresistible.

El resto de la semana no tuvo para Pedro más objeto que esperar el domingo. El resumen de todos los días fue invariable: Lión y buhardilla. Alguna vez, encontró al escritor olfateando como un can el piso del mercado; él también lo olfateaba y había conseguido un diestro disimulo para apoderarse de los comestibles abandonados. Tales ratos ponían a prueba su temple de gran señor, pero la capa de esclavina le salvaba de la indiscreción de las gentes. El gallo y él engordaban y la vida sonreía, porque los días que pasaban conducían a ella, con permiso de la lluvia.

Cada noche, Akim el marinero cojo, el angelito Francisco, el caballo Plumero… le despedían felices de verlo feliz, y antes de apagar el prodigio de la luz eléctrica, elevaban todos una oración por el alma de la finada Ana de Tordesillas. Después, el piano expandía por el barrio su canción de cuna para que Pedro se durmiese pensando en ella.

Sobre la buhardilla, las estrellas velaban el sueño tranquilo del pintor.

XVII

¡DOMINGO! Cuando Pedro abrió los ojos, el sol se filtraba por el tragaluz y, emocionado, elevó una plegaria de sincera gratitud. Las pequeñas cosas de todos los días se desarrollaban como acontecimientos grandiosos. La trompeta del basurero semejaba un dorado clarín anunciador de fastos imperecederos. El ruido de los tranvías chirriando en las curvas del centro de la población, era una sinfonía grata al oído. El parloteo de las comadres en la calle, música de ángeles para empezar el día.

Desde el tragaluz, las vertientes de los tejados, las chimeneas, los gallineros, la ropa tendida… todo tenía un aspecto brillante y evocador. El mundo estaba saturado de ella; se sentaría en aquella silla, él frente a ella, mirándose los dos y hablando. La felicidad estaba próxima; casi la tocaba, y atormentado por los minutos que distanciaban su llegada, saboreaba la inconsciente dicha de esperar.

Espiaba la calle desde el tragaluz. Cada esquina guardaba la incertidumbre de su acaso y Pedro las miraba alternando, impaciente, sin apreciar el paso del tiempo que medía insensiblemente con el tañir de la campana de la Catedral.

Las once. Ella dijo a las once.

—Caballerito amable, señora generosa… —el mendigo empezaba a las once.

Las iglesias llamaban a misa desde toda la ciudad; en el cielo volaban a miles los gorriones, atravesando el humo de las chimeneas.

Ella venía despacio. Aún se detuvo con una calma desesperante para dar una limosna al mendigo. Pedro se juró venganza; aquel miserable le robó a él un tiempo que le pertenecía y que su impaciencia tasaba a más alto precio que cuanto pudiera tener valor

en el universo.

Después se apostó en lo alto de la escalera. Ella seguía despacio, su taconeo se percibía lento en los peldaños más distantes. Pedro le reprochaba íntimamente esta calma, interpretándola como algo malo. Debía correr hacia él, como él mismo hubiese hecho. Si los dos se querían, lo lógico es que reaccionaran de modo semejante. Ella acudía despacio, con sus nervios firmes y sin alterarle la proximidad de Pedro.

Poco a poco, las pisadas eran más próximas y precisas.

—¡Por fin!

Pedro no dijo más. Ella se quitó el abrigo, dejándolo en una silla.

—Sillas nuevas —dijo.

—Sí; son excelentes, ¿no te parece? —y otra vez la señora del hombre de la camiseta fue objeto de un íntimo homenaje.

El anhelado momento había llegado, y con él empezaba la dificultad. Hasta entonces, todo parecía fácil y cómodo; pero la presencia de la jovencita complicaba las cosas hasta la desesperación. Pedro, en lucha con su timidez, no acertaba palabra. A ella no parecía preocuparle; aceptaba las cosas con indiferencia; sentose en una de las sillas y se pasó una mano por el pelo. Su atención se concentraba en el gallo y al mirarlo sonreía.

Pedro había olvidado el objeto de aquella visita. Para él, no podía significar más que una aventura; amor. Ella le quería; su candidez le permitía esta prematura seguridad. Sin embargo, ella le recordó algo fundamental.

—¿Cuándo empezamos?

—¿Empezar?

—El retrato.

Efectivamente, existía un compromiso. Pedro lo recordó y se alegraba de que así fuera. Un retrato requería sesiones, muchas sesiones; tantas como quisiera el pintor. Y una malicia extraña a su carácter, le hizo sonreír. Tenía en su mano un truco infalible para que la jovencita acudiese allí tantas veces como a él le diese la gana. A pintar, Pedro, a pintar. Así no era necesario hablar; la cosa no exigía más que quietud y contemplación. ¡Cuán feliz iba a ser pintando!

El carbón esbozaba los perfiles preliminares. La jovencita fumaba. Pedro y ella se miraban sin cesar.

—Esto está algo más limpio que la otra vez. ¡Y tienes luz eléctrica!

Pedro se llegó hasta el conmutador y lo hizo funcionar. Su expresión era de triunfo al mostrar la bombilla encendida encima del cajón. A la jovencita le impresionaba la candorosa actitud del pintor. Aquel hombre vivía allí; sólo, rodeado de suciedad y al parecer feliz. Era algo raro y con seguridad, distinto a todo.

—Dime, Pedro, ¿eres feliz?

—¿Feliz? —Se sentó en el camastro y meditó—. Sí —dijo—, ahora sé que soy feliz, y mucho.

—Creo que no me entiendes; no digo ahora. Ayer, hace un año, quizá antes que eso…

Pedro se extrañó de sí mismo; no podía mirar atrás. En su vida no había más que porvenir, y éste, estaba seguro que sería dichoso.

—No sé; sólo sé lo que soy. Lo que era ya pasó. Todo fue demasiado extraño y casi parece mentira. No suelo pensar en esas cosas; puede que nunca piense en nada. Mi vida es sencilla. Como, duermo y, gracias a eso, vivo. Sólo vivir. Ahora es algo más, tú estás aquí. ¿Entiendes?

—No.

—Ni yo. No pensemos demasiado; el gallo tampoco piensa y mira cómo camina de un lado a otro. Pensar es desesperarse, puesto que todo suele ser desagradable. La felicidad no puede existir más que en la belleza y la belleza se busca, se persigue y nunca se llega a ella. Tú eres bella, pero tu belleza no está aquí con nosotros, está más allá de lo que ni tú ni yo ni nadie, podemos alcanzar jamás. Así eres y así te veo. Puede que yo mismo no sepa lo que he dicho, pero sí sé lo que quiero decir.

—Explícate, Pedro. De veras, te aseguro que me estoy haciendo un lío.

—No sé explicarme. Un día me besaste; otro día, también me besaste. Nunca me besó otra mujer. Ese fue el principio de todo y no puedo decir más.

La jovencita estaba anonadada y confusa. Pedro la miraba desde detrás del lienzo y tan sólo el deslizarse del carboncillo estorbaba la quietud de la buhardilla. Pedro gozaba como nunca. La doble emoción de verla y pintarla, superaba sus momentos de mayor intensidad. Ya no contaba la torcida astucia del comienzo; pintaba

con toda su alma, pendiente de aquella huidiza belleza, a la que, poco a poco, se iba acercando. ¿Llegaría a ella? No. Sabía que conquistar la máxima belleza era llegar a Dios, concebir el infinito. Ella le ayudaba mirando a sus ojos, y en algún momento, llegó a creerse distanciado de los humanos y solo, en aquel algo indefinido donde lo bello era sublime y único.

La jovencita se mostraba inquieta e impaciente. Condenada al silencio, ni siquiera podía fumar. Pedro le había suplicado que no fumara porque descomponía las facciones. Su único recurso consistía en mirar el gallo y esto no le parecía, al fin, muy divertido.

—Pedro —dijo.

El pintor no contestó. Es seguro que no quedaba en la buhardilla más que la estampa astrosa de su cuerpo: eso era muy poco. Sus sentidos pendían del cuadro y no percibían las cosas del ambiente. En aquel momento, empezaba a dar el color.

La jovencita se levantó contrariada. Su rebeldía se manifestó encendiendo un cigarrillo. Entonces, Pedro volvió a la vida suplicando una disculpa que creía obligada, pero cuya causa ignoraba. Ella volvió a decir algo:

—Me aburro.

Y Pedro no supo qué decir; no entendía aquello. Él percibía sensaciones no imaginadas; se creía compenetrado con su modelo, suponiéndola partícipe de parecidas emociones a las suyas. Ella se había sentado en el camastro del rincón y ofrecía uno de aquellos cigarrillos insípidos.

—Siéntate aquí, Pedro, y descansemos un rato. Debes estar cansado.

—No, no lo estoy; a veces pinto días enteros. Sin comer ni beber; es algo magnífico conseguir un propósito sobre el lienzo. Lo único lamentable es que se acabe la luz. Entonces no se ve el color y hay que dejarlo, pero no me canso. Claro, que no pinto siempre; es preciso estar en condiciones para poder hacer lo que uno quiere. No creas que es fácil: se lucha, se sufre y, muchas veces, se fracasa y hay que empezar de nuevo, después de muchas horas perdidas.

Ella escuchaba sin interés. Pedro, a su lado, descendía poco a poco a la vida, dándose cuenta de ella. La tenía muy cerca, tanto, que percibía el calor de la jovencita sobre su propia carne. Comenzó a hervirle la sangre. El retrato desapareció instantáneamente como

preocupación. Ella sola, por sí misma, volvía a serlo todo. Dulzura, emoción, martirio. La actitud de Pedro debía responder a todos estos íntimos sentimientos. Algo le impulsaba a humillarse a sus pies y gemir por su amor: así era su deseo. Pero ambicionando con toda su alma la decisión necesaria, aceptaba desesperado su pobre capacidad para hacer lo que debía hacer. Quizá ella lo estaba esperando.

El tiempo contaba y el silencio se hacía eterno. Ella le ayudó un poco.

—¿Por qué entraste en la clase de Biología?

Estaba perdido. ¿Lo diría? Lo debía decir. Entró porque estaba loco por ella. Sólo por eso. Callar era dar a entender. El silencio, camino más fácil, fue su aliado. Bajó la cabeza y se cubrió la cara con las manos.

—¿Lo entiendes ahora? —dijo.

Ella también calló. Callar o decir sí, daba lo mismo. Se comprendían sin hablar más y desde entonces pasó tiempo sin otros sonidos en la estancia que los discretos cacareos del gallo, en su andar incansable de un lado para otro.

Pedro respiraba con fatiga. Extraños temblores le recorrían el cuerpo y sin acertar por qué, tenía gana de llorar. Pero no lloraba. Sus labios plasmaban una permanente sonrisa bobalicona que no quería decir nada.

—Es tarde —dijo la jovencita.

—No te vayas.

—Es tarde —repitió.

A Pedro le amargaba la idea de la separación y, de pronto, pensó en el retrato que había empezado. No lo terminaría; estaba seguro. Ella obstaculizaba todo intento con su presencia; en adelante no podría prescindir de ella como mujer y para pintarla era preciso conseguir absoluta independencia de espíritu.

La jovencita se estaba poniendo el abrigo. Pedro se dio cuenta entonces de que había malgastado mucho tiempo. Sólo quedaban unos segundos para rectificar y si los perdía le esperaba la tortura de muchas horas de arrepentimiento.

—¿Me dejas que te bese?

Jamás comprendería si fue un arrebato de locura, o si verdaderamente fue capaz de decir aquello. Se había puesto en pie

y tembloroso, mantenía en ella su mirar encendido.

La jovencita no dijo nada; acercose a él, le miró a los ojos y esperó en completo abandono.

No ocurrió nada normal. Pedro sintió exacerbado el temblor que recorría su cuerpo y durante un momento contuvo indeciso una gran inspiración. Después, como espantado de sí mismo, fue retrocediendo poco a poco, y sin saber lo que hacía se dejó caer sobre el camastro. Ella se dirigió hacia la puerta y, muy despacio, igual que vino, se fue.

XVIII

La crítica hablaba del genio, de la revelación del siglo, de lo que no podía ser…

Pedro no podía creer tanto. El éxito de la exposición superaba sus más ambiciosos deseos. La gloria era con él; muy pronto tendría dinero: muchísimo dinero. Su apoderado, el judío, se frotaba las manos y aquello era un síntoma alentador.

Su fotografía encabezaba larguísimos artículos que llenaban las páginas de todos los periódicos. Sus cuadros eran reproducidos por los fotógrafos y antes de cerrar la exposición ya le prometieron dinero por la exclusiva de las reproducciones. Las ofertas llovían. Personas de la mejor sociedad solicitaban ser pintadas por el maestro. El porvenir era oro purísimo.

Pedro estaba alarmado por aquel repentino torrente de popularidad. No quería ver a nadie y se cerró en su buhardilla para huir al inevitable asedio de los periodistas y los cazadores de autógrafos. Sus caricaturas, aquellos trasnochados dibujos a peseta, empezaron a cotizarse y los privilegiados mortales que tenían entre sus papeles uno de aquellos dibujos, los rescataban asustados por su despreocupación de otros días, y con mil precauciones para evitar el deterioro de la alhaja, la incluían en marcos carísimos y colocaban en lugares preferentes de la casa. La firma de Pedro se había convertido en una entidad bancaria.

Mientras tanto, él permanecía en casa, sin un céntimo y sin atreverse a salir de allí. Ni siquiera podía ir al levantamiento de los puestos del mercado a compartir con el escritor el alto privilegio de poder comer. Otra vez tenía hambre y la importancia que había ganado su persona hacía de él un ser curioseado y perseguido, tan pronto pisaba la calle. La sola idea de salir de casa, le causaba

horror. Parecía como si las multitudes estuvieran apostadas detrás de todas las esquinas para asaltarle con preguntas absurdas.

¿Qué opinaba de los toros?… ¿Y el futbol?… ¿Prefiere usted los toros, o el futbol?… ¿Cree usted en el porvenir del cine?… ¿Qué escuela de pintura era a su juicio la mejor?… ¿Es mejor hoy la pintura que era antes, o se advierte en ella decadencia?… ¿Piensa exponer en América?… ¿Cuál es su deporte preferido?… ¿Practica la natación?…

Los odiosos periodistas le habían preguntado todas esas cosas y muchas más. Nadie, sin embargo, se había interesado por su vida, su verdadera vida. Él sabía que era grande, pero la medida de su grandeza no la comprendían las multitudes. El judío inició una hábil propaganda y la masa repetía que aquello era bueno, porque se lo habían dicho. No entendían nada de nada y en el recinto de la exposición sonaban a diario las disparatadas opiniones de los que estaban convencidos de que fueron a ver una gran cosa. Quizá fuera lo que decían; por lo menos, aquellos lienzos eran trozos de un alma que sabía de inmensidad sin concesiones escolásticas para la técnica. Pero es seguro que, sin aquellas primeras críticas costeadas hábilmente por el judío, Pedro habría seguido siendo Pedro: el calderillero, el olvidado.

Saboreaba la gloria como algo amargo y triste. Le parecía excesiva y disparatada; él no podía ser ni valer tanto. Sin embargo, algo había en su popularidad que le halagaba: la olvidadiza jovencita del beso habría sabido de él. ¿Dónde estaría? Aquel retrato sin terminar hablaba de la última vez que estuvo allí. Dos meses de olvido era ya demasiado tiempo para alentar las esperanzas del pintor. Ella fue en sus días el enlace del mundo extraño de los demás, con la apartada intimidad de Pedro. Una vez, estuvo en el cine; otra, tomaron un aperitivo en un bar del centro. Ella pudo haberle ayudado a vencer la crisis de popularidad porque atravesaba, conduciéndole con pasos seguros entre la espesa multitud. La amaba más y más cada día que pasaba. La concentración espiritual de su buhardilla agrandaba el recuerdo. Sólo ella, desde la calle, había vencido el hermetismo del pintor, haciéndole concebir ideas de expansión hacia el exterior. Pero se fue, y con ella el afán de lucha y la ambición de juventud.

Sólo la idea instintiva de subsistir vivía en el cerebro ausente de

Pedro. Y ahora que no valía nada, rota su existencia espiritual, el mundo le aclamaba como el mejor. La máquina de sus manos no podía pintar lo que pintó el alma en los tiempos de inquietud. Sentíase envilecido y sin valor alguno; además, tenía un hambre disparatada que, como otras muchas veces, le hacía mirar al gallo con deseos de asesinato.

Ocultándose como un malhechor, caminaba por la calle. Sus amigos estaban en Lión. Entre ellos, la vida se deslizaba más fácilmente. La arrogante miseria de cada uno se consolaba con la de todos y, juntos, seguían soñando. Vivían la felicidad de mañana, seguros de ella y, sin que lo supieran hoy eran felices pensando que iban a serlo.

Su llegada fue una continuación de la apoteosis de aquellos días turbulentos. Hasta el médico se creyó en el deber de pedirle un préstamo de cinco miserables duros. La claridad mental del dipsómano galeno hacía evidente que estaba sin un céntimo. Aquella tarde, en la mesa de Lión, no había más que una botella de agua de seltz y cuatro vasos. El camarero no consintió en fiar ni un sorbo de café para repartirlo entre todos los reunidos; era un guardián mal pagado del capitalismo, según una feliz y celebrada expresión del filósofo.

Pronto se supo que Pedro estaba tan en ruina, o quizá más arruinado que ninguno. En dos días no había franqueado su boca ni una miga de pan; aquello era grave y solicitaba de sus amigos algún socorro que le permitiese recibir en vida la fabulosa fortuna que caminaba hacia sus manos.

—… me he comido toda la comida del pollo y ahora me estoy comiendo las plumas. Creo que si le quedase carne, no habría podido resistir la tentación de comérmelo; pero el pobre está hecho un esqueleto y da náuseas de tan desplumado…

—Toma.

El escritor estaba conmovido. Sacó del bolsillo un pan y se lo ofreció.

—Hoy he comido bastante bien y para esta noche tengo una botella de leche. Cómetelo y ya me lo devolverás.

En los ojos de Pedro se manifestaba una gratitud ultraterrena, mientras devoraba el pan a una velocidad de vértigo. Todos los amigos de Lión le contemplaban en silencio. Cada uno sabía lo que

era aquello y transigían indiferentes a las avariciosas dentelladas que se llevaban el pan de la vista. De vez en cuando, Pedro bebía agua de seltz y se enjuagaba la boca antes de tragarla, para que no se distrajese una sola miga.

Más tarde, el arte se instituyó en tema de inquietud de los reunidos. Volvían a divagar. El médico opinaba.

—El arte es un modo de hacer las cosas. Todo el mundo es artista, porque arte es todo y es nada. La humanidad alberga sentimientos artísticos y cada uno los interpreta a su modo. Nadie es indiferente a lo que le gusta. Todos sabemos lo que es bonito y lo que es feo, aunque en este punto discrepen las apreciaciones. La belleza en sí no es más que algo relativo; no existe unanimidad para su apreciación y en el momento de establecer calidades, se valora la opinión de los que pueden dejar oír su voz; los críticos. Hay dos clases de críticos, los hambrientos y los que comen. Aquéllos escriben al dictado del mejor postor; los otros, a veces, también. Los elegidos, que se aplican a sí mismos este nombre y pueden valorar la calidad, son por lo general unos seres amargos que siempre dicen que no. En eso precisamente radica la categoría del entendido. El artista cree en él mismo y cuando le dicen que no, intenta superarse, aunque de antemano él dice que sí, que lo suyo es bueno. Y todos, cada uno en lo suyo, pueden hacer arte, aunque la confección de un par de zapatos no pueda tenerse por tal.

—Yo veo las cosas de otro modo —dijo el filósofo—. Creo que confundes dos cosas completamente distintas; arte y artesanía. El artesano no puede ser artista y el artista vive encarcelado si no desenvuelve su espíritu creador. Arte es crear. Artesanía, repetir lo creado. Nadie que no sea capaz de crear es artista, porque esta capacidad no nos acompaña a todos los que vivimos. Pedro es un artista, yo no. Él sabe superar lo sucio de la realidad y encontrar la escondida belleza que nosotros no podemos ver hasta que nos la enseñan los espíritus superiores. Cierto que lo bello es relativo; pero lo sublime es único y sólo asequible a los espíritus cultivados, que son los que verdaderamente pueden comprender. Los otros son masa impura y tosca. Se mueven como las colonias de microbios, hacia los colores más luminosos y carecen de sensibilidad. Ellos, dices tú que tienen concepción artística, yo digo que son bestias de pesebre.

Se oían unos a otros en silencio. A cada uno se le reconocía el derecho a consumir un turno sin interrupción. El escritor no se quedó fuera de la interesante disputa.

—Uno y otro tenéis razón y no la tenéis ninguno de los dos. Bueno estaría que en tan intrincado asunto como nos entretiene, pudiese alguno estar en lo cierto. Fuera de aquí, en el mundo, la razón la tiene el más hablador o el que más grita. Nosotros somos gente sensata y no podemos conformarnos con las conclusiones inmediatas. Supongo que el arte es hijo natural del artista y su apreciación privilegio de unos pocos, como bien se ha dicho. Pero ¿qué es un artista? He aquí el problema: artista, queda sabido que es un creador de arte; pero ¿qué es arte? He aquí otro problema. ¿Dónde está la divisoria entre arte y artesanía? Creo que la tal divisoria es tan imprecisa, que ni esos mismos espíritus selectos fuesen capaces de apreciarla. En los extremos, el artista y el artesano son seres perfectamente definidos, pero en el límite de separación se confunden. Pero hay más: a un pintor, por serlo, se le llama artista y a un zapatero, por la misma razón, es llamado artesano. Todos sabemos que hay pintores que pintan de memoria y zapateros que trabajan con su imaginación para crear un modelo de zapatos, ¿cuál de los dos es el artista? Creo que el arte se puede manifestar en cualquier sitio y de cualquier modo. Esta es mi razón y aspiro a tenerla. No obstante, quedarme solo con ella, es privaros a vosotros. Así, pues, no tenemos razón ninguno de los tres. No concibo cómo en estas cosas que se acercan a lo divino, pueda haber inteligencia humana capaz de poseer la verdad; ella es superior a nuestros sentidos y tenemos que aceptar nuestra pequeñez para interpretarla. Dios nos ha facultado para razonar en torno a las cosas que son suyas, pero no para entenderlas. Según esto, todos estamos equivocados.

—Todos, menos yo —dijo el representante—. El arte consiste en convencer a un tendero para que compre una partida de botones de nácar…

—Que se calle —dijeron todos.

Pedro dijo lo suyo.

—No existe el arte, no existen los artistas, todo es mentira. No existe, porque lo intangible no puede existir. No sé si podéis entender esto; yo pretendo entenderlo cada día y siempre estoy

demasiado lejos. Las concepciones flotan en el espacio y jamás llegan a la vida, se escapan antes de ser. Hay momentos sublimes durante los cuales vivimos engañados en pos de una nebulosa imposible y, cuando la creemos nuestra, se esfuma y aparece el vacío inmenso y sin límites. He visto muchas veces al angelito Francisco; todos los días lo veo, me mira y habla conmigo. Sé cómo es, pero él está allí con los suyos, yo pertenezco al mundo y jamás podré pintarlo. Él es una obra de Dios; yo no soy más que un hombre.

La palabra de Pedro era la más prestigiosa en aquel asunto y todos callaron. El silencio les invitaba a meditar y lo hacían en torno a la botella de agua de seltz.

Un personaje extraño a ellos les distrajo con su irrupción inesperada. Le acompañaba un niño deforme, con el cráneo alargado y dientes de rejilla. Pedro fue el objeto de su presencia. Las efusiones se sucedían y los elogios al arte inconcebible y exquisito del pintor abrumaban a éste, que poco a poco se encogía en su asiento sin acertar una evasión. Pronto quedaron aclarados los propósitos del intruso.

—… no me dejará marchar sin atender una súplica, querido amigo. Quiero dar una sorpresa a mi mujer y espero de su bondad que le haga una caricatura al niño.

El niño por sí, ya era una caricatura, pero esta idea que estaba en la mente de todos, murió ignorada. Pedro buscaba angustiado la excusa que le salvara del trance, pero más rápida que la suya, trabajó la inteligencia del representante. Para hablar se había puesto en pie.

—¿Sabe usted que don Pedro no hace caricaturas por menos de trescientas pesetas?

—¿He dicho yo algo que se oponga a eso? —adujo el solicitante.

Sin saber de dónde, a las manos de Pedro llegó una cartulina y un lápiz.

Pedro pintó con mano hábil, sobre la mesa cayeron tres billetes de cien pesetas y el contratante desapareció con el niño y riendo a carcajadas, al contemplar la cartulina que mantenía en la mano.

—¡Somos ricos! —exclamó el médico.

Al poco, la puerta de Lión era estrecha para permitir la salida tumultuosa de los cinco famélicos. Al frente del grupo andaba su

capitán jorobado gritando con entusiasmo:

—¡A comer! ¡A comer…!

XIX

El usurero liquidó a Pedro cerca de doscientas mil pesetas. Mucho dinero; demasiado. Pedro no sabía qué hacer con él. Podía firmar cheques, comer bien, comprar lienzos, pinturas, tabaco… todos sus deseos quedaban satisfechos en el acto.

Pero una nueva preocupación le mantenía cerrado en la buhardilla contemplando con angustia al gallo. El animalito estaba enfermo. Con la cabeza debajo del ala, flaco, mugriento y desplumado, no quedaba en él nada de la vieja arrogancia con que en otros tiempos paseaba por la buhardilla.

Su amigo el médico movía negativamente la cabeza al contemplarlo y daba pocas esperanzas. Las inyecciones no producían ningún efecto; sin duda, el bicho haría muy pronto compañía a Ana de Tordesillas. Akim, el marinero cojo, el angelito Francisco, el caballo Plumero…, todos estaban apenados. Los amigos de Lión acudían a diario a interesarse por la salud del gallo y pedían cien pesetas prestadas. Después se iban muy acongojados. Pedro estaba agradecido a su interés.

El médico era el único que no pedía cien pesetas. Pero nunca salía del aposento hasta que estaba completamente borracho. Pedro tenía para él una gran cantidad de botellas junto al camastro y allí se almacenaban a medida que se iban vaciando.

La enfermedad del gallo era pulmonía. El médico lo aseguraba y así debía ser. Puede que no estuviese muy ducho en cuanto a la constitución de los pulmones de las aves, pero Pedro no podía sospechar tal cosa; confiaba en su amigo, su ciencia era algo incomprendido por el gran mundo, pero no por él. Además, estaba convencido de que nadie podría interesarse con más celo por la vida del animal. La humanidad era egoísta, se mimaba a sí misma como

cosa superior a los demás seres de la creación. ¿Un gallo? ¡Bah! ¿Qué era un insignificante gallo? ¡Lástima de comilona que se pierde! Pero nada más. Egoísmo, incomprensión.

Su amigo el médico era un hombre sensible. Sufría como él por todos los desgraciados, viviendo sus amarguras. Pedro estaba seguro de él; pertenecían a un mundo muy pequeño, donde las cosas eran distintas. Ellos se comprendían.

Se había ido el médico. El gallo no se resistía ya a las inyecciones. Su reciente pasividad le decía al pintor que estaba muy malo. Sufría Pedro. Un débil cacareo continuo, repetido día y noche, hacía del recinto un lugar tenebroso. La muerte se asomaba por el tragaluz y extendía sus brazos buscando a ciegas por la habitación. Pedro cerró la ventana de modo permanente e hizo colocar un vidrio que estaba roto.

Las golondrinas empezaban a llegar y la familia viajera de todos los años ocupaba el nido de debajo del alero. A veces, repicaban con sus alas en los cristales y Pedro presentía el retorno de viejas emociones. El sol de la primavera entraba cada mañana en el estudio. Pedro miraba alarmado hacia el rincón del gallo, esperando encontrarlo tendido. Aún vivía. Las golondrinas eran la vida misma; el gallo, el fin miserable. Contraste. Las horas sonaban con el doble sentido de la vida y la muerte y pasaban para nada.

El gallo no dormía ni quería comer. Quizá no se había muerto ya, merced a las inyecciones reconstituyentes que en número de dos diarias le administraba el médico. Pedro creía en la ciencia y en los reconstituyentes. Aquellas inyecciones debían ser infalibles. Sin embargo, al gallo no le probaban y si así era, habría que admitir que no quedaba en la tierra un remedio capaz de salvarle.

Otra mañana, apareció el gallo echado en el suelo. Aún vivía. Las patas alternaban en un movimiento tembloroso extendiéndose rígidas para cruzarse una con otra y deshacer al poco el movimiento. Pedro se acercó a él y lo tomó en brazos. Los ojos del animal se abrían y cerraban, el pico estaba abierto y por él respiraba con fatiga; la cresta presentaba la lividez de los cadáveres. Al parecer, el bicho se debatía en tremendos esfuerzos para vencer la asfixia. Sin duda alguna, aquéllos eran sus últimos momentos.

Pedro sentía una gran compasión. Notaba el corazón del animal latiendo a gran velocidad bajo su mano que se abrasaba a través del

escaso plumaje. Con cuidado, lo depositó sobre el camastro del rincón, tapándole el cuerpo con la manta de lana; la cabeza y la cresta descansaban sobre la mugrienta almohada.

Pedro, sentado en una silla, se prometió no abandonarle hasta el fin. Lo miraba enternecido. A veces, la garganta del pintor se contraía por inevitables espasmos. En el techo, todos los compañeros contemplaban con amargura al amigo que se iba.

Siempre fue bueno. Pedro pensaba en esto torturado por el remordimiento de sus propias villanías que acudían a su memoria. Le robó el maíz, y no sólo eso; en momentos de locura le había arrancado plumas que vorazmente se comió en presencia de la víctima. Pasaron juntos los tiempos difíciles y cuando la prosperidad llegó a la buhardilla, se marchaba sin saber de ella el más sufrido de sus habitantes. Ahora, el piso estaba sembrado de maíz, de granos de todas clases, de verduras, de hortalizas… Todo inútil. El gallo no quería comer nada y Pedro ya no era un ladrón de su comida.

El médico se retrasaba. Pedro consumía el tiempo fumando cigarrillos y atento a los ruidos de la escalera. Estaba impaciente. Creía en su amigo y aún mantenía la esperanza. Quizá él se engañaba temiendo más de lo debido. El médico sabía cosas de la vida, que no son del uso corriente entre los profanos. La palabra de su amigo tenía entonces un valor difícil de superar. No quería pensar lo peor, pero la mala idea forzaba su entendimiento para penetrar en él.

Akim el marinero cojo, el angelito Francisco, el caballo Plumero… también estaban impacientes.

Llegó el médico. En la torre de la Catedral habían sonado, cinco minutos antes, once campanadas.

—¿Qué? —Pedro interrogaba con la voz y con todos sus sentidos.

El médico mantenía su mano experta sobre el costado del gallo, moviendo negativamente la cabeza.

—Falla el corazón.

—¿No se puede hacer nada?

—Intentaremos. Voy a ponerle una inyección tónica. ¡Si pudiera resistir esta crisis!

Pedro veía vida en el líquido que a través de la aguja penetraba

en el desvanecido gallo. Después, se acercó una silla y se sentó junto al camastro del rincón. Esperaba. El médico sentose a su lado en otra silla y, como su amigo, también contemplaba la cabeza del animal, que emergía por encima de la manta de lana. Ambos estaban silenciosos; el médico tenía entre sus piernas una botella y de vez en cuando vaciaba parte de ella en su estómago.

Seguía el tiempo. En la torre de la Catedral sonaron las doce. Se oía al mendigo en la calle, aunque los cristales del tragaluz atenuaban su voz.

El gallo cerró el pico un momento; parecía respirar mejor. La cresta empezaba a perder el alarmante color morado. Mejoraba. Al poco, se debatió bajo la manta y quedó destapado. Se movía mejor y su voz se hizo fuerte y segura. Pedro y el médico se miraron. Los ojos del pintor brillaban animados; había en ellos gratitud y alegría. Siguieron contemplando.

La esperanza se afirmaba a cada instante. El gallo respiraba con normalidad y hasta intentó enderezarse, aleteando para no caer.

La jovencita del beso entró muy despacio en la buhardilla.

—Hola.

Pedro no percibió emoción alguna al saludarla.

—Siéntate aquí.

La tercera silla fue ocupada por la joven y al poco, los tres miraban ensimismados al gallo. Ella apenas se daba cuenta de lo que hacía, pero la atención de aquellos dos hombres interesó la suya y observaba sin pestañear. Pedro intentó una explicación que él consideraba suficiente.

—Está mejor, ¿sabes? Le ha probado mucho el tónico.

Le constaba que ella compartía gran parte de su sentir. Los meses parecía como si no hubiesen pasado. Ella había vuelto; puede que aquello fuese algo emocionante. Pero el gallo estaba en un mal trance y absorbía toda la atención. Ella se hacía cargo. Comprensión e inteligencia, eran prendas que Pedro le atribuía sin motivo alguno.

El gallo seguía debatiéndose, pero, a pesar de que sus movimientos resultaban más seguros a cada instante, la cresta se tornaba de nuevo violácea. Más violácea a cada momento. La inconsciencia del animal no le permitía ahorrar aquellas preciosas energías que estaba malgastando.

—¡Bah! —exclamó el médico—. ¡Si se estuviera quieto! Su corazón no resistirá.

—¿Lo sujetamos un poco?

—Será peor. No se moverá, pero hará más fuerza y terminará antes.

Pedro acusó el golpe. En las palabras del médico no podía haber error. Confiaba en ellas como en un oráculo. Otra vez, su garganta empezó a contraerse y su respiración se hizo entrecortada.

—Por favor, ten conocimiento y estate quieto. Si saltas demasiado acabarás matándote. —Hablaba con afán de persuadir, intentando taparlo con la manta de lana.

Pero el inconsciente animal, al ver que se acercaban, redobló sus insensatos movimientos y, al poco, volvía a abrir el pico. La cresta se amoratá mucho más; en ella no quedaba ni un leve tono rojizo. Pedro se retiró desalentado a su silla para seguir contemplando el desastre. La jovencita estaba impresionada.

—¡Pobre animal!

El alma de Pedro captó la frase. Ella sentía como él y ambos se hermanaban en dolor. Así pensaba. Víctima de su locura, el gallo aquietaba el aleteo, dando evidentes muestras de asfixia. Las patas quedaron rígidas, apoyó la cabeza en la almohada y quieto, muy quieto, entonaba su garganta una rápida sibilancia que no era más que agonía.

A Pedro se le erizó la piel recordando su mano criminal crispada sobre el cuello de aquel infeliz una noche ya lejana. Era el mismo silbido, el estertor que se avecindaba con la muerte. Entonces como ahora, la tragedia se presentía en el recinto de la buhardilla.

Poco a poco, fue cesando la débil respiración. Pedro aguzaba el oído para percibir lo que no era posible percibir. Quería oír, pero ya no oía nada.

El médico cubrió con la manta al animal y los tres quedaron silenciosos velando el cadáver.

XX

PEDRO entró en relación con una existencia desconocida y odiosa. La jovencita le arrastraba hacia el ignorado artificio de la vida. Sin saber cómo, se encontraba en casa del sastre, rígido, avergonzado y consintiendo que un amanerado mequetrefe le tomase medidas por todo el cuerpo.

Nadie le condujo hasta aquel lugar. Él mismo había ido por propia voluntad, con la agravante de haber pedido una recomendación al hombre gordo de la camiseta. Estaba irritado consigo mismo. Consideraba aquello como una concesión a la estupidez de las multitudes, a las que se obstinaba en no pertenecer. No era eso lo peor; sabía que estaba en el principio y que le esperaban acontecimientos mucho más graves. Ella hablaba de las cosas que le eran gratas. Paseos, cines, cafés, bailes… en una palabra, multitud. A Pedro le horrorizaba la idea de perderse entre la masa como uno más, y vivir al ritmo uniforme de la burguesía.

Pero ella no tenía la culpa. Al parecer, encontraba amenidad en aquellas charlas interminables de la buhardilla y no le pedía otra cosa. Allí iba; se sentaba en una silla, en el camastro del rincón, en cualquier parte…, encendía cigarrillos y hablaba con una enloquecedora música de palabras. Pedro la oía y hablaba también. Del gallo, de Ana de Tordesillas y de los vivos. Ella ya los conocía a todos: a Akim el marinero cojo, el angelito Francisco, el caballo Plumero…, hasta la vieja del rincón, eran ya sus amigos. Odiaba al mendigo, amaba las golondrinas y sentía una rara fascinación por aquella vida de buhardilla, aceptada como una aventura que exaltaba su juventud.

Pero al fin se iba y él se quedaba.

—Tengo que irme; es tarde.

Pedro conocía sus pasos, e iba al cine, al baile, al bar, hacia su otra vida, en la que él no podía entrar. Una vez, ¡qué espanto!, se le hacía tarde para irse al boxeo; a ver como dos salvajes casi desnudos se golpeaban como brutos. ¡Ella se iba al boxeo! y por eso dejaba su compañía…

No podía entender aquello. La jovencita acudía a él con espontánea familiaridad pero, inesperadamente, se ponía en pie y se iba. No le había vuelto a besar. Ni él consiguió valor para franquear la modosa compostura de un interlocutor desapasionado.

Pero estaba decidido a vencer sus prejuicios y penetrar los dominios de la estupidez. Amaba a la jovencita con extraordinario apasionamiento. Por ella sería capaz de cualquier cosa. Los celos le atormentaban cada vez que ella empezaba a bajar la escalera.

Asomado al tragaluz la veía en la calle, iba sola; pero, más allá de la esquina…

Después, quedaba absorto y mirando al mendigo. En sus ojos brillaba entonces una ira imposible de desahogar y maldecía, como único recurso, la estampa del salmodiero.

El traje era gris y a grandes cuadros que delimitaban rayas múltiples. Era una tela muy llamativa. Según el sastre, se trataba de auténtico paño inglés de última moda. Pedro tenía prisa por verlo terminado. ¡Vaya sorpresa que preparaba a la jovencita!

La esperaba asomado al tragaluz, y nervioso. Todo era nuevo: traje, camisa, calcetines, zapatos y, hasta una corbata, a grandes franjas azules y blancas, substituía a la acostumbrada chalina. Se sabía imponente y al ver sus viejos andrajos amontonados en el camastro del rincón, sintiose algo avergonzado de ellos y los ocultó bajo la manta de lana. Fumaba unos cigarrillos iguales que los de ella, porque eran los más adecuados a su elegancia. No le gustaban, pero tampoco le gustaba la ropa nueva y la aceptó como un mal necesario. Ya venía. ¿Cómo estaría mejor? ¿Sentado en una silla? ¿De pie? No, en el camastro del rincón, o tal vez asomado a la ventana: sí, así; asomado a la ventana, fumando un cigarrillo y mirando con indiferencia al espacio. Ella ya estaba allí; lo sabía. Pero siguió mirando fuera, sin volverse; que lo contemplase un rato.

La jovencita no hizo alusión alguna. Sentose en el camastro del rincón y con una pierna sobre otra, fumaba y hablaba de las cosas de siempre. Pedro sintiose humillado y confuso. Paseaba ante ella

de un lado para otro y ella no le prestaba mejor atención que había prestado al gallo en otros tiempos. Ella había visto una película estupenda. Un hombre enamorado de la mujer de su amigo y la mujer del amigo, enamorada del hombre; algo para poner los pelos de punta. Pedro no oía: pensaba en su traje y en su fracaso. Percibía la sensación de un ser abandonado. La jovencita no pensaba en él. No pensaba, no lo miraba, él no existía. Sólo existían las películas absurdas.

Se detuvo en el centro de la estancia y la desafió con la mirada. Ella seguía hablando. El amigo se había enterado al fin del desvío de su mujer… ¡Qué importaba eso! ¡Al diablo el amigo y su mujer! Su traje, su traje era lo verdaderamente importante. No lo pudo remediar.

—¿Qué te parezco? —dijo a destiempo y con palabras apresuradas.

Ella suspendió su narración. Le hizo gracia la pregunta y empezó a reírse. Pedro aguantó como pudo su desilusión, pero al cabo, se rehízo al oírla.

—Estás muy elegante.

Así, elegante. Por fin lo dijo. Ya se podía sentar un rato y tolerar el disparatado argumento de la película.

—¿Y qué; lo mató?

—No. El marido le escribió una carta a su amigo y otra a su mujer diciéndoles que él se marchaba dejando el campo libre. Entonces, ella se va detrás de su marido y el amigo detrás de ella. El coche del amigo vuelca, éste se mata y marido y mujer se van a pasar la luna de miel a una casita que, según parece, tenían en el Canadá. Es formidable; tengo que ver otra vez esta película. Ya hacía tiempo que no veíamos nada que valiese la pena.

Después, habló de muchas cosas más. Los exámenes estaban próximos; en los campeonatos regionales de atletismo se había conseguido correr los cien metros en once segundos y una décima de segundo; las golondrinas recorrían miles de kilómetros todas las primaveras en busca de un punto para anidar… En esto último encontró Pedro todo el interés que faltaba en el platicar de aquel día.

Ya era tarde otra vez. Ella se tenía que marchar. Pero no se iría sola. Pedro estaba presentable para acompañarla a cualquier parte.

Se lo dijo.

—Me voy contigo.

Ella no dijo nada, pero le miraba con gesto extraño e indeciso. Al parecer, no concebía a Pedro fuera del fascinador ambiente bohemio que le conocía. Pero comprendió que no había razón alguna para oponerse a que la acompañara, aunque aquello disipaba el encanto de buhardilla que tenía su aventura con el pintor. Para ella, Pedro era una propiedad espiritual que fascinaba sus sentidos hambrientos de extravagancia. Ponerlo a la vista de sus amistades, implicaba el peligro de la competencia. Estaba segura de que sus amigas lo considerarían como un descubrimiento sensacional y como ella misma, no podrían resistirse al «snob» de apropiárselo. Pedro era un ser fácil e inexperto. Eso creía. Pero Pedro la amaba a ella sola; nada ni nadie podrían jamás desviar este sentimiento. Y eso es lo que ella no sabía.

Seguía vacilante y Pedro se impacientó.

—Bien, ¿hay algo malo en que te acompañe?

—No, nada; pero…

—¿Qué? —Esperaba desalentado.

—Es que me esperan. Unos amigos, ¿sabes? Vamos a bailar.

¿Qué importaba eso? La danza es patrimonio inexcusable de la humanidad. Todas las razas bailan, porque la danza constituye una expansión espiritual imposible de satisfacer de otro modo. El amor, la fuerza, el afán de riqueza… son pasiones contenidas por innatos principios de ética; la danza exalta estos sentimientos y en cierto modo los disipa o consuela. La vida no se concibe sin el baile; es necesario como una manifestación apasionada del sentimiento. La contención de la necesidad de bailar predispone a la melancolía, a la locura…

¿Quién había dicho aquellas cosas? Pedro tenía esta idea sublime del baile. Era en su entender un arte exquisito, representado en su imaginación por sílfides que danzaban por los bosques envueltas en transparentes velos de tul. Recordó de pronto. Fue el filósofo, una de las tardes de Lión, quien dijo cosas tan bien dichas. Pedro se acogió a ellas. Podía ir a bailar. Lo necesitaba.

—No te puedes imaginar cuánta gana tenía de que fuésemos a bailar una tarde —dijo.

Ella le oyó incrédula. Miró hacia él durante un momento, ladeó

la cabeza y sonriendo dijo.

—Vamos, Pedro.

XXI

HABÍA llegado el buen tiempo. Los días eran largos y la temperatura agradable. En las terrazas de los cafés se amontonaban los desocupados y muchos ya pedían helados o refrescos.

Pedro andaba con ilusión. ¡A bailar! Ella palpitaba a su lado. El mundo hablaba de amor y alegría y su lenguaje era muy fácil de entender.

En la sala de baile todo era grandioso. La pista era un brillante mosaico del que manaba la luz reflejándose en el techo. En torno a ella, mesas pequeñas y sillas ocupadas casi en su totalidad por una multitud abigarrada y bulliciosa. Bajo una concha marina monumental estaba refugiada una pequeña orquesta, cuyos músicos vestían de un modo estrambótico. En otro sitio había un mostrador de bar. Amplios ventanales comunicaban con una alegre terraza en la que también había mesas, sillas y gente. Más lejos, se divisaba el mar.

Pedro se esforzaba por encontrar agradable todo aquello. A ella le gustaba, a él, también, también; y se repetía esta afirmación temeroso de no poder asimilarla. La música era disparatada y estridente; los músicos, no sólo hacían ruido con los instrumentos, sino que, a veces, se ponían en pie y cantaban con desgana. Ante ellos, una muchacha preciosa, vestida con una falda muy larga en la que brillaban a cientos las lentejuelas, también cantaba; pero, además, reía sin motivo, se contorsionaba y descomponía el bello rostro con muecas estúpidas que le daban un aspecto lamentable. En la pista, las parejas bailaban a un ritmo enloquecedor.

Ella le condujo hasta un lugar donde se hallaban reunidos un grupo de jóvenes de ambos sexos. Todos la conocían. Pedro parecía el padre de los jovencitos. Pero él no pensaba en eso; volvía a ser

joven por obra y gracia del amor y se sentó entre ellos como uno más. Quería reír y se esforzaba por serles simpático. No hacía falta. Su fama estaba allí y por primera vez encontraba grato el homenaje de los desconocidos. Le pedían autógrafos y le asediaban a preguntas sobre un llamado arte que Pedro desconocía en absoluto. Pero una imprevista gimnasia mental le permitió contestar a todo con precisión: estaba inspirado y alegre. Aquellos muchachos eran estudiantes; algunos le recordaban por haberlo visto en la clase de Biología, todos eran simpáticos. Pedro tenía en sí mismo la confianza que le daba su traje nuevo y una cartera repleta de billetes de banco.

Unos a otros se llamaban por nombres en diminutivo, o por apodos; a él le llamaban don Pedro. Era molesto. Pedrito le hubiese gustado más.

—¿No baila usted, don Pedro?

Todos estaban en la pista y él, solo, en la mesa. No bailaba, no podía bailar. No sabía. Ella sí sabía y estaba bailando con un muchacho sonriente, de anchas espaldas. La manejaba como una pluma. Pedro veía como se deslizaba por la pista. La sonrisa del pintor le agotaba en un gran esfuerzo moral. A veces, ella pasaba ante él dando vueltas, le miraba y sonreía; su acompañante también le dedicaba sonrisas de buena amistad. En ellas creyó percibir Pedro una gran seguridad; el joven no le tenía miedo como competidor; quizá no lo fuese.

Pero esta duda dio paso a una amarga seguridad. Por segunda vez, el joven de anchas espaldas repetía el baile con la jovencita. Era un competidor. La miraba apasionado y le decía cosas al oído. Pedro ya no reía más que de vez en cuando, sólo al pasar la pareja ante él y por corresponder a la expresión de ella. Empezaba a sufrir.

Comprendió al fin que no podía soportar aquel ambiente. La música era detestable; aquel individuo que hacía sonar a la vez bombo, platillo, castañuelas y un sinfín de artefactos que tenía delante, parecía un gimnasta persiguiendo sonidos por aquel tinglado, con los que conseguía arañar a Pedro los oídos y deshacerle el alma. La gente aplaudía y tocaban otra vez. Los músicos se esforzaban más en hacer payasadas que en obtener sonidos. Quizá la interpretación musical fuese lo de menos.

En un intervalo, se vio otra vez rodeado por los jóvenes. Seguían

riendo como al principio. Las cosas eran todas formidables, estupendas, colosales… Pedro estaba abrumado. La jovencita le preguntó:

—¿Te aburres?

Forzando la sonrisa, dijo que no. En realidad no mentía. No estaba aburrido; ni mucho menos. Allí había asunto sobrado para tener pendiente su atención durante muchas horas. La música otra vez; he aquí un momento emocionante. ¿Repetiría con el joven de anchas espaldas? Pedro esperaba con amarga inquietud. Sí repitió. El muchacho, sin consultarle su opinión, tomó una mano de la jovencita y se la llevó a bailar.

Pedro se olvidó definitivamente de la sonrisa. Ya no podía reír de ningún modo. Nada tenía gracia. Se sintió, de pronto, cifra de aquella multitud que le rodeaba; era como todos, uno más, sin nombre ni apellido. La masa aulladora respondía unánime al ronzal que la dirigía. Todos riendo, bailando y, con seguridad, diciendo las mismas estupideces. Aquellas difíciles estupideces que Pedro hubiera querido saber decir. Lentamente sentíase repelido por la sociedad; aquél no era su sitio. En la buhardilla estaba mejor; allí, ella era una mujer; en el baile, sólo una pieza de la multitud, confundida y absorbida.

Durante el siguiente intervalo musical, ella no acudió a la mesa. Pedro la vio salir a la terraza y, al poco, ambos jóvenes, apoyados en la barandilla, recortaban su silueta sobre el mar que brillaba a la luz de la luna; sobre sus cabezas se elevaba el humo de los cigarrillos.

Pedro, rodeado por los demás jóvenes, no los percibía. Toda su atención estaba pendiente de la terraza. Una muchacha, odiosa desde aquel momento, le hizo una pregunta:

—¿Es sobrina de usted?

Se dio cuenta de su verdadero papel. ¡Viejo, viejo!, y esta atormentadora evidencia que reconocía, le hizo envidiar la verdadera juventud. A ella le atraía la juventud. Invalora, idiotizada, pero juventud al fin, fresca y jugosa. Miraba sus manos apergaminadas que le hablaban de años. Su juventud sólo era espiritual, pero al cabo, ni siquiera eso. Las ideas le retrocedían en derrota; quiso apartarlas de ella y esconder su cuerpo reseco de años y de soledad. La música hizo saltar de nuevo a los jóvenes en

la pista de baile, quedando Pedro solo y amargo por su impremeditado modo de hablar:

—¿Por qué ha de ser mi sobrina? O usted es tonta o no tiene ojos en la cara.

Los que le oyeron habían abierto mucho los ojos, pero después fue con ellos la risa y, de tanta, Pedro no pudo desconocer su propio ridículo.

Ella seguía en la terraza y el joven de las espaldas anchas a su lado. Pedro comprendió que su sitio no estaba en el salón de baile. Extrañamente arrepentido pensaba en los suyos, Akim el marinero cojo, el angelito Francisco, el caballo Plumero… ¡Qué lejos estaban de aquella farsa! Porque al fin, había descubierto que el baile no era más que una farsa estrafalaria con la que se envilecía la multitud. Observaba las parejas que iban y venían, que saltaban, que se retorcían en imposibles contorsiones… y mirando a los pies, se dio cuenta de que todos los movían a un tiempo y las cabezas subían y bajaban con ritmo de cilindrada. El filósofo tendría la réplica adecuada, tan pronto lo encontrase: «el baile es una monstruosidad incalificable», le diría.

Debía marcharse; no debió haber salido de casa, ella ya le previno. Pero no se podía mover de la silla. Una fuerza superior a sus convicciones le mantenía quieto y mirando hacia la terraza. Venían. El corazón de Pedro latía más fuerte al disminuir la distancia. Ya estaban allí; se habían sentado frente a él.

—Es formidable el resplandor de la luna en el agua.

Eso es lo que dijo el joven de las anchas espaldas: así, pues, ver la luna era formidable. Esta palabra definía la emoción del muchacho y Pedro entendía que, como él, amaba a la jovencita del beso. ¿Habría besado al muchacho de las espaldas anchas? He aquí otro motivo de tortura. Dudar era más amargo que saber. No pudo evitar la impaciencia y dijo a la jovencita:

—Sólo dos palabras. ¿Podrías concederme dos palabras?

En aquel momento, el joven de las espaldas anchas, de un tirón, se la llevó a bailar. Todos pudieron apreciar la tortura en las facciones de tío Pedro —para ellos era ya el tío Pedro—, pero la juventud no entiende de penas y cundió la risa incomprensiva, de cuya crueldad sólo Pedro sabía. Él quiso, pero no pudo reír; esperó otra vez. La nueva oportunidad llegó pronto.

—Sólo dos palabras.

Y cuando ella las esperaba, acudieron cuantos oídos había en la mesa para compartir la nueva. Calló. Aquel silencio del tío Pedro daba risa a todos. Ella también reía. El pintor sintió a su alrededor la incomprensión de un mundo vacío y escandaloso. Había llegado al fin; no quedaba más que escapar.

Esta vez aceptó el ruido infernal de la orquestina como una liberación. Los jóvenes se marchaban a bailar. Habían ganado confianza y le daban amistosos golpes en la espalda.

—¡Anímese, tío Pedro! ¡Anímese!

Estaba animado para marcharse de allí. La soledad en que le dejaron excusaba la enojosa despedida. Despacio, andaba hacia la puerta. Por todas partes surgían grupos que dificultaban su paso. Pedro huía y para siempre. Las multitudes no eran para él; quieto en casa podría meditar. De momento, no sentía más que un profundo desprecio por su amigo el filósofo.

Se habían reído de él. Todo el mundo se reía. Esta desesperante sensación de ridículo le acompañó por las calles de la ciudad. El magnífico traje de paño inglés, parecíale un apéndice extraño a su persona. La gente le miraba demasiado, no cabía duda de que llamaba mucho la atención. No pocos volvían la cabeza y se detenían para mirarle.

Por fin, la buhardilla. Elevó su vista al techo y en silencio pidió perdón a sus amigos. Le eran fieles y como él, estaban tristes.

Después, se quitó la hermosa chaqueta gris, la colgó en el respaldo de una silla y estuvo un buen rato contemplándola.

En la espalda llevaba prendido un monigote de papel.

XXII

ARRINCONADO en la buhardilla, percibía la voz del mendigo como una avanzada de la multitud que le sitiaba. Desde allí, podía despreciar a la gente de fuera; se deslizaban por la calle como gusanos; sin levantar la vista, siempre mirando adelante, y de prisa. ¡Pobres seres! Corrían en busca de algo que al parecer no encontraban nunca. Pedro no buscaba nada, ni corría. Quieto en su casa, esperaba que las cosas vinieran a él. Arrepentido de su fracasada busca de ventura, aceptó el recurso de la espera como única posibilidad de su vida.

Ante el tragaluz, la ciudad escondía bajo los tejados la multitud dispersa hacia sus hogares. La intimidad de todos era el secreto de las techumbres. Vidas pequeñas, seres sin ambición, cursaban días y días su existencia negativa. Un día se morían, pero la continuidad estaba asegurada. Miles de sombras inadvertidas llenaban los huecos del hormiguero y la vida seguía en un tumulto de mutuas ignorancias.

La calle era el remolino de todos. Cines, cafés, bares, tiendas, mercados… competían en la propaganda para llenarse con trozos de la desorientada masa. Y la multitud era obediente: un cabestro improvisado iniciaba su camino y el rebaño se comprimía tras él para hacer comunes los lugares. El reclamo de lo mejor estaba en todas partes; jóvenes formidables que habían visto brillar la luna en el agua, creían en su genialidad aceptando la calidad de lo repetido por la propaganda de más vivo color.

En los bancos se almacenaba el combustible que movía la máquina de la multitud. El dinero saltaba de un lado a otro y todos alargaban la mano para cogerlo. El gesto era unánime; muchos veían pasar las monedas, pocos conocían los puntos de parada, y

allí esperaban con sus sacos abiertos para hundir las vidas de los humildes. La felicidad se escapaba a cada momento a los que, apiñados, la perseguían. Y la escondida envidia vivía entre ellos injustificada al engañarse con vanidosas ostentaciones.

Pedro se acostó.

En las sombras de la buhardilla se plasmaba la multitud, moviéndose en un angosto espacio, como si en una caldera hirviesen, con colorido heterogéneo, pequeñas pompas de jabón. Era imposible reconocer a nadie, todos se movían cual una colonia de infusorios y Pedro, ensimismado, buscaba a la jovencita del beso.

La vio. Era un puntito rojo que hervía en aquel conglomerado. Se movía confundida con los demás y Pedro seguía sus movimientos; no pestañeaba, un descuido podía ocasionar su pérdida y estaba seguro de que ésta sería definitiva. El puntito colorado se alejaba. Cada vez se hacía más impreciso y pequeño. Otras imágenes lo iban sustituyendo y, por fin, desapareció entre el tumulto. Pedro siguió mirando con una fijeza que le dañaba los párpados. Nada. Ella se había ido; quizá con el joven de anchas espaldas. Se había ido a bailar a un sitio donde todos bailaban al compás; como en la calle, como en el cine, al compás.

Percibía una visión precisa de la humanidad. El mundo entero estaba dentro de su cabeza y como una inexplicable concesión, lo veía moverse, sufrir, delirar, correr… Lo abarcaba todo desde su rincón de la buhardilla. Percibía con claridad el tráfago universal creado sólo para que él lo captase en un sublime momento que no tenía precedentes en su vida, ni en la de nadie.

Bajó de la cama, encendió la luz y se puso a trabajar. El bastidor más grande —dos metros de largo por uno de ancho—, estaba en sus manos. Con febril inquietud clavaba el lienzo y muchas veces se pisó los dedos al martillear. Ya estaba preparado. Faltaba un poco de sol para empezar a pintar.

Con ingenua impaciencia, se asomó al tragaluz y miró hacia el cielo. Era tarde, pero pronto; es decir, faltaban muchas horas para amanecer. La ciudad inmensa, aquella ciudad cuya vida desbocada iba a poner en un lienzo, dormía una noche de su rutina. Ahora dormía y olvidaba. La luz estremecía a la multitud y otra vez la vida loca hervía en la calle con el desesperado afán de la dicha desconocida de cada día. Después, desaliento, lucha, esperanza de

un nuevo día; a veces, la mentira de unas horas de plena satisfacción espiritual; al fin, nada.

Bajo el alero de más arriba, dormían las golondrinas; hacia el centro de la población, ruido de tranvías y voces de trasnochadores; lejos, como un murmullo impreciso, se oía el mar. Pedro no pudo evitar un emocionado recuerdo; entre las rocas húmedas de marisma y bajo un pequeño túmulo de piedra, dormía el sueño eterno su amigo el gallo.

No durmió en toda la noche. Fija en su mente la idea de multitud, pasaba en completa abstracción las interminables horas. No se sucedían en vano. Cada vez, su idea era más definida; ya veía sobre el lienzo, perfectamente clara, la realidad de un sueño inconcebible.

Empezó a pintar muy temprano. Las golondrinas aún no habían abandonado el nido.

Las primeras manchas le produjeron un amargo sinsabor. No era aquello. Su imaginación veía una cosa muy distinta y lejana; creyó que no conseguiría jamás la realidad. Seguiría en la lucha. Incansable, atormentado por la idea de multitud. El tiempo no era nada; pasaba sin existencia. Pedro pintaba desesperado, escapándosele la voluntad a cada momento. Ella aparecía como un punto rojo. ¿Dónde estaba? Perdida, perdida. No la veía. Ahora una raya; así, larga; por ella pasa el tranvía atiborrado de carne y toca la campana. Tilín, tilín, tilín. ¿Suena así la campana del tranvía? No es ése el sonido. Los humanos no pueden reproducir esos ruidos. ¿Podría pintar el sonido? Sí, sí, sí… oía ya la campana con sólo mirar aquella ondulación de color. Inconsciente de él y de sus actos, corrió por toda la buhardilla, dando patadas a los muebles y saltando como un muchacho. Era feliz; había conseguido lo imposible, plasmar el sonido y, sin saberlo, desentumecía, al saltar, sus miembros cansados de inmovilidad.

Había pintado muchas horas seguidas. Las golondrinas volvían al nido. Ya no había luz. Comió un poco y, al rato, dormía extenuado. Aquella noche el piano sonó para nadie, porque Pedro no lo pudo oír.

Pintó sin descanso durante siete días. A veces, cansado, se dejaba caer en el camastro del rincón para consultar el parecer de sus amigos del techo. No estaba mucho rato: renovadas inquietudes

le obligaban a volver ante el cuadro. Aquella línea, tal tonalidad de color fija en su mente y martirizándole sin tregua… No, no era eso. Había que corregir, borrar, empezar de nuevo. Y exaltado, ponía toda su alma en la obra que, poco a poco, iba consiguiendo la satisfacción de sus sentidos.

La multitud se definía en el lienzo tal como era. Apiñada, andando, bailando, feliz, miserable, ilusionada, uniforme. Todas sus cualidades estaban por fin reunidas. El confuso conglomerado mostraba el abigarramiento, el maquinismo, la música…, en fin, todas las cualidades humanas y materiales de la masa, obediente a un gran altavoz que daba órdenes desde un ángulo del cuadro: aquello era la propaganda.

Pedro había comido poco durante aquellos días. La sensación de hambre hubo de ser muy intensa para que se diera cuenta de ella. Entonces comía algo sin dejar los pinceles y tragaba el alimento como un autómata.

Pero había terminado. El cuadro estaba allí, frente a él, para dejarse mirar durante horas. Pedro lo contemplaba con avaricia de tiempo, incansablemente. De vez en cuando, abandonaba el camastro del rincón y con un pincel muy fino añadía un punto o una pequeña raya. Luego se acostaba otra vez y seguía mirando. Más, era imposible. Ante él vivía la humanidad entera y en el centro, el perseguido punto rojo que, por azar, había vuelto a distinguir entre la turba espesa e indefinida.

Cuando salió a la calle, las cosas seguían igual que en la buhardilla. El cuadro era aquello mismo, sin que un detalle hubiese escapado a su sagacidad. Gente, tranvías, bocinas, vértigo… Estaba satisfecho. Había penetrado aquella masa y le pertenecía dominada al fin.

Sus amigos de Lión, aquellas almas gemelas que le comprendían, desfilaron uno a uno por la buhardilla para conocer la gran obra. Todos coincidieron. Era portentoso, grandioso y asombroso. Pedro percibía el dulce sabor de la felicidad. La opinión de sus amigos fue tan unánime, que hasta parecían de acuerdo para recitar la cantidad que a uno tras otro, les urgía para salir de tal cual apurillo: cien pesetas.

Poco importaba que el judío hubiese hablado de otra manera. Al fin y al cabo era un hombre soez y embrutecido por un afán sin tasa

de riquezas.

—¿Esto qué es? —preguntó el usurero después de contemplar largo rato el cuadro.

Pedro se indignó al oír lo que creía un insulto.

—¿No lo ve? No creo que haya en el mundo nada más claro: multitud, es la masa amontonada y sucia —él la veía y oía a un tiempo. En su entendimiento no entraba que un día dejara de percibir sus mismas sensaciones.

El judío se rascó la cabeza y sin dejar de mirar el cuadro, dijo:

—Bueno; puede que sea lo que usted dice. Después de todo, lo que la gente necesita es algo sensacional: si les dan siempre lo mismo se cansan y tuercen el camino…

—¿Qué quiere decir?

—Nada, don Pedro, nada; creo que tanto el cuadro como el título han sido un gran acierto. ¡Multitud! —puso los ojos en blanco —. Esto dejará dinero. Todo el mundo sabe que usted lo hace bien: es famoso. Ahora ya puede permitirse el lujo de hacerlo mal con la seguridad de que la crítica dirá que se trata de algo portentoso.

—Eso y no otra cosa, es lo que debe decir. Yo considero este cuadro como algo definitivo. Desde ahora renuncio a toda obra mía anterior a esta etapa que inicio con «Multitud».

—Pero siempre podrá usted…

—Jamás, jamás podré volver a aquello. Quiero pintar con los ojos del alma, que son los únicos que pueden ver el arte.

El judío elevó sus ojos al cielo y antes de salir de la buhardilla, dijo con voz muy queda:

—Dios nos acompañe.

XXIII

Los de Lión estaban reunidos en un comedor elegante. Todos llevaban trajes nuevos. La mesa estaba muy bien servida.

Celebraban el reciente triunfo de uno de ellos. El judío «colocó» la interesante obra «Multitud» al «Museo de Arte Contemporáneo» de una importante ciudad norteamericana. Pagaron veinte mil duros por el cuadro: sesenta y seis mil pesetas para Pedro y treinta y tres mil para el usurero. Muy pronto, el pintor sería discutido más allá del mar.

Este fue el motivo que impulsó al jorobado a levantar su copa de *champagne* por el amigo.

—Porque el mundo entero reconozca la fama que nosotros le otorgamos.

Levantaron sus copas, bebieron *champagne* y cuando tuvieron libres las manos, las emplearon en dedicar un aplauso al incomparable.

Pedro estaba emocionado. Se puso en pie y temblándole la voz, dijo:

—Gracias, amigos, nunca os olvidaré.

—¡Muy bien dicho! —exclamaron algunos.

A los postres se hizo el silencio para oír al jorobado. En los periódicos ya estaba anunciada la conferencia que un día más tarde había de leer en el Ateneo de las Ciencias y de las Artes. El tema, según él, era de un interés sin precedentes; «Humanización del Arte». El mundo se iba a estremecer con las pasmosas revelaciones que se oirían por vez primera. ¡Gloria y fama para el poeta! Los siglos hablarían del Fénix de la revolución artística.

Leía, y todos escuchaban.

—Tendida en la distancia de millones de años, un día

remotísimo que no cabe en ninguna historia, la belleza impresionó por primera vez el ojo de un ignorado ser humano. Antes ya existía para nadie, en el cosmos infinito del universo; estéril, perdida y sola. Un hombre, una mujer, un niño, alguien, sintió por vez primera la emoción de lo bello y en aquel momento sublime e inexplicable, el arte nació al mundo arrastrando con su fascinación el temperamento del primer artista. A su llamada misteriosa respondió la tosca interpretación de los primeros hombres que, aislados, empezaron a soñar para ellos solos con un impulso creador y ambicioso de naturaleza.

»Amor, ternura, ilusión, son abstracciones viejas y nuevas de la humanidad, sin las que no se puede concebir el arte. Un enamorado, un soñador: he aquí un artista latente en busca de la soledad espiritual para la realización de la obra, en la que han de confluir todos sus sentidos, afinados hacia la cúspide de su máxima posibilidad. Así fueron y así son los artistas. El ideal cambia y se sublimiza en complicación con el avance de la mentalidad humana, pero la obra no termina ni terminará jamás, en tanto quede un artista sobre la tierra; porque la meta no existe, el fin está siempre más lejos de lo conseguido y se continúa con el deseo infinito de superarse.

»El arte evoluciona y progresa; sin embargo, lo que fue definitivo, lo será siempre. Llegar más lejos puede ser, pero la humanidad que mejora y perfecciona una máquina es impotente para superar las cosas del alma. Ella es como fue, como será. Pueden surgir genios cada día, mas no continuadores de ellos. La genialidad es única e intransferible; los genios son por ellos mismos, como lo son los locos, por una circunstancia imponderable que no depende de su esfuerzo, como no dependen la estatura ni el color de los cabellos.

»El artista vive con nosotros, es uno más entre todos, que habla de cosas corrientes, que bebe cerveza y sube a los tranvías como cualquier persona; pero cuando nos mira de lejos, cuando sólo con él piensa y contempla, entonces es más que nadie, está con Dios y vive lejos, muy lejos del mundo que está pisando. Envidiemos los impotentes la gloria solitaria del creador que puede alcanzar la más alta dicha del ser humano, al conquistar el momento artístico, la sublimación emocionada de la personalidad.

»Decir arte es decir sensibilidad, y decir artista es decir sensible. El artista es tanto más sensible cuanto más exaltado su sentido artístico. Su capacidad para amar es ilimitada; idealizan el amor como idealizan la vida. Sufren y el sufrimiento les produce un nuevo goce espiritual; el imposible es su afán y su meta. Nunca llegan a ella. Pero el andar vacilante por el difícil camino, constituye la inquietud de un alma en la que se renueva la juventud y la esperanza. Lejos ven una mujer, un niño, una cosa, todo puede ser motivo de sentimiento para un sentimental que vive en un mundo diferente donde no hay nadie más que él…

Los de Lión escuchaban silenciosos. El jorobado les asombraba a cada momento con aquella meritísima y desconocida sagacidad. El médico bebía sin cesar, pero a pesar de su borrachera, escuchaba abstraído, con los ojos muy fijos y péndulo el labio inferior, por el que se escurría de vez en cuando una inadvertida baba. El discurso era largo y durante él, el comedor se fue vaciando de comensales. Estaban solos en el centro de la gran sala y rodeados por los camareros, que se complacían en oír la magnífica pieza oratoria. Puede que ninguno recordase la impaciencia inicial por levantar la mesa. Oían, callaban y creían poseer dormidos sentimientos artísticos. El escritor jorobado acompañaba la lectura con gestos teatrales, para dar más interés a sus palabras. Aquello duró casi hora y media. El final les sorprendió a todos con el sabor a poco.

—… y si condición del embellecimiento de la vida es el arte, esforcemos nuestros sentidos para comprender la belleza; quizá podamos sentir algo de la felicidad que de ella se desprende. Si así es, sigamos. Poco importa no concebir obras maestras, el intento puede que sea el todo para conseguir la satisfacción de los humanos, porque el verdadero sentimiento artístico hace hombres buenos y mata la sucia ambición de la materia.

Nadie dijo nada. Los oyentes, que no habían alterado la postura de cuando empezaron a oír, continuaban inmóviles y extasiados, como esperando la continuación. El escritor tomó un sorbo de agua y dijo.

—¿Qué os parece?

Pedro habló el primero y por todos; estaba seguro de interpretar el sentimiento de sus amigos y hasta el de los silenciosos camareros.

—Desde hoy, todos te respetaremos un poco más.

Y para celebrar el nacimiento del grande hombre, se descorchó una botella de *champagne* que, como todo lo consumido, pagó el pintor.

Después, se marcharon a dormir. La tarde del día siguiente sería grande. Ya era hora de que la gente arrancara de la oscuridad al gran escritor, tan injustamente olvidado. Pedro deseaba de buena fe el encumbramiento del amigo, de todos sus amigos; sabía que lo merecían. Por su parte ya los había elevado sobre la multitud despreciable; no eran seres de su cuadro, se remontaban por encima de él, ocupando el pequeño aposento de los elegidos.

La tarde siguiente, Pedro llegó muy pronto al «Ateneo de las Ciencias y de las Artes», pero el escritor jorobado se anticipó. Allí estaba desde las seis y media —la conferencia se anunció para las siete—, sentado en una silla y leyendo y releyendo las cuartillas que mantenía en sus manos temblorosas. A veces, con un lápiz tachaba o corregía y seguía leyendo con apresurado interés. Dijo a Pedro que la trascendencia del acto le tenía nervioso y prefería que le dejasen solo para puntualizar los últimos detalles.

Pedro le dejó con sus cosas. Pasear por el pasillo era un modo de esperar y cuando llegó el médico tuvo un compañero para seguir paseando. Más tarde, se les unió el representante y al poco, aparecía en el Ateneo el primer desconocido.

Los ojos del jorobado se iluminaron con alegre emoción. Pedro y los que con él estaban, también tenían puestos sus ojos en el recién llegado. Era un personaje de aspecto respetable y facciones inteligentes. Vestía impecable traje negro, cuello duro y corbata negra muy bien planchada, sujeta con un alfiler cuya cabeza era un enorme brillante. Usaba una barbita muy bien recortada y era bastante viejo.

Llegó el filósofo y al poco, unido a los suyos, miraba como ellos con curiosidad e interés al enlutado vejete, que, con ambas manos a la espalda, paseaba de un lado a otro del pasillo. El resto del público, no tardaría en llegar.

Pero pasó tiempo y el censo del pasillo no aumentaba. Ya eran las siete. El conserje se acercó al jorobado y los de Lión comprendieron.

—Esperemos un poco a ver si viene alguien más.

La esperanza no se vio satisfecha. A las siete y cuarto, el

jorobado tenía un nuevo temor; si no empezaba pronto, era posible que el auditorio —llámese así—, se impacientara y se fuese. Le acometieron prisas y llamó al conserje. Éste, obediente y con voz acostumbrada, tocó palmas ante el salón de actos.

—La conferencia de hoy va a dar comienzo, señores.

En la puerta del salón se juntaron el vejete y los cuatro amigos del jorobado. Todos cedían paso al señor auditorio, pero bien mirado no hacían otra cosa más que formar barrera tras él a fin de que no escapase.

Ocupó un asiento de la primera fila, después de sacudirle el polvo con un inmaculado pañuelo. Todos estaban pendientes de él y de sus actos. El viejo, al parecer, no se daba cuenta de la curiosidad que despertaba.

El escritor, ocupando el estrado, ordenaba las cuartillas sobre un pequeño velador. Antes de empezar su lectura, bebió un sorbo del vaso con agua que le habían preparado, dirigiendo a la puerta una postrer y esperanzada mirada. Un suspiro hondo y empezó:

—«Humanización del arte».

A medida que iba leyendo elevaba el tono de sus palabras. Para él, no había en la sala más que una sola persona y a ella se dirigía. Sus amigos no importaban, conocían el discurso y eran demasiado familiares para dirigirse a ellos desde la cátedra. Aquel viejo desconocido le inspiraba una gran simpatía. Era su auditorio, y con afán de mejorar la soledad elevaba la selección espiritual del caballero a la más alta jerarquía intelectual. En sus ojos veía la comprensión y el inmenso goce que le proporcionaba oír. El jorobado le hablaba a él solo, exaltándose conmovido por los discretos asentimientos del vejete, al mover éste la cabeza cuando se veía encima los ojos del orador. Un espíritu objetivo y extraño se habría dado cuenta de que el hombre era tímido y al parecer estaba coaccionado por aquellos ojos que continuamente le miraban. Quizá el propio temor no le dejaba entender ni una palabra de cuanto oía, percibiendo tan sólo el sinsabor del aislamiento frente a la fiera.

Mediado el discurso sucedió algo emocionante. El viejo se había puesto en pie. De puntillas para no molestar a los oyentes que allí quedaban, se dirigió hacia la puerta. Su discreción era inútil. Todas las cabezas giraron tras él y diez ojos puestos en su espalda, le despedían con desolación. La voz del conferenciante le perseguía

elevándose al aumentar la distancia, cual si quisiera que el fugitivo no perdiese ni una palabra, en tanto pudiera oírlas. Había salido del salón de actos. El jorobado suspendió su lectura. Durante unos segundos mantuvo fija su vista en la puerta. Su rostro plasmaba un gran desaliento.

—Se ha ido… —dijo al fin, como si hablara para él solo.

Después, derrotado y triste, dejose caer en una silla y cubriéndose el rostro con las manos comenzó a llorar.

XXIV

A Pedro le amargaba el fracaso de su amigo. Recordó el cinematógrafo atestado de gente, el baile donde confluían las personas hasta el hacinamiento, las plataformas de los tranvías atiborradas de gentes apresuradas… En todos aquellos sitios se pagaba por ocupar una plaza. Las conferencias del «Ateneo de las Ciencias y de las Artes» eran gratuitas. La multitud se espesaba hacia lo vulgar. El sentido de lo verdaderamente bello no existía más que en algún escondido lugar, donde seres olvidados velaban por que la emoción de lo sublime no desapareciera del mundo. La mesa de Lión se le antojó un simbólico santuario en el que una pequeña secta guardaba para las próximas generaciones un poco de sentimiento.

Ellos vivían entre todos; pero estaban muertos. Su existencia no era productiva. La masa los tenía por parásitos de ella; los tenderos hablaban del propio tesón y espíritu de trabajo, para, al fin, exhibirse orgullosos al frente de una tocinería. Habían luchado y vencido. Todos sabían que el señor gordo de la camiseta, al que respetaban, era un hombre solvente y formal. Antes de figurar como dueño de su almacén de «Granos y otros productos», había sido recadero de aquel mismo almacén. Años de perseverancia y honradez le llevaron por un camino ascendente y al fin, el establecimiento fue suyo. Era un hombre modelo; la sociedad le distinguía y respetaba por su probidad. Pedro le había retratado con su esposa; el cuadro, teniendo en cuenta el prestigio del pintor, podía tasarse en más de treinta mil pesetas. Esto lo tenía muy en cuenta el retratado, que mostró su gratitud regalándole un paquete de garbanzos, de paso que aludía a cierto gallo que, con gran desinterés, puso en sus manos.

Los hombres gordos, con camiseta o sin ella, eran felices. Fumaban habanos, reían congestionados y pagaban refunfuñando sus contribuciones al Estado. Eran personas gratas y estimadas. Producían y pagaban. El mundo iba adelante gracias a ellos y a su tesón.

Los otros, los ridículos, gente fácil a la caricatura de risotada gruesa, se removían en torno a la próspera vulgaridad, para nutrirse con los desperdicios, como un enjambre de larvas de la putrefacción. Los poetas, los pintores, los músicos incomprendidos… no podían aspirar a ser reconocidos por la sociedad. Estaban proscritos como parásitos indeseables que avergonzaban con su vagabundeo a los laboriosos y honrados comerciantes que enaltecían con su prestigio las ciudades del mundo.

Pedro sintió el escalofrío de su triunfo fácil, al hermanarse en prosperidad con el hombre gordo de la camiseta. Ambos gozaban de un emplazamiento digno y respetado. El pintor sabía que si los dos podían ser felices, no lo serían jamás del mismo modo. Para el hombre de la camiseta, la felicidad era algo fácil y asequible; para Pedro, un imposible de cada día. Las realizaciones del vecino eran concretas y ajustadas, como las cifras de su libro mayor. Pedro no entendía las realizaciones consumadas, su obra estaba siempre por terminar y continuaría indefinida más lejos de donde la vida acaba. El dinero, que para uno constituía el fin definitivo, significaba para Pedro un accidente imprevisto que le permitía comer con facilidad; no sabía si tenía poco o mucho, los de Lión tampoco lo sabían. Todos lo gastaban con desastrosa inconsciencia, indiferentes a futuras dificultades.

Recordó al judío. Aquel hombre despreciable sabía convertir los cuadros en grandes fortunas. Pedro todo lo que consiguió como comerciante fueron seis pesetas por un lienzo que había valido después mil quinientas. En la actualidad, el nuevo propietario quizá lo habría vendido por quince mil, o quién sabe si por más.

El mundo era así. Necesitaba al saltimbanqui que se contorsionaba ante el «jazz» de una orquestina, para fijar su atención en las cosas. Luego, cuando todos miraban, aparecía el mago con su varita mágica y decía: «Comprad, comprad, esto es bueno, esto es lo mejor». Callaba y otra vez el saltimbanqui hacía

ruido para que nadie pudiera pensar y, aturdidos por la propaganda, compraban disputándose la quincalla en una enloquecedora carrera de precios.

¿Qué importaba que un escritor hubiera dicho cosas sublimes? Su hablar fue silencioso y modesto. Debía morir. No existían oídos para su voz ridícula. Muere y espera; puede que algún día otro judío descubra tus papeles y entonces cubrirán de flores tu tumba. Nunca es tarde para la ambición infinita del poeta; sufre y espera, jorobado.

Las ideas del pintor volvieron a encontrarse con el amigo en el disperso divagar. El jorobado seguiría llorando en su cama dura del dormitorio colectivo, sin nadie que acudiese en su consuelo. Su alma sensible estaría destrozada y sin fuerzas para la lucha. ¡Pobre jorobado! Pedro no quiso dejarle solo. Debía acudir a su lado y por lo menos acompañarle en su dolor aquella primera noche. Quizá no habría cenado.

La escalera se le hizo larga hasta la calle. Como quien intenta mimar al propio hijo en desgracia, Pedro compró para su amigo los mejores fiambres que encontró a su paso y panecillos blandos y blancos. Tenía prisa, y de tanta, se hizo conducir hasta el dormitorio por un taxi; era la primera vez en su vida que se permitía este lujo. El automóvil cruzó el centro de la ciudad y se introdujo después por estrechos callejones. En las esquinas, flechas indicadoras marcaban la dirección para regular el tráfico. La luz apenas existía en aquellas calles de múltiples encrucijadas. Por las aceras, mujeres solitarias andaban con lentitud. Grupos de soldados y marineros gritaban, cantaban o reían a coro.

Pedro sólo pensaba en el escritor. Al despedir el taxi, oyó tras él una voz de mujer:

—Moreno.

Se volvió. Aquella mujer andaba hacia él, hundiendo sus escuálidas mejillas al chupar un cigarrillo que mantenía entre los pintarrajeados labios. Por asociación de sexo, apareció en su mente el recuerdo de la jovencita del beso. Ella le pareció entonces mucho más sublime; el contraste con aquel ser descarnado que le llamaba, le hizo creer en lo que parecía mentira. Dos mujeres del mundo: imposible. Ella era el triunfo insultante de la belleza; la otra, el fracaso de la naturaleza y el ensañamiento de la miseria. Pedro

sabía lo que era el hambre; sin duda, aquella mujer también lo sabía. Y le decía «moreno»; puede que la palabra fuese un talismán para hacer brotar calderilla de la ciénaga. Pedro retrocedió al verla cerca.

—No se acerque usted.

El sentido del decoro no existía en la mujer. Las palabras del pintor fueron miel para sus oídos, hechos sin duda a cosas más duras.

—No seas arisco, bizcocho.

¡Le había dicho bizcocho!

—No se acerque, no se acerque —Pedro la miraba con ojos espantados.

La mujer se agachó para recoger unas monedas que el pintor le había arrojado en un inconsciente intento de salvación. Aquello fue la misma providencia, puesto que cuando la hembra tuvo en su mano la última moneda, alzose sin mirar a su bienhechor y corrió a lo largo de la calle emitiendo gritos de júbilo. Después se metió en una taberna.

Un túnel conducía en descenso al dormitorio colectivo. Estaba situado éste en el sótano de una casa inmunda de la más triste barriada de la ciudad. Por el túnel ascendía un viento húmedo que olía a entrañas y carne sucia. Pedro respiraba aquello sin dificultad. Un hombre tocado con extraña gorra de visera charolada, le detuvo:

—¿Adónde va?

—A dormir.

—Son tres reales.

Pagó y le dieron un petate consistente en una manta, una colchoneta rellena de crin y una almohada mugrienta. Con todo ello traspuso hacia la nave. Era muy grande. El techo bajo y escasamente iluminado por dos bombillas que lucían a ambos extremos del dormitorio. Ordenadas y con la cabecera pegada a la pared, estaban las camas de tabla; casi todas ocupadas por el desperdicio humano de la ciudad. Mendigos, artistas y vagabundos llenaban el recinto. Unos dormían, otros sentados en la cama se remendaban la ropa adivinando los jirones a través de la penumbra; algunos comían. Aquello olía mal; el aire era espeso y se renovaba por dos ventanillos estrechos, a través de los cuales se divisaban las rocas y el mar. El ruido del agua era claro, repitiéndose a intervalos

regulares el estampido de las olas que azotaban los cimientos del dormitorio.

Pedro buscaba al jorobado. Lo vio en el extremo más distante, sentado en la cama y mirando pensativo un punto indefinido. No estaba solo. En torno a él se agrupaban el médico, el filósofo y el representante. Todos, antes que Pedro, habían pensado en el amigo. Allí estaban; con él y sorbiendo los pedazos de amargura que cada uno quería arrancarle.

¡Qué importaba la indiferencia del mundo! Alegría. Juntos y felices se comprendían, latiendo como uno solo. Pedro también estaba. Todos. El mundo entero, el de verdad.

Andaba Pedro hacia ellos, riendo porque reían al verle, y para más alegrar a los que le veían, mostraba el paquete de fiambres elevándolo sobre el petate. Algo imposible de pasar inadvertido desvió su atención hacia la derecha. Lo reconoció en seguida. Las espantosas flores coloradas destacaban sobre el cubrecama, como una horrible pincelada en la palidez del ambiente. Bajo las flores, dormía apacible el mendigo titular de su calle. Desengaño. Pedro se acercó a él y observó la dulce serenidad de su rostro. No era un opulento padre de familia; no comía en torno a una mesa regalada; no era el capitalista imaginado. Era un pobre hombre; uno más del reino de la miseria, hundido en la hez de la sociedad, pero cubriendo con flores de fantasía su bendito sueño de humilde.

—¿Qué hará con su dinero? —se preguntaba Pedro.

No pensó mucho rato. Aquel techo miserable los igualaba a todos. Él mismo era rico y podía serlo mucho más. Estar en el dormitorio constituía una afinidad de casta y no una fuerza mayor. Cada uno en su sitio y un sitio para cada uno. La humanidad tenía sus casilleros y difícilmente podían escapar de ellos los predestinados.

Con suavidad, golpeó un hombro al mendigo.

—Toma tus doce pesetas; te regalo el cubre.

Y partió para reunirse con los suyos que, curiosos, espiaban sus movimientos.

XXV

El sueño y la noche son obras de Dios que se pertenecen. Los hombres añadieron el artificio y tasaron el descanso como tasaron un kilo de pan o una colcha de flores coloradas. En el dormitorio colectivo, una noche de sueño valía tres reales. El sueño es algo que hay que ganarse; todos no pueden descansar bajo un buen techo si no disponen de la calderilla suficiente, y en la calle no está permitido dormir. Los agentes de la autoridad reciben un sueldo que, entre otras cosas, les obliga a evitar los espectáculos vergonzosos.

Para muchos de los asiduos del dormitorio colectivo, el sueño era el milagro de cada día. Los de Lión sabían de aquella angustiosa súplica de última hora, que muchas veces habían oído al jorobado:

—¿Puedes prestarme tres reales?

Era el alquiler cotidiano que no perdonaba y surgía cada noche como imperiosa necesidad.

Los de Lión no dormían. Sentados en dos camastros, olvidaban bebiendo. El médico cobró una cuenta y trajo botellas para todos. El escritor no había fracasado; su éxito se demoraba por unos días, pero estaba próximo y era seguro. Pedro animaba con sus mejores palabras.

—Lo que hace falta es que te oigan. No se hizo bastante propaganda. Conozco un judío que te hará famoso en cuanto yo se lo pida.

—Brindemos por el judío —dijo el representante.

Al jorobado se le iluminaba la mirada pensando en la futura gloria. Bebía y comía aquellos excelentes fiambres que le llevó Pedro; el presentimiento del pintor fue cierto, no había cenado. Los ojos del filósofo se mostraban codiciosos sin apartarse de la comida

que el escritor tenía amontonada junto a él. Pronto se delató:

—¿Me dejarás un poco?

La mayor parte de los desheredados que acampaban en el dormitorio, dormían ya. Eran gentuza de la calle esperando las miserias del día siguiente. De sus gargantas se escapaban ronquidos o jadeos, algunos tosían y entre todos, cargaban de resonancias el aire sucio y maloliente del recinto. La mutua desconfianza les igualaba en recelo y pasaban la noche abrazados al zurrón o a su ropa, los pocos que se desnudaban; debajo de las almohadas dormían, amparados por sus propietarios, los pobres tesoros de la chusma.

Los insomnes despotricaban contra los de Lión que, llevando muy adelantadas las botellas que trajo el médico, reían, hablaban y hasta —cosa en desuso— daban gritos inciviles. La borrachera era con ellos y la alegría su triunfo sobre la adversidad. El jorobado esperaba la gloria tranquilo; estaba seguro de ella. ¡Qué eran las pequeñas contrariedades! Pedro conocía un judío…

—¡Viva el judío!

Algunos despertaron por aquel grito extravagante y también ellos empezaron a gritar. El espacio se llenó de insultos; miradas encendidas se dirigían hacia el grupo. El jorobado se puso en pie en la cama y gritó más que ellos, elevando sus largos brazos.

—Callaos, cerdos, y dormir. Aquí no se os llamó para nada. Que cada uno siga con lo suyo.

El griterío los despertó a todos y cada uno sumaba sus alaridos a los que le habían despertado. El vocabulario se hizo infernal e intransferible. En los rostros congestionados brillaba la indignación de los ojos. El guardián de la gorra charolada, hombre de pelo en pecho sin duda alguna, apareció en el dormitorio llevando en alto la verga del orden.

—Son aquéllos…, que los tiren a la calle…

—A la porcatera… a la porcatera… —gritaba el jorobado con inconsciencia suicida.

Había peligro. Alguno se consideró distinguido por la ofensa y amenazaba con los puños en alto o mostrando un báculo o una muleta. Aquellas bestias de bajo fondo, rugían enfurecidas; hubieran matado a su madre con menos motivo. El momento se agravó al saltar de la cama el primer exaltado.

Pero la genialidad del médico aventajaba en mucho trecho al bárbaro instinto de los miserables. De pie en otra cama, exhibía en una mano el importe de la curación de un caso de difteria.

—Párate, salvaje, y mira esto.

Ante él, virando en estúpida sonrisa sus facciones asimétricas, estaba detenido un andrajoso. La fascinación del dinero mantenía sus ojos atontados en el manojo de billetes. Sin duda, el romo entendimiento respetaba a los poseedores de riqueza como a jerarquía superior. Debía saber que quien lo poseía, era poderoso e inexpugnable. Sin dejar de mirar, aceptaba humildemente su derrota, retrocediendo y casi suplicando con sus ojos.

De pronto, fue hecho el silencio. Todos los harapientos se habían incorporado en sus lechos y miraban, miraban. La codicia adueñose del dormitorio y hasta el guardián de la gorra charolada había suspendido sus arengas de orden mirando arrebatado la pequeña fortuna que mantenía el médico.

—Sois todos tan inmundos como esto —dijo el médico mostrándoles el dinero—. Tomad, que la inmundicia busque la inmundicia. Os pertenecéis, tomad, tomad…

Y fue lanzando al espacio los billetes de banco.

En un momento, se despoblaron todas las camas. Frente al médico, una masa de carne repulsiva se amontonaba para atrapar los billetes esparcidos por el suelo. Algunos iban en cueros. Aquellos seres hundidos en el cieno, desconocían la dignidad. Nada era posible imaginar más alejado de los sentimientos humanos. Los muñones de los cojos y mancos se debatían por emular a los miembros útiles. Los jóvenes golpeaban a los viejos y los viejos mordían a su alrededor. El guardián de la gorra de visera charolada había perdido la gorra y la autoridad; como uno más, luchaba entre todos por la mejor parte. Los huesos crujían, el respirar de los hacinados se hacía fatigoso, los más crudos insultos se elevaban sobre el tumulto.

Pedro se había enardecido y desde otra cama mostraba un increíble montón de billetes. El suelo se llenó de ellos y los avariciosos se superaron en codicia. La guerra era a muerte. Unos luchaban con otros para arrebatarse el botín. Ya no bastaba lo conquistado; el más fuerte tenía más derecho y roto el fuego se luchaba por las nuevas y por las viejas pertenencias de cada uno. El

contenido de los bolsillos no fue suficiente y cuando se agotó cuanto quedaba por el suelo, un desatado afán de rapiña les hacía buscar bajo las almohadas de los vecinos. Trozos de billetes, calderilla, mendrugos de pan, todo tenía valor. Las camas rodaron por el suelo. Nadie estaba conforme, todos querían más.

Refugiado en su lecho y con los ojos espantados, el salmodiero de la calle de Pedro se abrazaba a los jirones del hermoso cubrecama de flores coloradas. Tres desalmados tiraban de él, disputándole la posesión.

El guardián contemplaba con amargura la gorra destrozada que mantenía en una mano. En la otra, tenía algunos billetes; podía comprar varias gorras. Al parecer, sentíase responsable por el deber incumplido. En torno suyo, continuaba la guerra. Impotente para conseguir el orden, se dirigió hacia la puerta y salió; pero no se fue sin más ni más. Aquel hombre era más astuto de lo que dio a entender hasta entonces. Volvió a entrar en la sala y sus gritos sembraron el terror:

—La policía, la policía…

En menos tiempo que salieron de ellas, los contendientes volvieron a entrar en sus camas. Nadie hubiese creído que no dormían en paz.

La noche siguió su curso, los rencores se disiparon y ninguno intentó volver a empezar. Otra vez se oía preciso el batir de las olas contra las rocas. En el dormitorio comenzaban los ronquidos y las sibilancias.

Los de Lión se hallaban preocupados en torno a la cama del escritor. El pobre jorobado se había sentido indispuesto durante la rebatiña y había caído en un sopor que le mantenía inconsciente y con la respiración agitada. Sus amigos estaban preocupados.

—Es un ataque de «delirium tremens» —dijo el médico—, sin duda, bebió demasiado.

El filósofo, tan apenado como el que más, consumía lo que restaba de los fiambres.

—¿Se puede hacer algo? —preguntó Pedro.

—Esperemos, es posible que le pase pronto; el pulso marcha bien.

Silenciosos contemplaban al inconsciente. La confianza de cada uno descansaba en la pericia del médico, que seguro de sí mismo

aceptaba su responsabilidad.

—Parece dormido —comentó el representante.

—Dormir, es morir un poco cada día —dijo el filósofo—. Se marcha uno del mundo y no existe. La muerte no es más que un sueño muy largo.

—Pero un sueño con descomposición de vísceras —dijo el médico.

—No sé hasta qué punto —replicó el filósofo—. Mira a todos esos que duermen, huele lo que rezuman y dime si no están descompuestos. Los que duermen están muertos.

—Calla y no hables así —dijo estremecido el representante.

El médico volvió a tomar el pulso al jorobado y todos callaron esperando sus palabras. No dijo nada. Al parecer, estaba tan preocupado como los otros, pero con una forzada sonrisa trataba de infundir ánimo a los demás. Su preocupación fue descubierta por sus amigos, cuando a los pocos segundos volvió a tomar el pulso. Miraba el rostro del jorobado e iba abriendo los ojos con amarga incredulidad. Pedro adelantó su ansiedad a la de los otros.

—¿Qué?

El médico siguió callado. El filósofo había suspendido la masticación y miraba con alarma. El representante repitió la pregunta:

—¿Qué?

La cabeza del médico se movió en sentido negativo.

—No sé. El pulso está muy rápido y se percibe mal.

—Pero… —Pedro no supo qué más decir y se calló.

Pasaba el tiempo y la respiración del jorobado se agitaba de más en más. El pintor asoció el momento con la triste agonía del gallo en el camastro del rincón. Se estremeció. Su amigo no debía morir. Iba disparado hacia la gloria terrena y ésta no podía estar lejos. No. Es pronto; Señor, déjale vivir un poco más, espera a que el mundo le haga justicia y después… ¡Pobre jorobado! Quizá el médico había encontrado el remedio. Con un lápiz escribía una receta. En aquellas pocas letras estaba la salvación del amigo. El jorobado sabría estarse quieto y aprovechar las fuerzas del tónico; viviría, viviría.

El representante salió corriendo hacia la farmacia. Los que quedaron allí, le empujaban con su afán.

Le vieron detenerse antes de llegar a la puerta y después, volver sobre sus pasos.

—Dadme dinero para la medicina.

—¿Dinero? —Se miraron unos a otros. Pedro tenía mucho dinero en el Banco. Una desesperada angustia les hizo callar. Estaban sin un céntimo y sin crédito. El farmacéutico sería un hombre respetable. Su mujer y sus hijos necesitaban el dinero de los productos que vendía. Era necesario pagar.

—¿Costará mucho el medicamento? —preguntó Pedro.

—Unas doce pesetas.

—¡Doce pesetas!

Pedro se levantó repentinamente iluminado. El mendigo de su calle roncaba a pocos pasos. Se acercó a él y nerviosamente le sacudió un hombro.

—Devuélveme las doce pesetas de la colcha —dijo excitado.

El salmodiero abrió los ojos, le miró un momento y, gruñendo, se volvió de espaldas.

—Te he dicho que me devuelvas las doce pesetas —insistió Pedro, zarandeándole con desesperación.

—¡Tus doce pesetas! —El mendigo se había sentado en la cama y mostraba la ajironada colcha—. Toma, llévate esto y déjame en paz.

Pedro se crecía en indignación; aquel ente despreciable se había permitido tutearle. A él, al glorioso Pedro. Pero no estaba para reflexiones. El jorobado pedía con urgencia la salvación. Comprendió que sacar algo del salmodiero era imposible, y decidió implorar la caridad de cualquiera que no fuese él. Golpeó con suavidad la más próxima espalda, e inmediatamente tuvo ante sí una complacida sonrisa.

—¡Huy, chico! Qué malo eres…

Aquel rostro de cejas depiladas y labios pintados, denotaba el equívoco del que le miraba. ¡Todo por el jorobado! Se sobrepuso a la repugnancia y pidió enternecido:

—Por favor, amigo. ¿Puedes prestarme doce pesetas? Mañana te daré por ellas todo el dinero que me pidas.

—¡Qué rico! —y dibujó una sonrisa en sus labios apretados a tiempo que se destapaba un hombro desnudo.

Pedro se alejó de allí. ¿Qué más podía hacer? Sus amigos le

miraban esperanzados. No podía defraudarles. Sabía que ellos estaban vencidos; él, todavía no. El jorobado se moría poco a poco. Se subió de pie en una cama y batió palmas con toda su fuerza. Al momento, se produjo la esperada salva de insultos y miradas amenazadoras. Pidió silencio y por si volvía a llover dinero, todos callaron.

—Amigos, un compañero se está muriendo. Necesitamos doce pesetas para comprar una medicina. Soy Pedro, el famoso pintor; al que me preste ese dinero, mañana le devolveré ciento por uno…

Una risotada colectiva sucedió a sus palabras.

—Que se calle… que los tiren de aquí…

No lo hubiese creído. Sabía que la multitud era indiferente y egoísta, pero nunca la imaginó tanto.

Volvió entre los suyos y ni él ni los otros dijeron nada. El jorobado respiraba más de prisa. El médico le mantenía el pulso de modo permanente, atento al fin inevitable de aquella pobre vida.

El filósofo agotó la última esperanza, registrando los bolsillos del moribundo. Míseras pertenencias se pusieron de manifiesto. Un lápiz, tres colillas, un real y un fajo de papeles escritos y cuidadosamente doblados, en cuyo encabezamiento se leía, «Humanización del arte».

El jorobado murió al amanecer, según el médico, de una borrachera.

XXVI

¿Cómo quieren el entierro, de primera, de segunda o de tercera?

Pedro recordaba las palabras del gerente de la funeraria. Por fin, todo había terminado; el jorobado dormía el sueño eterno en un ángulo del cementerio nuevo y hasta su tumba llegó el recuerdo de sus amigos, que depositaron en ella una corona de laurel.

«La humanidad no supo comprenderte, pero nosotros sí.»

El entierro había sido tan fastuoso como miserable fue la vida del escritor. La carroza de primera clase, precedida por el imponente clero, se detuvo ante el dormitorio colectivo. Las almas pervertidas del barrio se encogieron de pasmo. Una muerte vestida de luto y solemnidad, les hablaba de humanas miserias. Como algo lejano que existió algún día, despertaba en ellos una olvidada ternura que les aproximaba a la bondad. Una mujer en plena cuesta abajo, perdida, sin esperanzas, lloró por el desconocido, asomada a un mundo luminoso que pudo haber hecho suyo, pero se le fue de las manos cuando era tiempo.

Adiós, jorobado. En ti hubo un corazón incomprendido. Los de tu época no fueron para ti. Tu error estuvo en que quisiste ser para ellos cuando tenías alas para volar solo. Tu poco de verdad te llegó al fin y, como el angelito Francisco, has nacido para los que son buenos eternamente.

Pedro miraba al techo. Tenía mucho sueño y no podía dormir. Akim el marinero cojo, el angelito Francisco, el caballo Plumero… le abstraían. Algo imposible nacía en el afán de Pedro; pintarlos. La desaparición del amigo le había situado en una zona imprecisa entre la vida y la muerte que casi le permitía comprender lo incomprensible. Ella también estaba allí. Su existencia real era lo de

menos, estaba en su imaginación y así parecía mucho más tangible. Sentía como él, lo amaba, y la sensación de sus brazos adorados en torno a su cuello, exaltaba la emoción que le poseía. Las lágrimas corrían por sus sienes hasta la almohada mugrienta. Evocaba en dulce comunión de sentimientos al jorobado y a ella. Recuerdos lejanos y tristes aparecían y desaparecían atenuados. Ana de Tordesillas y el gallo hacían historia de desdicha al recordarlos en este momento sentimental. Pero parpadeaban; el tiempo los arrinconó en zonas muertas de su sensibilidad. Ella y el escritor jorobado eran pérdidas recientes y mucho más amargas. Toda su vida lloraría por ellas; tiempo y distancia aproximaban sus almas dispersas.

Solo. Con los del techo y con sus pinceles. Juntos, hacia la inmortalidad. Mañana saldría el sol de un modo diferente. Ella estaría con él y él pintando, pintando. Sublimando el sufrimiento que era, sin duda alguna, el más exquisito goce del alma.

Las golondrinas volvían al nido y lejos sonaba el piano tan lánguido como la tarde de primavera. La soledad intensificaba el recuerdo, haciéndolo más doloroso y desesperado. Pedro quería ver dolor en los del techo para pintar el dolor. Akim el marinero cojo, no podía llorar; sus rudas facciones estaban tristes, pero el personaje soportaba con entereza el mal trago y apenas era perceptible el brillo de sus ojos. Los hombres de verdad no lloran nunca, pensaba Pedro, y Akim es un hombre endurecido por el mar.

El angelito Francisco tampoco lloraba; reía. Era la suya una alegría infantil y divina. Pedro comprendía. Estaba en el cielo, con el jorobado, con Ana, con el gallo; allí eran felices compartiendo el goce infinito que no pueden comprender los que no son más que pobres mortales.

El más sensible era el caballo Plumero. Él sí lloraba. El noble animal vertía lágrimas que corrían hasta sus narices. A veces un relincho le ayudaba a sacudirse la pena.

Pero las golondrinas eran indiferentes. No percibían las cosas de la vida. Eran seres locos e inconscientes. Volaban sin tino ni razón, para embellecer al mundo, sin darse cuenta de su propia belleza. Llegaban a todas partes como mensajeras de amor y de esperanza; después se iban. Las golondrinas sólo hablaban de ella; de las demás cosas, nada sabían.

Pedro soñaba con su techo. Iba a vivir para todos; palpitando como palpitaban para él. Sus amigos silenciosos tenían ante sí un horizonte de eternidad; no debía dejarlos morir, seguirían en el mundo hablando a los siglos de un hombre llamado Pedro que les fue entrañable mientras vivió. Y las generaciones educadas se quitarían el sombrero para saludar a la gloria del inmortal.

Quedaba muy poca luz. Pedro comprendió que por fin iba a dormirse y a la vista de aquel sueño dulce y gratuito que venía, recordó otra vez la vida mísera y angustiada del jorobado. Cada jornada tenía la exigencia inexcusable de los tres reales. Pensó espantado en un día de cansancio como el que sentía y sin la calderilla necesaria para poder dormir. La vida era cruel en sus exigencias. Todos no gozaban de un confortable aposento lleno de intimidad, donde las cosas eran gratas y familiares. El sueño acudía apacible y los amigos decían buenas noches. Después, todo era paz y silencio. Las noches del dormitorio colectivo eran agitadas; los hombres dormían abrazados a sus míseros tesoros y dominados por la ambición de las cosas inmundas. Ellos mismos eran inmundos y despreciables. Un hombre de visera charolada se paseaba entre las camas como un cómitre, con la mirada alerta y el látigo en la mano. A dormir, a dormir; era una orden silenciosa. Se pagaban tres reales, pero se contraía la obligación de dormir. Y a aquellas horas ya habría hombres en el dormitorio… Entes desharrapados, mutilados, deformes, con las cejas depiladas… y en la puerta del túnel, mujeres desvaídas y avariciosas de despojos. Allí vivió el jorobado y allí murió; en el estercolero de la ciudad. Antes, había concebido la «Humanización del arte».

Había cerrado los ojos hacía un rato. Ya no pensaba, dormía. El piano sonaba sin necesidad; su canción de cuna no la percibían los sentidos de Pedro. Estaba cansado y su sueño era profundo.

De modo confuso, percibía la sensación de no estar solo. No lo estaba. Alguien había franqueado con naturalidad la puerta de la buhardilla y como quien ocupa su propia casa, se sentó en el camastro donde Pedro reposaba. Mantenía un cigarrillo y chupaba de él con avaricia.

El pintor volvía a oír el piano; su sueño se hizo intranquilo y movedizo. Sin embargo, toleraba al intruso sin interesarse por él. ¡Con tal de que le dejase dormir! Estaba cansado y su máxima

ambición era el sueño.

—Pedro.

Era la voz del médico.

Pedro se alegró de oírle. Sin abrir los ojos le contestó:

—¿Qué quieres?

—Necesito beber algo y no tengo dinero. ¿Te queda alguna botella?

—Sí; ahí junto a la cama encontrarás.

Callaron. Pedro reconquistó el sueño y, al poco, ya no percibía las cosas de su alrededor. El médico, con una botella en la mano, miraba hacia el tragaluz. Había anochecido totalmente; las golondrinas estaban en el nido.

De vez en cuando, el médico bebía, para sumirse de nuevo en la contemplación ausente del tragaluz. Meditaba y, al parecer, no tenía sueño. Poseía el aspecto de un hombre sereno y de nervios firmes. Sin su incorregible tendencia al alcoholismo, hubiera sido un magnífico ejemplar de la raza humana. En sus facciones se dibujaban pequeñas retículas congestivas y la cabeza se le había ido hundiendo entre los hombros, aparentando por ello una prematura vejez. Carraspeaba y tosía de vez en cuando.

—¿Duermes, Pedro?

Silencio. Pedro dormía y eso contrariaba al médico. Es seguro que estaba locuaz y sentía la necesidad de desahogarse. Llamó otra vez con ánimo de despertar.

—Pedro.

El pintor despertó molesto.

—Tengo sueño —dijo.

—Yo también tengo sueño, pero quiero hablar contigo.

El pintor encendió la luz y se sentó en la cama bostezando. Tomó la botella en la mano del médico y se dispuso a beber. No lo consiguió. Su amigo le quitó la botella alarmado y sin dejar de mirarle, se apartaba de él lentamente.

—No beberás ni una gota mientras yo pueda evitarlo. Nadie beberá delante de mí. Eso ya se acabó.

Pedro estaba intrigado, pero nada dijo; limitose a encoger los hombros y a bostezar otra vez. El médico volvió a levantar la botella y durante un buen rato la mantuvo aplicada a su boca. Luego, la puso boca para abajo y de este modo demostró que estaba

vacía. Una sonrisa de triunfo acompañaba su gesto.

Dejó la botella en el suelo y otra vez acudió junto al camastro, donde se sentó con pesadez.

—Necesito decirte algo, Pedro —calló un momento y después de una profunda inspiración hizo su sensacional confesión—: Yo maté al jorobado.

Pedro no comprendía. Con los ojos muy abiertos esperaba que fuese aclarada la monstruosidad. El médico continuó desahogándose.

—Compré botellas y las llevé al dormitorio. El jorobado estaba triste y bebió demasiado. Esa fue la causa de su muerte. Yo sabía que su corazón y sus pulmones no podrían aguantar grandes esfuerzos dentro de aquel tórax deforme, pero no pensé en eso y le di a beber… cuanto quiso, todo me parecía poco porque su fracaso yo lo sentía en mi alma y quería hacerle olvidar. Le quería como a un hermano, más que a nadie, más que a ti mismo, Pedro. Y lo he matado. ¿Te acuerdas de aquel verso que nos leyó en Lión? Todavía me parece estar oyéndoselo.

Pa rimbomba catatá
De sun causun patatapó
Kin de pon peroratá
La chumba pun de jeripó.

Pronunciaba aquellos inmensos disparates, enjugándose con el pañuelo lágrimas de desesperación y entrecortando la voz con hipos incontenibles. Pedro no sabía qué decir. Trataba de comprender el abatimiento del médico y le disculpaba pensando que las cosas en la vida son inevitables. La intención, cuando es buena, absuelve y hasta dignifica; el médico quiso mimar, a su modo, al amigo. La fatalidad hizo malo el buen deseo y frente a lo irremediable no restaba más que llorar o desear la muerte como manifestaba el médico.

—¡Si por lo menos me hubiese muerto yo también! ¿Qué hago aquí? ¿Para qué quiero seguir viviendo? Mi mujer y mis hijos me desprecian. Algunas veces voy a verlos a los paseos donde toman el sol y los miro de lejos tiempo y tiempo, hasta que descubren que estoy allí y se van a casa como si viesen un animal dañino. He perdido mi clientela, mis compañeros evitan hablar conmigo; soy

escoria de la sociedad, sin una ambición sana con que sustentar mi vida. Vosotros me admitisteis en Lión porque todo os da lo mismo; estáis al margen de la vida y del mundo y no podéis apreciar lo malo. Y yo, ni siquiera supe agradecer vuestra generosidad; maté al jorobado, el alma de todos, el mejor. Soy veneno y no tengo valor para cumplir con mi deber; mi deber es matarme y liberar al mundo de mi presencia…

Se exaltaba hablando y sus ojos no miraban más que al oscuro agujero del tragaluz. Pedro lo observaba atento y temeroso. El médico había callado. La buhardilla dejó de ser un lugar tranquilo y apacible como pensara el pintor al dormirse. Otra vez la voz del médico.

—¿No dices nada?

—No puedo decir nada. Estoy triste como lo estás tú. No pienses, pensar es desesperarse a cada momento; eres bueno y por eso sufres. Acuéstate, duerme y espera.

—No puedo esperar más, estoy impaciente. Adiós, Pedro.

Y levantándose corrió hacia el tragaluz con pasos oscilantes. Pedro oyó como se rompían los cristales. El médico deliraba por el alcohol y su delirio era ambición de morir. El pintor corrió tras él y pudo alcanzarle. Un empujón bastó para que el médico se desplomase junto a la ventana; en cualquier circunstancia normal, no hubiera sido posible: Pedro era mucho más débil.

—¿Por qué lo has hecho?… Me costó mucho decidirme, no sé si podré intentar otra vez. Es horrible ver como la muerte viene hacia nosotros…

La voz del médico era gangosa; estaba completamente borracho. Las manos le sangraban por los cortes que le produjo el cristal.

Pedro comprendió que no podría levantarse del suelo en toda la noche. No le dejaría allí. Le arrastró hasta el camastro del rincón y con grandes trabajos pudo acostarle. Luego, cubrió su cuerpo con la capa de esclavina y dijo, seguro de que no lo oía:

—Duerme y olvida, desdichado.

Se acostó junto al amigo y al poco, dormía él también.

Las golondrinas huyeron espantadas por el ruido de los cristales rotos, el sereno acudió alarmado, pero después de un rato sin oír más que silencio, siguió cantando la hora.

XXVII

PEDRO pintaba otra vez. Hacía semanas que murió el jorobado y desde entonces no había salido a la calle. Estaba demacrado y su delgadez se acentuó durante la lucha sostenida con el gran lienzo. Todos los del techo, tal como eran, ya estaban allí. Los retoños de las golondrinas, recién llegados al mundo, se asomaban por la puerta del nido para contemplar el cuadro y Pedro se apartaba un poco a fin de dejarles ver.

El judío acudía diariamente a contemplar la obra. Sentado en una silla, miraba durante horas el trabajo de su protegido. Callaba porque sabía que hablar era estorbar, pero tan pronto encontraba un momento oportuno, se refería a cifras astronómicas con las que no lograba impresionar a Pedro. Según el usurero, nadie había conseguido más en un lienzo de tan grandes dimensiones. Dulzura, emoción, intensidad…, cosas que hasta parecía sentir cuando se refería a ellas, aunque en seguida hablase de miles y miles de duros y del gran mercado norteamericano. Ya tenía pedidos en firme para la adquisición de las obras que Pedro aún no había pintado y seguramente no pintaría jamás. A Pedro sólo halagaba el interés de los museos; su arte era para todos y quería para él los ojos del mundo entero. Sus amigos del techo iban a cruzar el mar. Algún día, puede que llegase a pintar la música del piano; las melodías del pianista desconocido eran el principio y el fin de toda su inquietud artística y aspiraba a poder encontrarles la forma; sin duda alguna la encontraría y ésta era su ilusión al conseguir dar vida a los seres que nadie más que él podía ver.

Las menudencias estaban perfectamente atendidas por el usurero. Traía la comida, renovaba los pinceles gastados, compraba pinturas…, que nada le faltase al genio. Los dos juntos eran una

entidad capitalista; separados, nadie ni nada. Cuando lo creía oportuno, el judío se marchaba sin decir nada, igual que llegaba, de puntillas y temeroso de ser visto. Un momento de distracción podía significar la pérdida de unos miles de pesetas. Pedro pintaba fuera de la tierra; que no volviese hacia los mortales, que siguiese allí, en su sitio.

Algunos días fue el médico al estudio. Molestaba poco.

—Dame de beber, Pedro; estoy sin dinero.

Y Pedro no decía nada. Seguía pintando y sufriendo. El médico tomaba una botella y tumbado en el camastro del rincón, bebía hasta emborracharse. A veces, se quedaba dormido y así estaba horas y horas; cuando despertaba, se iba sin decir nada; estaba seguro de que a Pedro le daba lo mismo. Muchas noches, cuando el pintor buscaba extenuado el camastro, encontraba allí al borracho. Aquello no tenía importancia, le empujaba un poco y dormían juntos. Al despertar solía encontrarse solo.

El filósofo y el representante fueron dos veces a enterar a Pedro de que tenían hambre y la tercera vez que aparecieron en la buhardilla, lo hicieron ex-profeso para devolver al amigo el dinero que les había prestado y a beberse en su compañía dos botellas de *champagne*.

Pedro no lo podía creer.

—¿A quién habéis robado?

La pregunta les ofendió. Ellos eran honrados, nunca robaron a nadie. ¡La lotería! ¡La lotería!

—Tu dinero es afortunado, Pedro. Jugamos a la lotería con lo que nos diste y tenemos un montón de duros. Míralos, míralos qué bonitos son.

Y con los ojos animados, mostraron un fajo de billetes de banco.

—Venimos a despedirnos de vosotros. Nos marchamos a América; a trabajar.

—¿A trabajar? —dijo el médico.

—O a lo que sea. Lo importante es que nos marchamos a América. ¿Quién se viene?

No cabía duda de que los dos estaban completamente borrachos.

La despedida fue tierna y emocionante. Jamás se volverían a ver. Palabras solemnes se repetían en la buhardilla; siempre, nunca, última vez… Todo sonaba con estruendo de catástrofe. Se iban para

no volver más. Imposible resignarse a la pérdida de aquellas almas hermanas. Pedro y el médico agitaron sus pañuelos desde el tragaluz de la buhardilla y los emigrantes respondían con los suyos, detenidos en la calle y sin decidirse a volver la esquina. Adiós, adiós. El mar inmenso les separaba; cada vez quedaban menos. ¿Cuál de los dos sería el próximo?

Pedro y el médico se miraban; sabían que pensaban lo mismo, ¿cuál de los dos? Se distendieron sus facciones y, cosa rara en ellos, acabaron riendo de buena gana. El médico tendió la mano y Pedro la estrechó.

—Juntos y solos; el mundo se hace cada vez más pequeño.

A Pedro le gustaron las palabras de su amigo. Se acercó al cuadro, añadió una pincelada y estampando la paleta contra el suelo, dijo:

—Ya está.

Silenciosos, contemplaron la obra. Akim el marinero cojo, el angelito Francisco, el caballo Plumero…, hasta la vieja del rincón; todos estaban allí con sus gestos o sus muecas, como en un abrazo quimérico de cielo y tierra. Bajo un sudario blanco estaba Ana de Tordesillas, invisible para todos menos para los ojos de Pedro, que respetuosos, veían a través del velo que la cubría.

—Es impresionante —dijo el médico.

—Así he querido que sea —replicó el pintor.

Una hora más tarde, Pedro seguía mirando su obra. El médico estaba tumbado en el camastro del rincón, trasponiendo las fronteras de su mentalidad.

—¿No tienes más botellas?

—Mañana te traerá el judío.

Y quedaron cada uno en lo suyo. Pedro no acertaba a precisar una confusa idea que forzaba su entendimiento. Era algo muy intenso que distraía su atención; cada vez eran más borrosas las figuras del cuadro y más fijo el pensamiento que se le adentraba. Sabía que, como el cuadro, su nueva inquietud se acercaba a lo divino proporcionándole un extraño goce que no era nuevo en su vida. Una fuerza superior a la suya le hizo virar la cabeza y entonces la vio. Ella, a su lado, contemplaba el cuadro con mirada absorta.

Pedro no dijo nada; su obra ya decía bastante. Más, mucho más

de cuanto él pudiera decir. Ella estaba mirando y en sus ojos había la misma expresión de un lejano e inolvidable anochecer que la luna producía reflejos formidables en el agua.

—Esto es algo maravilloso —dijo. Y al poco añadió—: Sí, me gusta, sé que me gusta; pero no lo entiendo.

El pintor se limitó a mostrar el lienzo con una mano y el techo con la otra. Intentaba sonreír y lo conseguía de mala gana. Ella seguía intrigada.

—Sigo sin entender.

—Son mis amigos; los del techo ¿no los conoces? Ana de Tordesillas está debajo del sudario. El angelito Francisco vuela eternamente sobre ella.

—Es portentoso, Pedro. No creo que a nadie en el mundo se le pudiese ocurrir nada más genial.

El médico se permitió una opinión con aquella voz gangosa que le producía la bebida.

—Tenga en cuenta, señorita, que Pedro no vive en el mundo. Ha superado lo humano y concibe las cosas de un modo raro.

Ella se había vuelto hacia el médico; hasta entonces no se dio cuenta de su presencia.

—¡Hola, doctor! Le recuerdo perfectamente: usted es el médico del pobre gallo.

—Sí, yo soy —dijo en tono abatido.

Pedro no quería volver a las cosas desagradables. Su obra estaba conseguida; ella volvió; todo era bueno y había motivo para estar alegres. La intuición de la jovencita adivinó lo que convenía al ánimo del pintor.

—Hace días que quería venir, pero los exámenes me tuvieron muy atareada. ¿No me esperabas, verdad?

—Te esperé cada día, todos te esperábamos; creo que te hubiésemos esperado toda la vida.

Ella sabía que Pedro hablaba de los amigos del techo y miró sonriendo hacia el cielo raso.

—Es agradable saber que seres tan importantes la esperan a una —su ironía sólo trascendió al médico.

Pedro se interesó por las cosas de ella.

—¿Y tus exámenes?

—Así, así; mejor no hablar de eso.

No hablar de eso era no hablar de nada, puesto que Pedro dijo tal cosa por no estar callado. El médico disponía de más recursos y la invitó a sentarse; seguía tumbado en el camastro del rincón y hablaba de todo y de nada con gran facilidad.

—Usted es notable entre nosotros. La conocemos porque Pedro nos la nombró muchas veces, aunque sí le he de decir la verdad, fue un modo raro de nombrarla. Usted es ella. Su nombre no importa, se encontró con él al nacer como nos encontramos todos; nadie tiene la culpa de llamarse de algún modo. El nombre es lo de menos en la vida, puesto que un nombre sin personalidad no es nada y una personalidad no necesita nombre. Mire ese cuadro y dígame para qué serviría una firma al pie. Es bueno por sí solo, con o sin firma. Únicamente los pobres de espíritu son capaces de valorar un cuadro por la firma del genio. Piense que los genios están sujetos a las leyes de la biología y sufren catarros e indigestiones. Del genio interesa el momento genial y lo difícil es interpretarlo.

La jovencita lo oía con interés. En aquel ambiente de cosas raras, hacía un nuevo descubrimiento que embargaba el interés de sus sentidos. Primero Pedro, ahora el médico. Cualquiera de ellos era lo bastante notable para hacerla olvidar a todos los jóvenes formidables que conocía. Puede que su padre no fuera más viejo que aquellos hombres extraños, pero su padre era un hombre seriado como todos los que se movían a su alrededor; el pintor y el médico formaban un par de locos sublimes que sabían hacer y decir cosas diferentes y sensacionales. Ella los veía como individuos superiores, no dudaba de que eran mejores que los otros, pero no sabía por qué. Es posible que, si le hubiesen preguntado, no se habría atrevido a decirlo.

Pedro estaba algo molesto por aquella atención que la jovencita prestaba al médico. No eran posibles los celos, tratándose de su amigo, pero necesitaba a la muchacha para él solo y su cerebro bullía en busca de una idea ventajosa para atraérsela del todo. Lo más sensato que pudo decir fue así.

—Tienes razón, mi firma ni la de nadie importan, junto a una realización inmejorable. Yo sé que este cuadro es mejor que ninguno porque me lo han dicho los sentidos, lo mismo que también sé que entre los otros pintores y yo, no hay más que una diferencia: ellos lo hacen muy mal, yo lo hago muy bien. Nadie es

capaz de decir esto; pero si todos hablaran como piensan, muy pocos dirían lo contrario. Para enseñar lo que uno hace, hay que tener un alto sentido de la propia apreciación y esto es vanidad. Puedo decirlo porque hoy creo en mí y me atrevo a enseñar lo que hago, indiferente a la opinión de los demás; sé que es lo mejor y eso me basta. Cuando no lo creía, mis cuadros se amontonaban en un rincón y mis caricaturas valían una peseta. El hambre me obligaba a enseñar al mundo mi ropa sucia.

—Pero… —dijo la jovencita—, esas cosas puede que sean verdad; sin embargo, tú no debías decirlas.

—¿Crees que no? —la voz de Pedro sonó apenada y arrepentida.

El médico intervino en su favor.

—Escuche, jovencita: La integridad de los hombres es algo raro en la vida de todos los días. Nadie dice lo que piensa y la mentira conduce uniformados los movimientos de la humanidad. La modestia es una palabra que yo la borraría del diccionario, por lo menos para determinadas acepciones. Substituiría esa palabra por otra menos usada y más real, «exhibicionismo». Un pobre poeta escribe unos versos y tortura al amigo con su lectura; antes le ha dicho: «Te voy a leer unos versos, son muy malos, pero ya me dirás lo que te parecen». Si cree que son malos, huelga hacer sufrir a los semejantes con ellos, y si no lo cree, sobra pedir la opinión de los demás. Cuando ha terminado de leer, el amigo dice siempre: «Eso está bien, eso está bien». ¡Aplauso!; pero ¿qué piensa el amigo? «Eso no hay quien lo aguante, eso no hay quien lo aguante». Dijo lo más fácil. No, señor. Debemos hablar como nuestro pobre jorobado: «Os advierto que esta poesía es altamente revolucionaria. Estoy seguro de que el día que lance un libro con este estilo, armaré un verdadero escándalo; oíd». Le oíamos, y después le abucheábamos. «Fuera, fuera…». Pero aquello era la verdad, Pedro dice su verdad y los hombres íntegros también la dicen, pero viven con ella, solos, arrinconados y lejos de un mundo que sólo especula con la mentira.

Para Pedro aquello no era más que vulgaridad; sin embargo, interpretaba y agradecía la defensa, tratando de recordar aquella famosa marca de coñac con la que pagaría el esfuerzo a su amigo.

Hablaron de bastantes cosas y, como siempre, la despedida fue lo peor. Ella disponía de dos localidades para asistir al partido final del campeonato de futbol. Sería algo emocionante y apropiado para

pasar una buena tarde con el pintor.

—¿Te gusta el futbol?

—Sí, mucho —y al mentir, Pedro recordaba aquellas palabras de su amigo el médico: «Un mundo que sólo especula con la mentira».

En realidad, no sabía si le gustaba o no, no había visto un partido en toda su vida, pero estaba seguro de que no le interesaba. No obstante, algo le animó a transigir con alegría, procurando asimilar la idea de que el futbol era un espectáculo grato; ella y él vivirían juntos y solos una tarde entera. Valía la pena ir al futbol, a ella le gustaba; algo bueno habría en aquello que él hasta entonces no había podido comprender…

Cuando se marchó la jovencita, el médico le dijo asombrado.

—¿De veras te gusta el futbol?

A Pedro le molestaba la pregunta y procuró evadir la respuesta, pero los ojos del médico fijos en él, la reclamaban sin excusa. Le costó un gran esfuerzo decirlo.

—Sí; me gusta, me gusta, ¿tiene algo de particular?

El médico no contestó, puso sus ojos en el techo y sonriendo, emitió un silbido muy largo que no era más que incredulidad. Pedro estaba nervioso y molesto; la olvidada marca del coñac famoso ya no le importaba lo más mínimo.

Ya era mediodía. El médico, faltando a la costumbre de aquellos días, se despidió desde la puerta.

—Me voy, Pedro.

Pedro extrañó el cumplido y, cosa rara, su amigo, que siempre se iba sin decir palabra, esta vez estaba detenido en la puerta. Pedro interpretó su deseo.

—¿Quieres algo?

La contestación tuvo alguna demora, parecía vacilante y tímida:

—Te agradecería que me acompañases a dar un paseo; quiero pedirte un favor.

Pedro se puso el sombrero y salió con él.

La calle, después de tantos días de encierro en la buhardilla, le pareció algo nuevo y agradable. El sol, el colorido, la gente… cosas todas, llenas de alegría e impregnadas de sabor de ella. Ella pertenecía a la calle y la calle era cosa buena. La vuelta de la jovencita fue el retorno a la vida, a la ilusión, al amor.

—¿Qué te ha parecido?

El médico no dudó un momento; Pedro estaba abstraído y sólo a ella se podía referir.

—Me parece una muchacha vulgar. Su aspecto es vigoroso, no es del todo fea y viste bastante bien; pero no tiene nada de particular. Si miras las jóvenes que vamos cruzando, encontrarás docenas como ella.

Pedro se escandalizó:

—No sabes lo que dices —y con las cejas fruncidas se sumió en silencio.

El médico no quiso discutir lo que no le importaba. Parecía tener cosas graves en qué pensar y no osó interrumpir el irritado mutismo de su amigo.

Cruzaron calles y plazas y al fin se encontraron andando por las avenidas del Parque. Las niñeras cuidaban de los niños de casa rica. En algunos bancos, las madres jóvenes hacían labores de ganchillo. La vida burguesa de la ciudad respiraba el aire libre de la mañana por aquel agujero que se abría al cielo, sin tejados ni azoteas.

El médico dijo una vez:

—Sentémonos aquí.

El banco estaba muy sombreado. Ante él, crecían arbustos y rosales que le ocultaban la vista de las gentes; por casualidad, estaba libre de enamorados.

A Pedro le gustó el sitio. Hablaban entonces de cualquier cosa, pero el médico parecía no prestar atención a nada. Miraba a través del follaje y, a veces, contestaba contrasentidos.

—¿Qué te pasa? —dijo Pedro una vez.

—Mírala. —La voz del médico temblaba emocionada y sus ojos indicaban una dirección.

Pedro vio en un banco apartado, siguiendo la mirada de su amigo, una mujer. Muy guapa, muy elegante, muy distinguida. Como otras muchas diseminadas por el Parque, se entretenía en una labor de punto. El pintor la admiró como hombre y al momento, sintiendo su pequeñez y la de los suyos, dijo:

—¡Pobre amigo! No mires más; no sueñes. Eres estiércol, ella es una diosa.

—Tienes razón, está tan lejos de mí que no comprendo ahora cómo pude tenerla tan cerca.

—Vámonos, bebiste mucho y deliras.

—No deliro, Pedro; es mi mujer, mi mujer. Tú no sabes hasta dónde llega mi sufrimiento. En casa no había más que su dinero, no era nuestra casa, era su casa. ¿Entiendes ya?

El pintor asentía sin pronunciar palabra. Súbitamente percibió la sensación de que estaba solo; unos, muertos; otros, en América, y el médico… lo había perdido. Fuerzas sobrenaturales le tiraban del alma y quería escapar impotente hacia su mundo: estaba allí, junto a él, con todo lo impuro y degenerado del cuerpo, pero lo verdaderamente bello, la escondida pureza sentimental, pertenecía a lo que ambicionaba con la desesperación de lo imposible.

—¿Comprendes por qué yo no me fui también para América? Mira aquellos niños que juegan: son mis hijos. Me desprecian y tienen razón.

Calló un rato, suspiró y dijo:

—Te he pedido un favor. Toma, ¿quieres llevar este paquete a los niños?

—¿Qué es esto?

—Caramelos.

XXVIII

PEDRO andaba ilusionado junto a la jovencita. El partido final de campeonato tenía alterados los nervios de la población y los suyos, caso insólito, también. Ya se había decidido por un equipo: el mismo que ella. No se podía dudar que los componentes del equipo contrario eran todos unos forajidos, indignos de andar sueltos por la calle. Quería y podía convencerse de dos cosas tan verdaderas y para conseguirlo era suficiente con oír a su compañera y creer cuanto ella decía. Nombraba los futbolistas con una prodigiosa agilidad mental. Los había adorables, indiferentes, odiosos. Uno entre todos, de un «chut», un «chut» formidable, perforó la red. Sin duda, había una red en algún sitio del campo de futbol.

Las calles ofrecían una animación extraordinaria. Todo el mundo iba al futbol. En algunos lugares se concentraban pequeños grupos de rezagados que ofrecían el sueldo de un mes por una entrada. Los revendedores exhibían aquellas magníficas estampas que servían para entrar al campo y, cuando algún afortunado conseguía una de ellas, los pobres o tímidos le miraban con ojos envidiosos. Pedro poseía dos billetes de los tan codiciados y esto le confería una grata sensación de superioridad.

Por todas partes asomaban grupos de jóvenes congestivos, luciendo emblemas, manteniendo pancartas alusivas al equipo de sus esperanzas y dando gritos que siempre terminaban igual.

—Ra, ra, ra.

Algunos —podía leerse en sus pancartas—, venían desde muy lejos. Las sociedades de turismo organizaron expediciones para asistir al partido, y no debía quedar ni un alojamiento libre en toda la ciudad.

Fue imposible subir a un tranvía de los que conducían al campo

de futbol. Estos vehículos se adivinaban, al ver avanzar a gran velocidad, por en medio de la calle, a una enorme pelota humana, de cuyo centro surgía el toque arrebatado de la campanilla.

Iban en busca de la felicidad y para hacerla más cierta, casi todos los hombres mantenían habanos entre los dientes.

Los taxis estaban en su totalidad en servicio; cruzaban veloces en todas direcciones a fin de conseguir el mayor número de viajes. Regían precios fuera de tarifa y no era cosa de perder el brillante negocio. Para los chófers, aquellos minutos que precedían al partido equivalían al jornal de toda una semana.

La jovencita se desesperaba.

—Haremos tarde, haremos tarde —decía.

—No te preocupes —contestaba Pedro, sin confiar gran cosa en sí mismo.

Plantado en medio de una calle, hacía señas a los conductores para que se detuviesen y los insultaba cuando pasaban por su lado insultándole y haciendo un quiebro con la dirección, para no matarlo. A veces, corría hacia algún coche momentáneamente detenido y, cuando llegaba, ya tenía delante una docena de apresurados.

Empezaba a desalentarse. Se dio cuenta de que el futbol no le importaba en absoluto. Ella sí. Por ella iba al futbol, pero hubiese preferido pasar la tarde bajo los árboles del Parque, o en las rocas, mirando el mar y solos. Las tendencias gregarias de la humanidad no eran cosa suya. Prefería la soledad, la paz, la dulce meditación. Había que seguir. Reflexionar era dejar de pertenecer a la multitud y ahora pertenecía a la masa como uno más. Muy cerca, un inesperado taxímetro ofreció llevarles al campo por cinco duros.

Ella ya le esperaba en el asiento cuando Pedro se dio cuenta del ofrecimiento.

—Date prisa —le decía.

Subió y no pudo comprender al momento las palabras de la joven.

—¡Nos ha venido al pelo! Hemos sido muy afortunados.

—¿Afortunados? ¡Ah, sí! Hemos sido muy afortunados.

Un hombre afortunado puede ser aquel a quien le toca la lotería o consigue ir cómodamente al futbol pagando cinco duros por el transporte.

Un campo de futbol es un espacio inmenso, rodeado por millares de personas que se escalonan en graderíos. En el gran cuadrado central crece la hierba baja, que vista desde las gradas, produce un efecto muy agradable. Así vio Pedro el estadio.

Los futbolistas aún no estaban en el campo; parecía imposible que en aquellos inmensos graderíos pudiera alojarse una persona más y, sin embargo, un río de humanidad entraba sin cesar, pisoteándose unos a otros, y saltando sobre los demás, a la caza de un asiento. Los guardias ponían orden a empujones. En diversos puntos, se organizaban riñas que daban lugar a pequeños remolinos de público. Muy cerca de donde se hallaba Pedro, dos jóvenes se golpearon por causas completamente desconocidas. Los guardias se los llevaron por la puerta más próxima.

Alguien se acercó a Pedro, forzando el tumulto que le separaba de él.

—Por favor, ¿un autógrafo?

Le habían descubierto. De todas partes acudía gente en demanda de autógrafos. La masa se apiñaba en torno al pintor. Autógrafos, autógrafos, autógrafos… Asustado, contemplaba la aglomeración que crecía inevitablemente en torno suyo. Firmaba en todas partes, siempre igual: «a mi amigo…»; todos eran sus amigos. En la periferia del grupo se repartían puñetazos. Los guardias llegaron con sus vergas. Pedro dijo una vez.

—Marchémonos.

Pero la mano de la jovencita, oprimiendo su brazo, le infundió ánimo. Estaba orgullosa de él y se lo decía con los ojos. ¡Valor! Seguía firmando y procuraba sonreír; no podía. Renegaba de su éxito, del futbol y de la multitud. Lo único que le alegró de veras fueron los guardias repartiendo palos para despejar la situación. Después, vino la ovación. El nombre de Pedro llegó a todos los oídos y la masa aplaudía frenética desde todos los graderíos.

—Levántate y saluda.

La jovencita le empujaba y Pedro, sin saber lo que hacía, se puso en pie. ¿Por qué le aplaudían? Indudablemente, el gesto carecía de explicación. Aplaudían porque veían aplaudir. La estupidez de un solo hombre, puede multiplicarse hasta la estupidez de una colectividad. Todos a una, hacían sensata la insensatez; a un hombre solo, aplaudiendo a un pintor en medio de una multitud, se

le hubiera considerado loco, pero si como él, batían palmas millares de individuos, la reacción era perfectamente cabal.

Pedro se dio por salvado cuando, desde un punto que absorbía todas las miradas, salió disparada hacia el cielo una pelota.

Un aullido estremeció a la multitud; después, aplaudieron y cuando empezaron a salir al campo aquellos hombres de pantalón corto, se produjo el delirio y los gritos de «ra, ra, ra» salieron de todos los confines.

La jovencita también gritaba. Otros, en vez de gritar, pateaban furiosamente sobre el suelo. Pedro se dio cuenta de que aquellos jóvenes de pantalón corto, eran los suyos. Ella le agitaba un brazo, sin poder reprimir el entusiasmo.

—Eres de piedra —le dijo una vez.

—¿Quién, yo?

Y como si necesitara demostrar lo contrario, abrió la boca cuanto podía y con todas sus fuerzas gritó:

—Ra…

Después volvió a gritar:

—Ra…

Y por último:

—Ra…

Su voz, potente en un principio, se normalizó mediado el grito y apenas fue perceptible al finalizarlo. Sentíase extenuado y maltrecho.

En aquel momento, uno de los muchos fotógrafos que acudieron a retratar al genio, impresionó una placa. Pedro sabía que le sorprendió con la boca abierta.

Al aparecer el otro equipo, la jovencita comenzó a patear. De antemano, desaprobaba cuanto pudieran hacer aquellos tipos. Pedro entendió su obligación y por no sentirse menospreciado otra vez, pateaba, silbaba y tenía muy en cuenta el vocabulario de los contrarios al equipo, para reproducirlo él también:

—A la cuadra… Pasteleros…

Cada uno de sus gritos le causaba horror, pero no cesaba en ellos, por no ser menos que su compañera.

Empezó el partido. Entre los jugadores correteaba un señor con un pito en la boca que, con una inconsciencia inexplicable, tocaba de vez en cuando. Sin duda debía ser el suyo un deber muy enojoso,

puesto que cada vez que tocaba el pito la multitud lo insultaba sin consideración ni respeto a los más elementales principios de la educación. Unos se referían a su padre, otros a su madre y algunos a ambos.

—Es un árbitro internacional —decía la jovencita.

Pedro más bien creía que era un sinvergüenza, pues tanto lo repetían a su alrededor que ya estaba convencido.

En un punto de la tribuna, un hombre hablaba sin cesar y sin dirigirse a nadie. Pedro estaba intrigado y preguntó si tal charlatán estaba loco.

—Está radiando el partido.

Reflexionó sobre aquello. No bastaba con que miles de espectadores viesen el encuentro. Millones de oyentes de todo el país contabilizaban las patadas de aquellos hombres, pegados a su receptor.

De pronto se produjo un momento sensacional:

—«Gol… gol… gol… gol…»

Pedro no se pudo explicar aquella ruidosa alegría. El nacimiento de un hijo era, sin duda alguna, un suceso menos afortunado. La multitud estaba dividida. Unos gritaban, saltaban, abrazaban a sus vecinos desconocidos… otros, parecían haber perdido a su padre: estaban abatidos y no podían evitar el rencor de sus miradas hacia los que aplaudían y gritaban. Otra vez el árbitro, siempre él, tenía la culpa de lo sucedido; los tristes empezaron a gritarle, surgieron puñetazos en varios puntos del graderío y los guardias continuaron llevándose gente.

—Offside, offside, offside…

Pedro no se daba cuenta de nada. Ella estaba entre los partidarios del gol y le abrazaba con una alegría difícil de superar. El pintor luchaba por creer que aquello era algo más que entusiasmo.

Durante el partido se sucedieron los goles. Buenos y malos, hicieron enronquecer a sus partidarios. La jovencita tuvo momentos de angustia y de alegría. Al fin, ganaron los buenos por 5 a 4. Ella lo dijo emocionada:

—¡Hemos ganado!

Pedro se alegró de que por fin hubiese terminado el partido; ahora estaba seguro de que el futbol no le gustaba. Su difunto

amigo el jorobado ya le previno un día que, como él, tuvo que asistir a un encuentro entre dos equipos:

> El futbol es un deporte
> de los bárbaros del Norte.

Tenía razón el jorobado. Respiraba feliz pero, sin esperarlo, se produjo entonces lo más amargo. Un grupo de periodistas le cerraba el paso por todas partes.

—Su opinión, don Pedro, por favor.

Los lápices estaban atentos, todos le miraban, ella también le miraba. Se había cogido de su brazo y al parecer no sólo era feliz, sino que se sentía orgullosa de él.

No supo lo que dijo hasta el día siguiente, cuando el judío se presentó en la buhardilla con un periódico y hablando a gritos:

—Usted es capaz de tirarlo todo por la ventana en un momento. Mire esto y lea. Ha perdido la oportunidad de hacerse una gran propaganda.

Tomó el periódico y en seguida se vio retratado; con los brazos en alto y la boca enormemente abierta. Al pie de la fotografía se hacía referencia a la opinión del gran artista:

> El futbol es un deporte
> de los bárbaros del Norte.

XXIX

El futbol costó a Pedro una grave enfermedad. Así lo decía el médico y así debía ser, aunque las anginas no fuesen tenidas por mal de cuidado para nadie. Sin embargo, Pedro estaba agotado; después de pintar a sus amigos del techo, su organismo quedó débil; había sufrido y trabajado mucho y sus nervios en continua tensión se gastaron en el empeño. Era de temer alguna grave complicación.

Sólo su amigo el médico, conocedor de su organismo y de su alma, era capaz de darse cuenta de la gravedad. Cualquier cosa podría poner en peligro el delicado corazón.

El médico tenía la deferencia de hacer sus visitas a Pedro antes de emborracharse. Después que le había visto y ordenado el régimen conveniente, empezaba a beber. Cuando se iba, ya estaba borracho.

La señora del hombre gordo de la camiseta, apareció en la buhardilla con engorrosa solicitud; ordenaba, limpiaba, hacía la compra y, cual si quisiera cobrarse sus servicios, había adquirido otra horrible colcha de flores verdes y amarillas que cubría el cuerpo de Pedro.

El pintor respiraba tranquilo cuando, terminados sus quehaceres, se iba la caritativa mujer. Tras ella, todo quedaba limpio y ordenado. Pedro sentíase otra vez oprimido por el invasor.

Las tardes las pasaba solo y esperando; era a última hora cuando llegaba ella y se sentaba junto al camastro del rincón. Entonces se apagaban los seres del cielo raso, las golondrinas suspendían sus trinos y, hasta la letanía del salmodiero dejaba de percibirse. Ella ocupaba en su totalidad la atención del pintor. Se interesaba por su salud, sufría por él. Ya no habló más del partido de futbol. Se adaptaba a Pedro y hablaba de las cosas que le eran gratas.

Tampoco a ella le gustaba la colcha de flores verdes y amarillas, pero, como él, transigía.

Una tarde, el termómetro marcaba cuarenta grados; Pedro deliraba por la fiebre y por las drogas que tomaba para combatirla. La temida complicación se presentó al fin: bronconeumonía. La respiración del pintor era fatigosa, ella estaba allí y él le habló de sus temores:

—¿Te acuerdas del gallo?

—Pobre gallo.

—Respiraba igual que respiro yo. Con aquel tónico se habría podido salvar, pero no quiso estarse quieto y murió. También el jorobado se pudo haber salvado con un tónico; estaba quieto. Se habría salvado y hoy estaría aquí con nosotros. Pero no pudo tomar el tónico. No teníamos dinero para comprarlo… ¡Pobre jorobado! También respiraba como el gallo y como yo. Es horrible morir cuando tenemos algo que hacer. ¿Me oyes?

—Sí, te oigo; pero no hables demasiado, te fatigas. He traído un libro; si quieres, te leeré un poco.

—No quiero que leas, quiero decirte algo.

—Di lo que gustes, Pedro.

Pedro calló unos segundos, durante los cuales su respiración se hizo más agitada. La emoción agotaba su escasa vitalidad. Un nuevo esfuerzo y la fiebre le ayudó a vencerse.

—Te quiero.

Ella no dijo nada. Miraba los ojos del pintor, en los que aparecía la turbidez de las lágrimas. Pedro volvió a hablar.

—Hace un momento creí que me quedaba mucho por hacer; ahora sé que no me queda nada. Ya te lo dije todo y percibo la sensación de haber realizado cuanto tenía que hacer en la vida.

—No has terminado, Pedro; tienes que pintar. El mundo espera tu obra y no puedes defraudarlo.

—Los muertos no pueden hacer nada.

—¿Quién habla de muertos?

—Yo hablo de muertos; me estoy muriendo. Pero no me importa. Todos los que quedáis estáis conmigo. Akim el marinero cojo, el angelito Francisco, el caballo Plumero… también están ahí las golondrinas, el médico viene todos los días y tú estás aquí. Dame una mano y deja que la acaricie; éste será mi momento más feliz;

gracias, Dios, que me permitiste durar lo suficiente para vivirlo.

La jovencita empezó a temer. Cogió una mano del pintor y se la llevó a los labios. Lloraba.

—No, Pedro, no hables así; tú no te morirás, no te morirás. Yo te quiero, ¿me oyes? Te quiero, te quiero, te quiero…

Los dos lloraban. Pedro percibía cómo aquella emoción le acercaba rápidamente al fin. Apenas notaba los latidos de su corazón; los pulmones eran insuficientes para respirar, se ahogaba. Con palabras entrecortadas, pidió por su vida.

—Tráeme al médico; pronto. Lo encontrarás en el café Lión, posiblemente borracho, pero borracho y todo, tráelo; quiero que los dos estéis aquí.

Ella se arrodilló junto a la cama y, sobrecogida de ternura y emoción, le dio un beso en la frente. A Pedro le parecía como si el angelito Francisco hubiese bajado del techo para despedirse como se despiden los ángeles.

—No te vayas todavía. Dame un papel, el tintero y la pluma. En el Banco tengo una considerable fortuna y ese lienzo del techo valdrá más de un millón de pesetas después de mi muerte; quiero que todo sea para el médico y para ti. Además, os dejaré esta buhardilla; es mía y será vuestra. No la vendáis nunca, porque no hay dinero en el mundo para pagar lo que contiene.

—No digas tonterías.

Ella se iba sin atenderle. Pedro se esforzó en un grito.

—Si no me das lo que te pido, me levantaré yo.

La jovencita, alarmada, se detuvo y obedeció. Después, salió precipitadamente de la buhardilla.

Pedro apenas veía el papel. Sus rasgos caligráficos resultaban cada vez más penosos, pero sentía una imperiosa necesidad de hacer su testamento. Todo para ellos. Lamentaba no tener más y aunque para él el dinero apenas significaba nada, sabía que para otras personas era algo muy importante.

Pensaba en su amigo el médico, condenado al silencio de su soledad, en un Lión evocador de tantas ausencias. El local se le antojó apagado y triste. La gente entraría en él igual que siempre; el olor del café y del tabaco persistirían como antes, pero en aquella mesa cuadrada ya nadie soñaría con la gloria del día siguiente. Todos menos el médico, habían llegado a término. Solitario en la

mesa de Lión, consumiría las horas negativas que le llevaban hacia el fin. En la vida del médico ya no había nada, y él no era más que un borracho; nadie.

En el papel estaba el fin, su última voluntad. Ahogándose, dejose caer sobre la almohada y, por si llegaban tarde, puso el documento sobre la cama. Acostado sentía más fatiga. Instintivamente, buscó su comodidad incorporándose. Ellos no podían tardar mucho rato; quizá aguantara hasta entonces.

Las golondrinas volvían al nido. Quedaba poca luz. El atardecer era triste aquel día y el piano que había comenzado a sonar, aumentaba la tristeza.

Pero Pedro era feliz. Pintó la multitud y aún pudo superar su obra con el genial cuadro del techo; lo había hecho todo, quizá pudiese hacer más, pero una vida es demasiado corta para satisfacer totalmente la ambición de un poeta.

El final era lo más dichoso; ella le quería, le besó, llorando. Con su misma emoción. Cuando llegó el médico, congestionado y con la respiración agitada por la larga escalera, Pedro tenía puestos los ojos en el techo y su rostro plasmaba una sonrisa de felicidad. Ella miraba espantada por encima de un hombro del médico. Este no perdió mucho tiempo. Desabrochó la camisa del pintor y, aplicándole un oído sobre el pecho, dijo:

—Todavía vive. Corra usted a la farmacia y traiga estas cosas —escribía apresurado—, en la cartera de Pedro encontrará todo el dinero que necesite.

Cuando el médico quedó solo con el pintor, oyó su voz débil y fatigosa:

—¿Estás borracho?

—Sí, Pedro; estoy borracho.

—¡Pobre amigo!

El médico sacó una navaja del bolsillo y la quemó en una llama de alcohol. Después, buscó un recipiente y acercándolo al camastro, dijo:

—Aguanta un poco, Pedro. Te voy a hacer daño, pero esto te aliviará.

Le ató una lazada en el antebrazo y cuando las venas de la mano estuvieron turgentes, de un golpe seccionó una de ellas y comenzó a salir un chorro de sangre que caía en el recipiente.

—Recuerdo, Pedro, que en este mismo sitio tú me salvaste la vida. También entonces yo acabé con las manos ensangrentadas.

—Parece que respiro mejor.

—Esto no es nada. Ya verás dentro de un rato.

Cuando llegó la jovencita, Pedro había mejorado mucho. Casi estaba avergonzado de su prisa para redactar el testamento.

El médico deshizo el paquete de la farmacia e intentó colocar unas ventosas en el pecho del pintor.

—Estás tan flaco —dijo— que no se cogen las ventosas. No tienes más que costillas. Te pondré dos inyecciones tónicas y ya veremos qué pasa.

¡Tónicas! Quieto, Pedro; no te muevas. Acuérdate del gallo y no seas loco. Ahorra todas tus energías y el tónico te salvará. Le hablaba su misma conciencia y la atendía con gran recogimiento.

Sintió en su carne las dos inyecciones y quedó inmóvil y atento al prodigioso efecto que no debía tardar.

—Bien, ya está todo hecho —dijo el médico—; ahora a esperar. Usted, jovencita, se puede ir tranquila, yo me quedaré aquí toda la noche; si ocurre algo, ya se enterará mañana. ¿Te quedan botellas, Pedro?

—Mira en aquel cajón; la señora que limpia te las esconde cada día.

La jovencita se marchó apenada y confusa. Las palabras del médico le produjeron un tremendo escalofrío. Seguía sin entender a aquel hombre, pero admiraba su grandeza y le estremecía su despreocupación.

El médico se acercó al cajón y buscó una botella. Después dijo a Pedro:

—¿Puedes correrte hacia la pared, o prefieres que te ayude?

—Sí que puedo; me encuentro mucho mejor.

Se acostó junto al enfermo, dejando la botella al alcance de la mano. La capa de esclavina era su manta habitual.

—Si necesitas algo, no tienes más que avisar.

Y al momento, dormía como un tronco.

XXX

ELLA se fue a veranear a un pueblecito de la costa. Era un pueblo lejano y famoso. A la jovencita le entusiasmaba la vida del balneario. Le mostró a Pedro muchas fotografías de tiempos pasados en aquel hermoso lugar y, a medida que las exhibía, nombraba a sus amigos. Jóvenes optimistas, formaban grupos idénticos para retratarse; al fondo el mar y sobre ellos, sol. Debía ser bonito veranear en un balneario…

La bronconeumonía había pasado sin más consecuencias que la de despertar a Pedro un gran apetito. No era hambre; sólo apetito y, por fortuna, satisfecho en todo momento. La báscula le informaba a diario de su rápido aumento de peso; pronto estuvo en la plenitud de sus facultades y más gordo que en su vida. Estaba satisfecho.

Con frecuencia, invitaba a comer a su amigo el médico, en un restaurante, desde cuyas ventanas se veía el mar. Alguna vez, el médico le invitaba a él. La vida discurría para ellos con demasiada facilidad. Aburrimiento y calor. Pedro no tenía gana de pintar y el médico apenas veía enfermos; pero ganaba lo suficiente para emborracharse todos los días.

Pedro no tenía en cuenta esta debilidad del amigo. Según él, cada uno podía gastar su vida como le viniese en gana, en tanto se perteneciera a sí mismo. La jovencita le dijo una vez:

—Tu amigo no debía beber tanto; le hará daño.

Pedro se encogió de hombros.

—¿Y eso qué importa?

—Sí que importa, Pedro.

—¿Por qué?

Ella no supo decir más.

Pero el pintor había meditado sobre aquello. El médico era un

desperdicio de la sociedad. Y lo era por su tendencia a la bebida. Seguramente, si no tuviera aquel vicio, sería una persona respetable, un hombre al que las madres confiarían la salud de sus hijos.

Un día, Pedro inició una leve reconvención; en realidad hablaba en nombre de ella.

—¿Por qué bebes tanto?

—Me gusta.

Así quedó la cosa.

Pero una tarde, como otras muchas, llegó el médico a la buhardilla con su acostumbrada sed.

—¿Quién ha vaciado estas botellas? —dijo.

—Yo las he vaciado —contestó Pedro.

El médico quedó un momento silencioso y mirándole con ojos de asombro.

—¿Tú?

—Sí, yo; las he vaciado en el retrete. No quiero que bebas más, por lo menos en mi casa.

Otra vez se hizo el silencio. El médico andaba de un lado para otro, con la cabeza baja y las manos enlazadas detrás de la espalda. Meditaba. A veces se detenía junto al tragaluz y miraba el nido de las golondrinas. No estaba bebido, pero sentía la necesidad de estarlo. Humildemente, pronunció unas palabras, vuelta la espalda a su amigo y mirando hacia la calle.

—Bien, Pedro; veo que me tiras de tu casa, pero antes de despedirnos te pido por favor que me prestes cinco duros. Mañana te los devolveré.

—No te prestaré ni un céntimo —dijo Pedro con voz resuelta.

—Por favor; aunque sólo sean cinco pesetas…

—Ya sabes que no me importa la cantidad. Lo mío es tuyo, no hace mucho que te nombré mi heredero…

—No viviré lo suficiente.

—Calla y no desatines. Vivirás lo que tengas que vivir, pero desde hoy haré lo posible porque no sigas matándote.

—No sé a qué puede obedecer tu actitud, ni me importa —empezaba a exaltarse—, pero sea lo que fuere, te aseguro que desde este momento hemos terminado para siempre.

Y sin más palabras se dirigió hacia la puerta.

Pedro le llamó.

—No te vayas.

Se detuvo, esperanzado.

—Te prestaré los cinco duros que me pides, pero antes necesito hablarte.

—Gracias, Pedro, gracias. Eres un verdadero amigo.

El médico flaqueaba. Su debilitado carácter le impulsaba a la súplica y a la gratitud exagerada.

Pedro parecía pensar sus palabras; el médico se sentó ante él y esperaba intrigado. Oyó:

—Esta mañana estuve hablando con tu mujer.

En un instante se demudó el rostro del médico. La blanda alegría que se había manifestado en él, desapareció, y sus facciones adquirieron una desconocida firmeza de hombre entero. Muy despacio, se iba alzando de la silla siguiendo sus ojos un lento movimiento descendente para no apartarse de los de Pedro. Se miraban fijos y el pintor empezó a temer. La actitud del médico era amenazadora. Con los puños apretados, el cuerpo tenso y los ojos muy abiertos, se mantuvo un momento indeciso. Después, se abalanzó sobre su amigo y, cogiéndole por las solapas, lo alzó de la silla cual si fuese un pelele, lanzándolo sobre el camastro del rincón.

No había terminado. Sus manos buscaron el cuello y empezaron a hacer presión. Pedro no era nadie para contener la potencia del médico. Este empezó a hablar.

—¿De modo que te has atrevido? Guiñapo… ¿Quién eres tú para acercarte a ella? Somos estiércol, carne corrompida; no tienes, no tenernos derecho a…

Apretaba, apretaba. Pedro percibía una conocida sensación: la lengua se le escapaba hacia la garganta y la luz, en sus ojos, empezaba a centellear. Si no cesaba aquella presión sobre su cuello, no tardaría en morir. En los ojos del médico había visto la fría determinación de no perdonar… Ya el mundo y la vida desaparecían de su mente como cosas ponderables. Se debatió en un último y desesperado esfuerzo y perdió completamente la noción de cuanto le rodeaba.

Cuando abrió los ojos, el médico se alejaba de él. Andaba hacia el tragaluz, baja la cabeza, tambaleándose y arrastrando los pies,

que se movían a pasos muy lentos. Pedro se incorporó pasándose la mano por el cuello; percibía un gran mareo y las sienes le latían con fuerza.

El médico se paró ante el tragaluz y permaneció un buen rato mirando la calle. Visto de espaldas, parecía un anciano. Pedro esperaba indeciso.

—Perdóname —se había vuelto hacia el pintor—. No supe lo que hacía; estaba loco. Dime, ¿la has visto? ¿Qué te ha dicho? ¿Te ha hablado de mí? ¿Y los niños? ¿Has visto los niños?

Pedro callaba; aún se veía en él al hombre ofendido.

—Por favor, Pedro; todo ha sucedido sin intervención de mi voluntad. Háblame de ella.

—Es muy hermosa.

—¿Verdad que sí? ¿Comprendes por qué estamos tan lejos? ¿Por qué no puedo volver allí?

—Su casa es lujosa. He visto criadas, niñeras…

—Yo también he vivido allí, con ella, con los niños…

—¿Sabes que tu mujer te quiere?

El médico no pudo decir nada; miraba a su amigo fijos los ojos en él y con la boca abierta por la incredulidad. Sonreía.

—Te quiere y desea que vuelvas a casa.

—¿Lo ha dicho ella?

—Sí; tu mujer lo dijo y tus niños también. Quieren que vuelva su papá. Dicen que eres muy bueno.

—¡Casi no me conocen!

—Cuando los niños dicen algo, es porque lo han oído decir.

—¡Qué buena es! Tú también eres bueno, Pedro; el mejor de todos los hombres. Quiero volver a casa, a mi casa; acompáñame.

—Tu mujer impone la condición de que no vuelvas a beber.

—Imposible. —Y desalentado, se dejó caer de bruces en el camastro del rincón—. Ahora, más imposible que nunca. Necesito beber. Préstame cinco duros. Mi vida ya no es más que borrachera, estoy perdido.

—Pero ella me dijo… —titubeó.

—¿Qué te dijo?

—Fuera de la ciudad hay una casa; le llaman casa de reposo. Allí viven los locos. Ella quiere que vayas a esa casa y la esperes. Irá a verte. Me habló de ciertas curas que hacen los médicos, creo que me

dijo deshabituación, no estoy seguro.

—Iré, mañana iré a vivir con los locos; dile que estoy allí y que la espero. Hoy necesito emborracharme por última vez. Mañana empezaré esa cura de deshabituación.

—¿Mañana?

—Sí, mañana, te lo prometo. Vamos a beber por última vez.

En una taberna bebió con avaricia, hasta la inconsciencia absoluta. Pedro no fiaba en la voluntad de su amigo, pero estaba seguro de que no bebería nunca más. Asistió silencioso a aquella orgía alcohólica y observaba preocupado el apagamiento de la razón del médico.

—¿Verdad que es muy guapa? —decía con voz extraviada.

—Es muy guapa —repetía Pedro.

—No me la podrás quitar, es mía, mía. Tú la quieres; pero no podrás acercarte a ella, porque hueles mal. —Al momento rectificaba como rectifican los borrachos—. Perdona, Pedro; tú eres mi amigo y no intentarás nada en contra mía, porque me quieres como yo te quiero. Tú estás enamorado de una muchacha ridícula y basta; mi mujer es mejor que ella, mejor que todas las mujeres…

Pedro callaba y para vencer la réplica, tenía crispadas las mandíbulas y las manos juntas y oprimidas una con otra. Oía sin querer oír, atento a las cosas amargas que tan sólo eran posibles en la sinceridad de un borracho. Cuando no pudo más, salió en busca de un taxi.

El chófer le ayudó a cargar al médico que, como un fardo, cayó sobre el asiento.

—A la Casa de Reposo.

Salieron de la ciudad. La carretera ascendía hacia la montaña entre árboles cuyas copas espesas aparecían negras por la difusa luz del atardecer. Cruzaron un puente y siguieron subiendo. El caserío se aclaraba cada vez más y, al fin, sólo árboles y montañas cerraban el horizonte. Cerca ya, una gran edificación de líneas modernas, cuyas ventanas estaban enrejadas; en alguna de ellas había luz.

Llegaron. Pedro se maravilló de lo fáciles que eran las cosas en aquel lugar. Unos hombres forzudos, vestidos con delantales blancos, transportaron al médico hasta el interior del edificio.

En un departamento deslumbrante de mármoles y niquelados, había un hombre también vestido con delantal blanco, pero su

aspecto era importante y respetable. Era el médico jefe. Junto a él, una muchacha guapísima tomaba nota de cuanto decía.

El médico jefe quedó un momento mirando al borracho y reflejando en su cara gran estupefacción.

—¡Es posible! ¿Cómo has podido llegar a esto?

Se conocían. El médico había entrado en otra vida y Pedro se sintió súbitamente alejado de él. Vio como los enfermeros se lo llevaban por un pasillo muy largo, cuyo piso era brillante. El médico jefe había dado unas órdenes.

—Llevadlo a la habitación número 86, lo acostáis y cerrad la puerta con llave. Que no haya agua de colonia en la repisa del lavabo.

Pedro no se movió hasta que no lo hubo perdido de vista. Salió a la calle repitiendo como una letanía y sin darse cuenta de que hablaba solo:

—Habitación número 86…, habitación número 86…

El chófer le hizo volver a la realidad.

—¿Cómo dice?

—Vámonos.

XXXI

Un viaje era cosa nueva para Pedro. Le irritaban las largas colas formadas para adquirir billete y desconocedor de artimañas para ahorrárselas, tuvo que soportar las repetidas discusiones con los intrusos que intentaban desplazarle de su turno. Más de una hora permaneció en la cola y cuando quedaban ante él tres personas para llegar a la taquilla, se le acercó un señor. Era uno de los muchos hombres gordos de camiseta que hay en todas partes; vestía bien y hablaba en tono respetuoso.

—Perdone, caballero —dijo el recién llegado—, ¿sería usted tan amable que me sacara un billete?

Pedro miró detrás y vio la hilera de los que esperaban. Sintió una súbita antipatía hacia el advenedizo: no concebía que hubiese en el mundo una sola persona capaz de pedir cosas tan indignas. No pudo acceder a la petición; que esperase como había esperado él, como esperaban todos.

—No —contestó—, póngase en la cola y espere su turno.

Sus sencillas y justas palabras suscitaron la indignación del caballero. Miraba a Pedro con ojos encendidos y su respiración se hizo fatigosa.

—Está bien; usted se niega a sacarme el billete, no me olvido de su cara. El mundo da muchas vueltas.

En esto, se dieron cuenta los que ocupaban posiciones menos ventajosas que la de Pedro y como una consigna repetían:

—A la cola…, a la cola…

El hombre gordo estaba cargado de furia. Mientras andaba hacia el final de la cola, lo hacía con la cabeza vuelta y sin dejar de mirar a Pedro.

—Ya nos veremos —había dicho, indignado.

Pedro quedó atemorizado y arrepentido. Sin embargo, vivía en paz con su conciencia.

El andén estaba lleno de gentes que andaban apresuradas. Todos conocían su destino y arrastraban maletas o chiquillos. Las familias marchaban de veraneo. Jovencitas que cubrían sus cabezas con pañuelos de abigarrada policromía, asomaban sus caras optimistas por las ventanillas del tren.

Pedro, parado en el andén, estaba un poco aturdido. Hacia todas partes, tumulto, ruidos diversos, maletas y humo de vapor. La civilización triunfaba y el artista se sintió pequeño ante la vida.

Un mozo aclaró sus dudas.

—Ese es su tren.

—Gracias.

En el vagón de primera clase todos los viajeros ocupaban plazas reservadas; Pedro también. El tren hacía rato que andaba; por las ventanillas entraba el aire caliente de agosto.

El viaje era largo. Faltaban muchas horas para llegar al Balneario. Pedro pensaba sin cesar. Pensaba en él, en ella, en su vida. Un mes andando solitario por la ciudad le hizo sentir el sinsabor del abandono. Por fin estaba solo. Las visitas obligadas de su amigo, el hombre gordo de la camiseta, le sabían a vulgaridad. El día antes le invitaron a una cena de despedida. Una cena monstruosa. Aquel pacífico matrimonio, no comía, devoraba. Percibió la sensación de que se arrebataban uno a otro los alimentos y se miraban con desconfianza. Hablaban con la boca llena, se ensuciaban la barba con aceite y reían, reían felices de comer y beber. Pedro sólo pensaba en ella y sus padrinos se la recordaban continuamente. ¿Cuándo sería la boda?

Pronto. Esta palabra estaba presente en el entendimiento del pintor, mientras descubría el mundo desconocido a través de la ventanilla de su compartimiento. Los campos inmensos, los pájaros, el sol…, todo poseía un delicado lenguaje para hablarle de ella. No lo esperaría: sin duda, su llegada le había de proporcionar una gran sorpresa. Vivirían juntos y felices unos días inolvidables; al volver a la ciudad, se casarían.

Por fin su existencia encontraba una meta. Su último amigo, el médico, curaba su desvío entre las rejas de un manicomio. Una mujer iba a verle; él la esperaba ilusionado, sólo a ella esperaba.

Pedro y los otros se habían perdido en la vida olvidada y sucia.

El tren se detuvo de nuevo. Estaban en otra estación solitaria, inundada de sol. Entonces se oyeron zumbar los moscardones. La mujer del botijo asomó por la ventanilla ofreciendo un poco de agua. Paz. La vida volvía a ser bella.

Lejos, la tierra era un desierto ondulado y humeante. Treinta y seis grados a la sombra.

Volvió a andar el tren. Ritmo de rieles, aire pesado por la ventanilla. Una muchacha rara y picada de viruelas estaba en el pasillo, exhibiendo sus brazos desnudos; Pedro miraba sus brazos. Hablaba de playas lejanas con un raro argot salpicado de palabras de importación. En su piel llevaba almacenados dos meses de sol; de su equipaje surgían raquetas de tenis. Era una hermosa estampa de juventud.

Otro pueblo, más sol, más moscardones. Unos patos se revolcaban en un cenagal. Treinta y seis grados a la sombra.

—¡Uf! —exclamó la muchacha picada de viruelas.

Aquél era un tren de veraneantes. Todos iban a playas pintorescas y lejanas a disfrutar sus vacaciones. Unos llevaban cañas de pescar desmontadas; otros, escopetas y perros de caza; pronto levantarían la veda.

Pedro desconocía aquellas cosas. El veraneo era una fase obligada en la vida de las multitudes. La capital quedaba casi desierta. Sólo los infelices se privaban del descanso estival soportando el calor de la ciudad que, sin duda alguna, era peor que el calor de las playas pintorescas. Grandes sumas se gastaban en el veraneo: ¡que no faltase a los niños una buena temporada de campo o playa! Cuidado. La salud debía ser algo que estaba a muchos kilómetros de distancia y su captura requería costosos desplazamientos.

Era cosa justa que la jovencita hubiese partido en busca de la salud. El pintor se prometía no privarla ningún verano de esta necesidad. Él acompañaría a su mujer y juntos respirarían aire puro y vivificante. Aquello de veranear era sano. Ya percibía un mejoramiento de todas sus funciones orgánicas. El tren marchaba junto al mar y los pasajeros se amontonaban en las ventanillas para contemplarlo.

—Es maravilloso —decían.

Y todos opinaban sobre la incomparable belleza de las ensenadas. Tenían razón. El mar era hermoso; las olas rompían en el profundo acantilado que divisaban desde gran altura, y lejos, se confundía en brumas con un cielo opalino. Algunos veleros navegaban en la lejanía; entre ellos, echando humo, avanzaba un barco de vapor.

Los chiquillos decían que era un barco de guerra: exactamente, una fragata. Los hombres dividían sus opiniones; según unos, se trataba de barco de carga, para otros era un transatlántico y uno entre todos le dio el nombre exacto, asegurando que había viajado en él. No se habló más y el viajero ganó la admiración de cuantos le oían. Al poco, se supo que todos los congregados habían viajado en barco hasta diversos puntos. Pero uno entre todos logró la supremacía porque había subido en aeroplano.

El silencio de Pedro era un motivo de intriga. Alguien no pudo reprimir la curiosidad y le preguntó:

—¿Y usted, ha viajado alguna vez en barco?

El pintor dudó antes de contestar y al fin, lo hizo con timidez:

—No, señor, no he tenido esa oportunidad. Ésta es la primera vez que subo en un tren. Nunca he salido de la capital.

Le miraban asombrados. Los más, creyeron que bromeaba; otros, tomaron a ofensa sus palabras interpretando en ellas una burla para sus verídicos viajes en vapor. Pedro interpretó las desconfianzas.

—Les aseguro que no bromeo —dijo—, nunca pude salir de la capital; ésta es la primera vez.

Llegaban ya. Las costas se hicieron más pintorescas. Por todas partes arbolado y casitas multicolores esparcidas por la pinada. Las playas comenzaban en los confines del bosque. Eran limpias y suaves. En ellas, aparecían alineados toldos y casetas de madera pintadas de vivos colores. Por todas partes bañistas. Una maravillosa policromía se llenaba de sol en todas direcciones.

Pedro respiró ilusionado. Allí estaba ella. El gran edificio del Balneario se divisaba muy cerca y entre pinos.

XXXII

Un lugar apacible puede convertirse en un lugar tumultuoso si un financiero con talento edifica allí un balneario. La playa desconocida y olvidada, donde los pescadores tejían sus redes y comían muy poco por casi nada, se pervierte y salta a los ojos del mundo en fantásticos carteles que exaltan su belleza. Las casas de turismo toman nota del tanto por cien y abren sus altavoces para encaminar a la obediente multitud. Ha nacido una playa elegante.

Los pescadores huyen hacia sus casas; no entienden al «snob» y el «snob» les persigue ávido de tipismo. Le miran asustados. Después, como animalitos, se van dejando curiosear y de pronto descubren que aquello tiene un precio. El señorito es un almacén inagotable de billetes de banco, ¡a por ellos! Y los hombres sencillos olvidan sus redes y se convierten en pulpos chupadores del veraneante. Han aprendido a ceder sus chozas a cambio de una fortuna, saben que la comida es oro purísimo y como tal la venden, sus barcas tiene capacidad para una nueva especie de pescado que paga por marearse, son excelentes guías, llevan maletas…

Pedro estaba detenido en el andén de la estación sin decidir sus pasos. Alguien se decidió por él:

—Su maleta, señorito.

Y con ella en la mano, comenzó a caminar delante. La depositó en una tartana y cuando Pedro se dispuso a subir, le hizo conocer su tarifa.

—Son dos duros, señorito.

Se los dio sin apenas darse cuenta de lo que hacía, pero contemplando aquellos diez metros de camino que habían andado y cada uno de los cuales valía una peseta. Instintivamente, se abrochó la chaqueta.

—¿Adónde vamos? —preguntó el cochero.

—Al Balneario.

Comenzó a trotar el jaco. La tartana se deslizó por un camino rectilíneo, que entre pinos conducía al Balneario. Cinco minutos más tarde, se detuvo.

—Son veinticinco pesetas.

A duro el minuto. Aquello le pareció más caro que un partido de futbol. A Pedro no le importaba el dinero, pero se sentía timado y molesto. Pagó y cuando quiso coger su maleta, ya no estaba allí. Un chicuelo caminaba veloz con ella hacia la escalinata que conducía a la gran terraza del establecimiento.

—¡Eh! ¡Eh! Ese…

No le valió de nada. Tuvo que pagar otros dos duros.

En el vestíbulo del Balneario, se cogió con ambas manos a su maleta y miró en todas direcciones. Afortunadamente no había nadie. El «maître» le llamó al mostrador para llenar las formalidades de entrada. Pedro contestó con cuidado el largo cuestionario.

—¿Prefiere la habitación con vistas al mar? ¿Con baño o sin baño? ¿Teléfono?…

Aquel hombre preguntaba todo con tanta finura, que era imposible decir que no.

—Sí, sí, sí…

Cuando Pedro se volvió, su maleta había desaparecido.

—¡Mi maleta! —gritó.

El «maître» le señaló sonriente la escalera que conducía al piso alto; era una escalera suntuosa. En el rellano donde se dividía en dos brazos laterales, le esperaba una camarera, con su maleta.

—Esa chica le indicará su habitación.

Pedro la siguió con los dos duros en la mano. No se los pidió. Asombroso. Tan pronto se vio solo en su habitación cerró la puerta e hizo lo que no había hecho en su vida: cerrarse con llave. Tenía apetito y por él se dio cuenta de que era hora de comer. Tomó el teléfono y preguntó.

—¿Prefiere comer en el comedor o en su habitación? —contestaron.

—Sí, sí.

Cuando colgó el auricular sabía que había dicho sí, pero no

sabía lo que había dicho y menos lo que habían entendido. Esperaría. La habitación era verdaderamente confortable y para él, cosa nueva. Todo brillante, todo limpio. Sin saber por qué, recordó a la señora del hombre de la camiseta.

Un cuarto de baño ofrecía muchos aspectos impensados. Agua caliente, agua fría, ducha… Cualquiera de aquellas llaves de paso proporcionaba agua abundante. Hacía calor; quizá una ducha… ¿Qué sensación produciría una ducha? ¿Le sentaría mal? Se dispuso a tomar el primer baño de su vida.

—En verdad, que sentir el agua sobre la piel de uno es cosa molesta. —Así pensaba estremecido mientras el agua de la ducha le corría por el cuerpo—. Sin embargo, estoy bastante sucio y antes de bañarme en la playa debo darme una buena enjabonada. ¡Cuidado! Este piso se resbala. Si me descuido puedo matarme.

Le llevaron la comida a la habitación.

La tarde empezó demasiado silenciosa. Desde el gran ventanal se divisaba un inmenso y desierto paisaje. Hacia todas partes, nadie. Solo sol. En la habitación contigua roncaban.

Pedro se dio cuenta de que era la hora de la siesta y en verdad, el calor invitaba a dormirla. Todos los veraneantes dormían; él era un veraneante; a dormir, a dormir. La jovencita estaría durmiendo también. Además, la cama niquelada y el blando colchón parecían llamarle. ¡Qué bien se estaba en aquella cama! Ni siquiera se dio cuenta de que el techo no tenía mancha alguna. El sueño y ella eran cosas mucho más importantes.

Fue difícil despertar. La acogedora blandura le retenía el sueño. Pedro percibía sensación de vida más allá de la ventana, pero una desconocida modorra le mantenía indiferente a cuanto no fuera comodidad. Estaba tan bien, tan bien, que no podía despertar completamente. Sólo la brusca aparición de un recuerdo emocionante fue capaz de hacerle sentar sobresaltado en la cama; ¡ella!

Se sintió impaciente y nervioso. En un momento estuvo vestido. El murmullo de voces le atrajo hacia la ventana y desde allí contempló admirado la gran terraza. Mucha gente en ella. Los veraneantes se distribuían en grupos, sentados con indolencia en cómodos sillones, o acostados en raras hamacas. La extravagancia dominaba en las más diversas actitudes. Muchas mujeres fumaban y

vestían pantalones cortos o largos; sus espaldas aparecían a través de amplios escotes; en sus ropas dominaba el blanco y abundaba la policromía. La mayor parte usaban gafas ahumadas. Le pareció que los hombres, moviéndose en torno al escandaloso tocado de las mujeres, habían perdido la dignidad de su porte. También vestían de un modo raro y espectacular. Las piernas de casi todos eran visibles bajo su calzón corto. Pedro se escandalizó.

Aquella evasión colectiva de la ética hacía de él un descentrado. Desde su ventana oía el platicar de algunos de aquellos disfrazados. Hablaban de grandezas, de viajes, de lejanas posesiones… en una palabra, mentían. La dulce mentira estaba en todas partes. Mentían al hablar y al vestir: cada uno representaba su comedia y miraba alrededor como esperando el aplauso. Después, en la habitación, comprobaban con sus esposas el remanente del presupuesto. Entonces hablaban de verdad.

—Aún podemos aguantar tres días más; nos quedan seiscientas pesetas.

En la terraza pensaban en las seiscientas pesetas, pero hablaban de los ineludibles negocios que les reclamaban en la capital. Pronto se marcharían.

Esta pequeña e intrincada trama del veraneo no podía entenderla Pedro. Para él, todo era grandioso en el Balneario; lo único mezquino era su pobre persona, situada al margen de aquella elegante sociedad. Su traje de baño, aquel traje azul que eligió con tantos escrúpulos en una tienda, no bastaba para llenar las exigencias de un veraneo. Mirando hacia la terraza, fue enumerando las piezas que necesitaba; una gorra blanca, una camiseta a rayas blancas y azules —tragó saliva—, ¡un pantalón corto! y unas sandalias. Quizá un futbolista hubiese estado a tono entre los ocupantes de la galería.

En un ángulo tocaba la música. Otra vez, una muchacha muy mona cantaba haciendo guiños ante la orquesta. Muchas parejas bailaban.

La jovencita no estaba allí.

La voz tonante de un caballero gordo le hizo desviar la vista en su dirección. Solo y con pantalón corto, el señor que solicitó de él un billete de ferrocarril le decía a un camarero.

—No, señor; no quiero correr mi mesa. Si esos señores no

encuentran sitio, que se vayan a paseo. ¡A mí qué me cuenta usted!

Pedro se asustó al verlo. Parecía un hombre agresivo; daba puñetazos en la mesa y el camarero le presentaba excusas. Él mismo pensó que tendría que presentárselas alguna vez.

Antes de bajar a la terraza se miró al espejo. Apenas se conocía; se había visto muy pocas veces. Su traje gris perla, recién estrenado, era muy veraniego para la ciudad, pero allí parecía un atuendo siberiano. Con idea de atenuar un poco el mal efecto, se quitó la corbata. Casi se encontró a tono.

Anduvo entre los reunidos en la terraza, mirando a todos y sin mirar a nadie. La buscaba. Ella no estaba allí. Pero le conocían, sabía que hablaban de él por el fisgar curioso de las mujeres. Una joven se le acercó con una pluma y una cartulina.

—Por favor; un autógrafo.

En un momento se hizo el rey del Balneario. Todas las muchachas le rodeaban y firmaba cuanto le ponían delante; cartulinas, abanicos, viseras para el sol… Las elegantes se disputaban a Pedro. Al poco, aparecieron en la terraza jóvenes con chaqueta que miraban contrariados hacia el grupo. Pedro estaba de moda, pero él sufría.

Cuando pudo, se escapó.

Paseando por el camino que conducía a la playa, se encontró mejor. La música disparatada de la orquestina casi parecía sublime al filtrarse a través de los pinos. Un grupo de jóvenes de ambos sexos avanzaba en bicicleta hacia el Balneario.

Entonces la vio. Ella detuvo su bicicleta, quedando separada del grupo. Con los ojos muy abiertos, miraba al pintor. Pedro sonreía, ella sólo miraba. Por fin, dijo algo:

—¿Tú? —La voz de la joven denotaba asombro y contrariedad.

Siguió un breve silencio y, al poco, ella comenzó a reír a carcajadas.

XXXIII

HABÍA pasado la noche. La hora del baño congregaba en la playa una espesa multitud de bañistas. Entre ellos, Pedro se paseaba con su traje de baño azul. Bajó muy temprano; ella le citó allí y la esperaba.

Por primera vez en su vida sentía sobre la piel la agradable caricia de los rayos del sol. Aquello era cosa buena. La vida y la salud se percibían como algo tangible y grato.

Ella lo llamó desde lejos.

—¡Pedro!

La conocida voz y su nombre, le erizaron de emoción. Corrió hacia la jovencita. Con ella estaban un grupo de jóvenes de ambos sexos, jugando a la pelota. Todos en traje de baño y bronceados por el sol.

—¡Qué blanco estás! —dijo la jovencita.

Pedro no supo qué decir; forzó una sonrisa y saludó a las muchachas y muchachos que ella le presentaba; él no era uno más. A jugar, a jugar. La pelota volaba de unos a otros y el pintor ocupó un sitio en el gran círculo que formaban. Una vez la pelota cayó a sus pies; indeciso la contemplaba.

—¡«Chute»! —le gritó un mozalbete.

¿Chute? Recordó. «De un chut había perforado la red». Con todo su coraje en la punta del pie, lanzó una patada. Un montón de arena se levantó ante él; la pelota seguía en su sitio. Los jóvenes reían a coro. El dedo gordo comenzó a hinchársele.

Disimuló. Con la mano lanzó lejos de sí la pelota, deseoso de que jamás volviera. Aquél era un juego estúpido y absurdo. Requería gran esfuerzo, un esfuerzo inútil que carecía de finalidad. Pero la diversión de los muchachos encontró su camino. Pedro se convirtió

en el objetivo de la pelota y tantas veces la mandaba lejos, volvía a él con enojosa predilección. Sudaba, sufría y adoptaba posturas heroicas, soslayando con la mirada a la jovencita. Ella se había dado cuenta de su martirio y su rostro aparecía grave y preocupado. Era buena. Sus palabras así la acreditaron.

—Basta ya de jugar a pelota; vamos a bañarnos.

Pedro la miraba con amorosa gratitud. Sus amigos fueron obedientes y corriendo, gritando y saltando, se dirigieron al agua. ¡Oh, juventud! Pedro, cojeando y mirándose el dedo amoratado, los seguía a cierta distancia. Ella caminaba algo retrasada y en su modo de volver la cabeza se entendía que lo esperaba. Pedro se esforzaba en aparentar alegría, lanzando tímidos gritos como los que oía a los otros. La alcanzó muy cerca del mar.

—Escucha —dijo—, tú sabes que yo…

No pudo seguir. Sus pies hicieron contacto con el agua y el frío le cortó la respiración. Ella seguía mar adentro; él, elevándose sobre la punta de los pies, quiso andar a su lado. El agua ya le llegaba a las rodillas; luego, a medio muslo. Horrorizado, vio venir una ola y sin poderlo evitar, volvió grupas hacia la orilla. Ella se había precipitado de cabeza en el espantable elemento. Sus amigos se veían lejos asomando sobre la alborotada superficie; nadaban.

Desde la orilla, tumbado entre los chiquillos que correteaban con cubos y pescados de celuloide, Pedro se lamentaba de su impotencia. A cada momento, el dedo gordo le dolía más. Ella estaba en un punto inaccesible, entre sus amigos. Pero aquello no podía ser; le pertenecía. Tenía derecho a la jovencita. Una vez, en un momento solemne, supieron que se amaban.

Pedro no la perdía de vista. Entre los jóvenes, había uno de envidiable constitución física: era un Apolo bronceado. Al parecer, prodigaba a la jovencita excesivas atenciones. La había enlazado por la cintura —lo veía perfectamente—, y con sus poderosos brazos la elevaba sobre la superficie del mar. Ella se agitaba en el aire y reía feliz. Luego, el joven la lanzaba al agua y él mismo se zambullía tras ella. El espectáculo era de un hermoso desenfado; pero Pedro no lo veía así. De su alarma, nacía lentamente el molesto sentimiento de los celos. Apolo bronceado debía ser otro joven formidable de anchas espaldas. Los juegos de los jóvenes duraban demasiado. Pedro estaba impaciente e intranquilo. Un

chiquillo encontró amena la diversión de vaciarle el cubo por la espalda y repetía la broma con mortificante reiteración. Su madre presentaba excusas desde la arena, pero no cabía duda de que encontraba graciosísimo al rapaz. Pedro se lo dijo una vez; el angelito era muy gracioso.

Volvían. El corazón de Pedro latió con fuerza. Apolo bronceado enlazaba alguna vez por la cintura a la jovencita y ella se desasía riendo. ¡Cómo sufría el pintor!

Ella vino a buscarle. Preparaban una diversión sensacional: un paseo en barca. Todos se mostraban encantados con que Pedro les acompañase.

—No se preocupe, suba usted primero; nosotros empujaremos la barca. ¡Hale, oop! ¡oop!

Estaba asustado. Él y las muchachas cruzaban las rompientes empujados por los jóvenes. Después, subieron todos y Apolo bronceado, siempre él, tomó los remos e impulsó la embarcación con vigor. La tierra se empequeñecía cada vez más y Pedro miraba con inquietud la inmensidad de agua que les rodeaba. Ya nunca podría decir que él no se había embarcado.

Aquellos jóvenes despreciaban el peligro. Se movían de un lado para otro con absoluta indiferencia, comunicando a la barca un temible balanceo.

—Tengan cuidado —decía Pedro alguna vez.

Ellos se reían de sus temores.

—No tenga miedo; esta barca es muy segura —y seguían riendo. La jovencita también reía, alocada e indiferente. Apolo bronceado, no sólo remaba; sabía contar chistes y, al parecer, tenía gracia. Pedro no recordaba ningún chiste. Es más, creyó que no hubiese podido contarlo aunque se lo dictasen.

Se detuvieron. El agua era clara y brillaba el sol. Lejos, la franja multicolor de los bañistas.

Apolo bronceado y otro, se colocaron unos lentes que montados en una membrana de goma, se ajustaba ésta herméticamente en torno a los ojos. Aprestaron sendos arpones y lanzáronse al mar. Los de la barca miraban con interés sus diestras evoluciones por bajo del agua, inclinados sobre una de las bordas. Pedro, horrorizado al ver doblada la barca, gateó hacia la otra borda para hacer de contrapeso; no le importaban lo más mínimo las evoluciones de los

nadadores.

—Tengan cuidado…, tengan cuidado… —repetía.

Sólo la jovencita volvió la cara alguna vez. Hubo un momento espectacular en que todos saltaron y el simultáneo movimiento motivó que entrase un poco de agua en la barca. Apolo bronceado salió a la superficie ensartando un enorme pez en la punta del arpón. Pedro no lo vio apenas.

—Cuidado, cuidado…

Pero esta sensación de terror se desvanecía poco a poco, dando paso a otra mucho más angustiosa. Nadie se ocupaba de él. El pescado merecía la atención de todos y el heroico pescador recibía envanecido las felicitaciones. Pedro se acodó en la borda, propulsó el pecho fuera de la barca, y tras algunos espasmos incontenibles, comenzó a vomitar.

Aquella tarde no pudo dormir la siesta. Se paseaba por su habitación, en cueros, con la piel enrojecida y atormentado por irresistible desazón. A veces, se ponía bajo la ducha y sólo así encontraba un poco de alivio. El sol, maldito una y otra vez en su desesperado ir y venir, doraba toda la extensión del paisaje que se extendía ante la ventana.

Él nació para la ratonera, el aire libre no era cosa suya. La inmundicia amontonada en su buhardilla lo confundía con ella; se pertenecían. Todo contacto con el exterior le hacía volver precipitado y maltrecho hacia la paz de su agujero. El mundo y sus cosas se podían ver a través del tragaluz. Pertenecer al mundo era mucho más amargo que contemplarlo. Pero ella estaba allí: en la vida diferente y tumultuosa. Conquistarla era conquistar aquella vida de las multitudes que no podía entender.

La jovencita y sus amigos tampoco dormían la siesta. Trabajaban en la terraza colgando guirnaldas y farolillos; aquella noche se había anunciado una gran verbena. Pedro los espiaba desde su ventana y la abstracción con que los veía llegó a hacerle olvidar, muchas veces, el escozor de su espalda.

Apolo bronceado se hallaba en lo alto de una escalera de mano sujetando unas guirnaldas; ella, siempre cerca, mantenía un paquete de clavos, de los que iba dando al muchacho. Pedro no era capaz de resistir aquello.

No podía soportar la ropa, pero se vistió, y pronto estuvo entre

los de la terraza.

—¡Cómo le ha tomado el sol, don Pedro! Debe estar muy escocido…

—¡Bah! Apenas lo noto.

Quería ayudar. Su intervención para preparar la gran verbena la consideró como algo necesario. Así podría atraerse a la jovencita. Estaba seguro de que tan pronto como pudiera cruzar con ella unas pocas palabras en privado, las cosas cambiarían. Soñaba con arrebatársela a aquel grupo de jóvenes despreocupados. La quería para él solo. Pronto se sabría que la jovencita y él estaban prometidos. La llamó.

—¿Haces el favor de sujetarme esta escalera?

Sus movimientos resultaban penosos por la tirantez de la piel. Clavaba clavos, colgaba farolillos, trasladaba la escalera de un lado a otro… Ella siempre con él. Apolo bronceado era asistido por otra jovencita. El pintor gozaba ya la seguridad del triunfo. Pronto se decidiría. Una de las veces que bajó de la escalera, no quiso pensar más.

—Escucha; tú sabes que yo…

—En seguida vuelvo.

Desde otro lugar la llamaban.

Efectivamente, volvió en seguida. Pero algo se había roto con su breve ausencia. Pedro no supo por qué, pero no pudo volver a empezar. Ella estuvo con él toda la tarde. Pedro clavó clavos sin cesar, colgó guirnaldas, farolillos… La terraza quedó al fin deslumbrante. Ella seguía a su lado; dócil, esperando.

Los veraneantes salían de dormir la siesta distribuyéndose por los sillones de la terraza. Pedro y ella, acodados en la barandilla, miraban el mar. Empezó a salir la luna. Sus destellos sobre la gran superficie de agua, eran verdaderamente «formidables». A Pedro le picaba la espalda, pero no se daba cuenta de ello.

XXXIV

En la terraza se bailaba igual que todas las noches, pero los hombres llevaban gorros de papel y sobre la multitud lucían farolillos y gallardetes. Pedro también llevaba un gorro de papel. Ella se lo puso; había que estar a tono con la verbena.

Estaban sentados ante un pequeño velador y hablaban poco. Ella fumaba un cigarrillo; casi todas las mujeres fumaban cigarrillos. Más allá de los pinos, se percibía el ruido del mar.

Ella dijo una vez:

—¿Por qué no bailas?

—No sé bailar.

La jovencita tenía ganas de bailar. Con la punta de los pies, golpeaba el piso, siguiendo el ritmo de la música. Pedro lo comprendió, pero no podía hacer nada.

—Me gustaría saber bailar —dijo—; por mi culpa te estás aburriendo.

—No me aburro.

Pedro no quiso entender la buena voluntad de la joven. Hablaba de verdad. Juntos y solos, percibían lograda la difícil felicidad.

Pedro sabía que estaba empezando la noche más feliz de su vida. Confiaba en sí mismo; muy pronto podría decir todas aquellas cosas que tenía en la memoria. Ella las esperaba, estaba seguro. Por eso, al poco, empezó a decir:

—Escucha; tú sabes que yo…

Algo le hizo interrumpirse. Inesperadamente apareció ante ellos Apolo bronceado. Era guapo y perfecto. Casi un niño: ella casi una niña.

—¿Bailamos? —decía el joven.

Pedro era una fuerza, el joven otra fuerza: ambos intentaron

atraer a la jovencita. La decisión de la muchacha entretuvo al pintor en unos vertiginosos segundos de ansiedad. Apolo bronceado empleaba un tono discreto; jugaba limpio. El joven de las espaldas anchas no habría dado lugar a tan emocionante intriga. A él no le importaba la voluntad de la jovencita, le bastaba con la suya y de un tirón se la llevaba a bailar. Apolo no era así; era modoso y comedido, cuando convenía. Quizá en esto estuviese el verdadero peligro.

Pedro sorbió la amargura de su derrota.

—En seguida vuelvo —dijo la jovencita empezando a andar asida al brazo del muchacho.

En el cenicero ardía el cigarrillo apenas comenzado, que ella dejó. Pedro miraba absorto la rectilínea columna de humo, pensando en las últimas palabras de la jovencita: «En seguida vuelvo». Después de todo, él se hacía cargo. No era de personas educadas decir que no, sin más ni más, a un joven que correctamente las invita a bailar. Ella volvería. Y ya nunca más la dejaría escapar; precipitadamente le diría todas aquellas cosas. Después, paso libre a la felicidad que les esperaba y pertenecía.

Quizá soñar fuera tan hermoso como poseer. Pedro soñaba y vivía anticipada la dicha que no podía tardar. Una pieza de baile duraba aproximadamente diez minutos, no había ningún impaciente que no pudiera esperar tan poco tiempo. Además, la espera constituía un modo diferente de gozar: los artistas lo saben porque esperan siempre, no llegan nunca al fin, y la ilusión es su vida misma.

Debía faltar poco. El motivo fundamental de la melodía estaba en su tercera repetición. Pedro miraba hacia la pista de baile, deseoso de verla volver.

No volvió. Apolo bronceado y ella caminaban muy despacio hacia otro lugar. Pedro, sin capacidad para el disimulo, les seguía con la vista. Habían llegado al principio de la escalera y, siempre despacio, empezaron a bajarla. Donde termina el jardín, daba comienzo la pinada, más allá estaba el mar.

El pintor no pudo evitarlo y los siguió. Se sentía traicionado. La más grande ilusión de su vida, volaba lejos de su alcance. Puede que pintar la música de aquel piano animador de sus horas solitarias fuese más fácil que llegar a ella. Inconscientemente, se

despedía de la jovencita, pero un irresistible afán de saber, le hacía andar en pos de su amargura; necesitaba enterarse de la verdad, conocer la distancia que le separaba de la joven.

Los pinos fueron sus aliados durante su andar furtivo siguiendo a los jóvenes. Casi podía oírles, pero quería más. Hablaban con voz tenue, él con la cara vuelta hacia ella y musitando cosas a su oído. A veces, la risa de ella envenenaba los sentimientos de Pedro; la sabía feliz y contenta.

Llegaron al límite de la pinada y la luna los iluminó. La silueta de ambos se recortaba sobre la brillante superficie del mar en calma. Pedro se acercó más, los pinos le protegían con su sombra. Oyó por fin.

—¿Te gustan las estrellas?

Ella no contestó, miró al cielo y siguió andando; entonces, el muchacho la cogió del brazo sin encontrar resistencia.

Pedro entendía. El joven se refirió a las estrellas con candorosa emoción. En tan sencillas palabras había inmensidad, amor. Ella estaba impresionada y oía lo que le decía el muchacho, sin que ninguno de los dos pudiese entender. Más allá de ellos mismos estaba la insensible ternura que enlazaba sus almas simples y emocionadas. Es seguro que le gustaban las estrellas; cualquier cosa le habría gustado, él estaba allí, todo lo demás era bueno, quizá no existía.

Pedro tampoco existía. Era un intruso inadvertido en las sombras de la pinada. Lo único que vivía en él eran sus ojos llenos de ansiedad, mirando, mirando. Otra vez oyó algo; la voz de ella se elevaba emocionada:

—Sí, te quiero… ¿El pintor? ¡Pobre viejo! Me da pena, es un infeliz… Si algún día le conoces ya te convencerás…, no lo dudes, nunca he querido a nadie; solo a ti he querido y sólo a ti querré siempre.

Pedro cerró los ojos. No quiso empezar a ver lo que siguió a las exaltadas palabras de la muchacha, pero los abrió en seguida con la esperanza de obtener un alivio para las atormentadoras ideas que llenaban su entendimiento. Apolo bronceado aún la abrazaba. Ella no ofrecía resistencia; se dejaba besar y besaba, perdida la noción del tiempo, en un beso interminable y apasionado.

Mientras andaba hacia el Balneario, Pedro percibía la sensación

de acompañar a su propio cadáver. Sentía una inmensa piedad hacia sí mismo; nadie tenía culpa de nada. Volvió la cabeza por última vez y todavía los vio. De nuevo se abrazaban. Aquél era el espejismo de su felicidad. No quiso ver más y anduvo de prisa el camino.

La multitud seguía divirtiéndose en la terraza. Parejas de jóvenes se escapaban hacia las sombras en busca de su poco de dicha. Algunos hombres se emborrachaban y reían.

Pedro no pertenecía a la multitud: ninguna de sus cosas le entraba en los sentidos. Pensaba en los que fueron y ya no serían más. Ana de Tordesillas, el buen gallo, el jorobado, el filósofo, el representante, el médico… ¡Ella! Al fin estaba solo y paradójicamente rodeado de multitudes que le aclamaban sin saber por qué. Autógrafos, autógrafos, autógrafos… El judío había vendido un autógrafo suyo a un coleccionista norteamericano. La gente se lo disputaba y él no era nadie. Un joven bronceado podía aspirar a una felicidad que él no consiguió conocer. Cualquier hombre gordo encontraba una amante esposa con quien compartir las horas de la vida y crear un hogar. Un pintor famoso envejecía solo y triste, sin un alma hermana que le comprendiese; era para todos pero al mismo tiempo no era para nadie, la imprecisa multitud se le acercaba, le llamaba amigo, le aplaudía y después caminaba dispersa hacia sus casas.

Allí estaban; bailando, riendo, amando, con sus gorros de papel y olvidándose de ellos mismos en un desenfreno colectivo que no permitía diferenciarlos. Pedro les envidiaba su innata alegría y su despreocupación. Hacían lo que podían para no pensar. No podía. Siempre pensaba, siempre temía; los ojos del mundo estaban puestos en él y esto exaltaba su timidez hasta el deseo de desaparición.

Solo, podría pensar mejor. Pensaría en ella todos los días de su vida, llena para siempre de dolor y desesperanza.

Su habitación no estaba lejos. Subía la escalera muy despacio, con la cabeza baja y los ojos puestos en los escalones. La música llegaba allí con su ritmo disparatado. No la oía apenas. Tampoco percibió la presencia de un hombre gordo que con rostro congestionado se detuvo frente a él unos escalones más arriba.

—¡¿Usted?! —dijo, como quien se halla cerca de una presa fácil.

Pedro pasó junto al hombre del billete de ferrocarril, sin mirarlo.

—¡Eh! Que le digo a usted.

Siguió subiendo. Nada ni nadie podían importar.

—¿No me oye? —dijo de nuevo el hombre llegándose hasta él y cogiéndole violentamente de un brazo. Pedro le miró indiferente. Sus ojos reflejaban amargura y cansancio.

—¿Qué quieres? —dijo.

—¿Yo?… Pues… nada, usted perdone, amigo.

Y el hombre del billete siguió bajando la escalera. De vez en cuando volvía la cara para mirar al pintor; en ella se plasmaban, a un tiempo, respeto, asombro y arrepentimiento.

Pedro cerró la ventana de su habitación. El ruido de la verbena le molestaba. Después, como buscando confirmación a las palabras de la jovencita, se miró al espejo del lavabo.

Frente a él, su doble le hablaba con mudo y expresivo lenguaje. Viejo, viejo. Aquélla era su cara: le miraba y había en ella una pena infinita que, al fin, puso lágrimas en sus ojos. Bajo el grotesco gorro de papel, asomaban greñas agrisadas: eran las hebras de su vejez. Al entenderlo, musitó entre dientes una amarga letanía, entrecortada por el llanto que había comenzado.

—Demasiado tarde…, demasiado tarde…

XXXV

VOLVÍA con sus amigos; los de siempre. Aquellos que en su techo le esperaban con inigualada fidelidad. La buhardilla, único refugio de su vida, debía extrañar aquella desacostumbrada ausencia. Casi tres días había convivido con los seres de la vida vulgar. El intento de filtrarse en la sociedad quedó sólo en eso. Volvía por necesidad. Él y los suyos seguirían su extraña existencia, solos y en paz.

Su imaginación plasmaba a los viejos seres que le eran entrañables, refugiando en ellos la inmensa ternura de su alma. ¿Cómo estarían? Bien; sin duda, estaban bien e impacientes. Aquella noche oiría otra vez las notas sosegadas del piano. Su vida entraba en el ritmo regular de todos los días. Habían pasado muchas cosas en poco tiempo, pero él seguía siendo Pedro: la única persona que conocía con existencia real. Los otros no habían existido. Rozaron su vida logrando penetrar en ella, pero estaban perdidos, sin nombre; nunca tuvieron nombre. Todos eran seres confusos que se comprendían en una sola palabra: amigos. Pedazos de su alma sembrados en un penoso camino que conducía hasta hoy. Para mañana, nadie: él solo tenía que seguir adelante sin objetivo ni ilusión. Comer para vivir y vivir para comer.

Al pasar ante Lión se detuvo. Allí estaba la mesa cuadrada. Muerta. En torno a ella, varios hombres gordos tomaban café. Sin duda, hablaban de política o discutían negocios de envergadura. Daba lo mismo. También pagaban su café que, al fin y al cabo, es cuanto interesaba a la casa. Lión seguía su marcha. Todo seguía su marcha. Pero las esperanzas muertas no podían renacer en la misma persona.

Su calle continuaba tan familiar como siempre.

—Caballerito amable, señora generosa…

¿Le interesaría comprar una colcha estampada de flores verdes y amarillas? Si no le interesaba, mejor. Se la regalaría. El dormitorio colectivo podría engalanar sus noches con el lujo de un cubrecama nuevo. De todos modos, el pobre jorobado ya no dormía allí; nada había que pudiera turbar su sueño. Percibió la etérea fidelidad del muerto. Él le mostró, en los tiempos difíciles, el ignorado tesoro del piso de los mercados. Por tan útil enseñanza, le pidió dos pesetas y luego se las gastó con él. Así era el jorobado. Ni una sola vez le había llevado flores a su tumba. «Mañana, mañana; yo te lo prometo, amigo».

De nuevo, la estrecha escalera de su casa. Recordó la suntuosa escalinata del Balneario. Ella otra vez. También había subido por su escalera gastada y mugrienta; muchas veces. ¿Por qué? He aquí una pregunta incontestable. Ella iba a verle, se sentaba en el camastro, en cualquier sitio, y parecía feliz. Una tarde…

—… yo te quiero, ¿me oyes? Te quiero, te quiero, te quiero…

Le parecía oír su voz apasionada, como entonces, con la frescura de juventud y la vehemencia con que se expresó. Después, inexplicablemente, ocurrió todo lo demás. Y como una evidencia de tanta realidad, cojeaba por la hinchazón del dedo gordo y sufría por los picores de toda su piel.

La puerta de la buhardilla estaba cerrada con llave. Algún espíritu previsor había colocado una cerradura. Pedro se imaginó al punto que le habían encarcelado cerrándole la salida al mundo. La gran cárcel de la humanidad le oprimía y buscaba la libertad en su refugio. Pero el bienhechor lo había previsto todo. Pegado en la puerta, un cartel le indicaba en correcta caligrafía que pasara a recoger la llave por casa del hombre gordo de la camiseta. No esperó.

El matrimonio le reprendió con benévolas palabras.

—Es usted muy descuidado. Los ladrones andan sueltos y esperando una ocasión.

Qué importaban los ladrones. En la buhardilla no había nada que pudiera estimular al robo: quizá el cubrecama…, pero si alguien quería llevárselo, tanto mejor.

Se equivocó. Los amables esposos le acompañaron sonrientes hasta su refugio. En su modo de reír presentía Pedro la sorpresa. En

efecto, la hubo. La buhardilla olía a pintura fresca; un criminal pintor de brocha gorda había pasado su pincel por todas partes, dejándola deslumbrante y pulcra. A media pared, había una cenefa horripilante que reproducía una tras otra y con regularidad, idénticas flores verdes y amarillas. Según la buena mujer, hacían juego con la colcha y fue precisamente esta pieza de tela la que dio a Pedro la evidencia de que se encontraba en casa. Todo lo demás estaba modificado. El camastro del rincón había desaparecido. En su lugar se hallaba una cama de hierro niquelado, limpia y cubierta con la colcha. El resto del aposento era suntuoso, sillones, alfombras, un tocador y un sin fin de objetos de dudosa utilidad. Del techo, pendía una pesada lámpara de bronce. Pedro reconoció el belfo del caballo Plumero en el gancho que la sostenía, pero de lo demás, no quedaba nada. Sólo pintura basta y uniforme.

—Ha sido una verdadera ganga —decía el hombre de la camiseta—, se lo conseguimos todo por cuatro cuartos. Aquí tiene las facturas.

—Ya era hora de que viviese usted como le corresponde; esto es otra cosa. ¿No le parece?

Pedro no sabía qué decir. Dijo algo al fin, pero su pensamiento estaba muy lejos del modo de hablar.

—Sí, es otra cosa. Gracias, muchas gracias; son ustedes muy buenos.

El hombre gordo rió con voz sonora.

—Nada, hombre, nada; no tiene importancia. Ya sabe que no necesita más que mandar.

¿Mandar?… si fuera posible. Pedro se dio cuenta de su marcha cuando ya se habían ido. Sentado en una butaca, pensaba en su soledad. Akim el marinero cojo, el angelito Francisco, el caballo Plumero… habían muerto también. Sólo quedaba él, velando el sueño de todos en aquel lugar frío e incómodo. Le parecía su propio panteón. Jamás podría adaptarse al nuevo ambiente. ¡Y decían que había que cuidarse de los ladrones! Ellos eran los más temibles ladrones. Le habían robado lo único amable que le quedaba: su intimidad, su vida.

Quizá en la calle estuviese mejor. Salió. La ciudad seguía su ritmo acostumbrado. Hacía calor y la gente transitaba perezosa por las calles. Algunos se limpiaban el sudor con el pañuelo. Las

terrazas de los cafés estaban animadas; en ellas se congregaban los desocupados, aspirando el poco fresco de la tarde. Estaban quietos y tomaban refrescos y helados. Los que no veraneaban fuera de la capital, se consideraban infelices envidiando a los que podían hacerlo. También en los cafés se vivía un poco de paz. Pedro eligió la terraza de un bar del centro y allí se sentó, como un desocupado más.

No tenía sed, no sentía el calor y su único propósito era olvidarlo todo, quizá olvidarse de sí mismo. Había un recurso.

—Traiga una botella de coñac de marca y déjela aquí.

Encontró desagradable la bebida, pero beber era una consigna que se había impuesto y bebía sin más ni más. A veces, se olvidaba de la botella y ensimismado miraba el ir y venir de la gente que pasaba por la calle. Continuamente se acercaban a su mesa, vendedores de muchas cosas; ¿tabaco? ¿Quiere este mechero? ¡Los iguales para hoy!

Uno de aquellos anunciantes era un viejo conocido.

—Caricaturas a peseta, caricaturas a peseta…

El joven famélico de facciones pálidas, apareció con su block y su lápiz entre la multitud. Pedro lo siguió con la vista. Aquel infeliz de ropas deshilachadas, miraba una tras otra las caras de los que ocupaban las terrazas de los cafés. Pedro conocía aquella ansiedad. Cada cara podía ser una peseta, muchas caras, muchas pesetas. Fantasía y esperanza se aunaban durante el transcurso de cada día. El joven caricaturista se perdió en el fondo de la calle. Pedro aún escuchaba su voz, pero al fin dejó de oírla.

Bebió otra vez y en el preciso momento de tener la copa en sus labios, percibió la única sensación agradable de aquellos días. Su amigo el médico se adentraba en la calle y pronto estaría al alcance de su voz. Le acompañaba su mujer. Por fin, la hermosa mujer del médico había vuelto a su lado. Otra vez, vivirían en aquella lujosa mansión donde había criados y chiquillos. Lo viejo volvía a ser nuevo. Uno, entre todos ellos, había encontrado su camino.

Puesto en pie y agitando los brazos, llamó al amigo. Su rostro estaba alegre, él también lo estaba. El médico miró hacia donde le llamaban. Al cruzar sus ojos con los de Pedro, se quitó el sombrero con mucha gravedad y al momento dejó de mirar y siguió andando. Cerca, había un cine; allí se metieron.

El pintor fue bajando los brazos lentamente y con la misma lentitud se volvió a sentar. Sus facciones se contrajeron de nuevo y, al poco, volvía a ser el mismo de antes. Por un momento, había olvidado la tarde que entre dos forzudos enfermeros se llevaron el amigo por un pasillo muy largo. Entonces ya se había despedido para siempre, pero la alegría de volverlo a ver fue inevitable.

Siguió bebiendo.

Cuando se levantó de la silla, andaba con inseguridad y sus pasos le conducían de un lado a otro de la acera. Por fin estaba completamente borracho.